

A romantic couple embracing at sunset. The man is on the left, wearing a striped shirt, and the woman is on the right, with long blonde hair, wearing a white top and jeans. They are in a close embrace, and the background is a warm, golden sunset with a Ferris wheel visible in the distance.

JAVIERA BIELEFELDT

SERÍA MI NOVIA,
¿Señorita?



ROMANCE & LETRAS

Ashlee es una joven mujer, la cual al terminar sus estudios, debe hacerse cargo de la economía familiar, tras ser diagnosticada la leucemia que padece su hermana.

Lleva dos años trabajando para Christopher Adams, dueño de una emergente y prestigiosa empresa de marketing.

Una movida inesperada de un cliente, hará que Christopher haga una más inesperada propuesta a Ashley.

¿Serán capaces de diferenciar la ficción de la realidad? ¿O se rendirán a aquello que está destinado a ser?

Contenido

- [Contenido](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Sobre la autora](#)
- [Redes sociales](#)

Dedicatoria

A mis hijos y esposo, que son el motor que me impulsa a seguir este sueño.

A Cototo, por apoyarme incondicionalmente desde el momento que supo de la loca aventura de escritora que comenzaba su sobrina.

Capítulo 1

Como cada día, voy a mi trabajo. Soy secretaria de gerencia, trabajo que realmente me gusta, ya que me permite darme uno de los lujos que tanto amo. Como no soy buena madrugando, porque me gusta quedarme pegada entre las sábanas para disfrutar de un pequeño relajo antes de levantarme y comenzar mi día, agradezco que mi horario de entrada sea de una hora después, en comparación a las otras secretarías de la empresa.

Estoy llegando al edificio. Me gusta trabajar allí porque es una construcción antigua que denota elegancia, pero que a la vez va acorde a lo moderno de hoy en día. Una vez que visualizo la entrada del estacionamiento, me acerco a la portería y busco en mi cartera mi identificación como trabajadora de la empresa, es algo monótono y aburrido el tener que hacerlo a diario, pero es parte del procedimiento de la compañía. Saludo al señor Hank, el guardia de turno, el cual me cae muy bien, ya que es una de las pocas personas que si te saluda por la mañana, lo hace con una sonrisa.

—Buenos días, señorita Thompson. ¿Cómo está hoy? —saluda muy alegre, mientras paso mi tarjeta por la máquina que marca la hora de llegada de los empleados.

—Buenos días, Hank. Estoy muy bien, ¿y usted? —contesto con una sonrisa, recibiendo mi identificación de regreso para guardarla nuevamente en mi cartera.

—Muy bien esta mañana, señorita Ashlee. Que tenga un lindo día.

—Usted también, Hank. Lo veo hasta la tarde.

Me despido de él y sigo mi trayecto hacia el interior del estacionamiento. A pesar que ya está siendo de día en el exterior, al interior se ve muy poco, solo hay unas pocas luces que hacen que el lugar tenga aspecto algo lúgubre. Otro beneficio que me da mi puesto es que tengo espacio designado para aparcar, así que no tengo que buscar un espacio libre para dejar mi vehículo. Llego a mi estacionamiento y me detengo para bajarme rápido de mi auto, porque me da miedo la oscuridad y los lugares con poca luz. Salgo rápidamente y me encamino al elevador para llegar pronto al escritorio que me espera como cada día en el piso quince, deseando que a este no se suba nadie más.

Cuando llego a mi puesto de trabajo, que está al lado izquierdo del ascensor, dejo mi cartera en el último cajón del pequeño estante que se sitúa a mi lado. Solo saco mi celular para dejarlo a un costado de la mesa, el que previamente he puesto en silencio.

El señor Adams, aunque es bastante joven, es un hombre muy estricto al que no le gusta que uno tenga objetos personales en nuestro lugar de trabajo, porque aquello significa distracción, más si estos son tecnológicos. Recuerdo que hace seis

meses tuve que suplicarle que me permitiera tener mi móvil en la mesa debido a la enfermedad de mi hermana Melissa, pero con la condición de mantenerlo en silencio.

Mi hermana sufre de leucemia, y el último año su enfermedad ha avanzado, por lo que al estar lejos de casa, prácticamente, le he suplicado al señor Adams que me deje tenerlo a mano, ya que como mi padre está muerto, yo soy el único apoyo que tiene, además de mi madre. Gracias a Dios, no han tenido que recurrir a la llamada.

Como siempre, mi primera labor es encender el computador para revisar los correos electrónicos que hay pendientes. Detesto esos días en que esa lista es larga, así que agradezco que hoy solo hayan sido seis. Mientras voy redactando el segundo mail, escucho que suena el timbre del ascensor, el cual solo indica una cosa: que hace su entrada mi jefe, quien, por supuesto, es el dueño de la empresa. El señor Adams se ve impecable en su traje azul marino con pantalones a juego, camisa blanca y corbata color salmón. Sin duda, este hombre es capaz de intimidar a cualquiera, no importa si es hombre o mujer. Debo reconocer que yo era una de ellas, y más que otra cosa, me siento algo cohibida cuando estoy cerca de él. Quizás, una cosa que hace que me sienta así, es el hecho de que como no soy buena maquillándome más de lo necesario, me siento menos que las demás y por ende un hombre guapo como él no se fijaría en mí. Además, está claro que todas las mujeres de la empresa desean meterse en su cama y disfrutar de una noche con él y cumplir la fantasía cliché de tener una noche de sexo entre jefe y secretaria.

—Buenos días, señor Adams, ¿cómo está hoy? —lo saludo cordialmente como cada día, levantándome del asiento para hacerlo.

—Buenos días, Ashlee. Muy bien, gracias. ¿Alguna novedad? —pregunta mientras se detiene frente a mi escritorio, esperando por una respuesta.

—No, señor, hasta el momento ninguna. ¿Quiere que le lleve su café?

—Por favor, Ashlee, gracias —responde a la vez que se aleja de mi escritorio y se dirige a su oficina.

Llevo poco más de dos años trabajando para el señor Adams, y desde el día uno que me intimida su presencia, pero cuando se marcha, me parece que vuelvo a respirar. Por lo tanto, me pongo de pie y me dirijo a la pequeña sala de descanso, ubicada al otro lado del ascensor, para prepararle su café como cada mañana.

Mi jefe, según muchas compañeras de oficina, es un hombre que no pasa inadvertido ante las mujeres, muchas dicen que parece el adonis de los hombres guapos. La verdad, no las culpo, el señor Adams es un hombre digno de ser admirado en cuanto a belleza se trata...

Mejor dejo de pensar en él de esa forma, estoy segura que mi jefe jamás se fijaría en mí. Está claro que yo no entro en su lista de intereses femeninos.

Prefiero dejar de especular en un amor que sería imposible y me preocupo del encargo de mi jefe, tomando una taza y poniendo el café instantáneo en ella —negro, como sé que le gusta—, el azúcar y posteriormente rellenándola con agua caliente. Cuando ya está la preparación lista, la coloco sobre una bandeja y busco el contenedor de galletas para servirle, junto al café. Una vez, con la bandeja preparada,

salgo de la sala y voy directamente a la oficina de mi jefe. Toco la puerta y espero su permiso para entrar.

—¡Pase! —Se escucha desde el interior.

—Con su permiso, señor —digo, abriendo la puerta para entrar con la bandeja—. Aquí le traigo su café.

—Muchas gracias —manifiesta totalmente serio.

La expresión de su rostro me da una clara señal de que algo le sucede. Se ve molesto y mira fijamente la pantalla de su computadora, como si quisiera romperla en varios pedazos. Ni siquiera me contempla cuando le sirvo el café y lo dejo en su escritorio.

—¿Pasa algo, señor? —consulto algo preocupada.

—No, Ashlee, gracias por el café —responde, pero esta vez dirigiendo su mirada hacia mí, lo que hace que me vuelva a sentir cohibida. Al verme suaviza su expresión. Tal vez, es estúpido que piense esto, pero su gesto me hace creer que mi voz le brinda un poco de tranquilidad.

—Me retiro, señor, con su permiso —solicito mientras giro en dirección a la salida, bandeja en mano.

Al salir, regreso a la sala de descanso para dejar la bandeja y volver a mi escritorio para seguir trabajando. Y así paso toda la mañana entre correos electrónicos y llamadas. De vez en cuando voy a la oficina del señor Adams para que firme unos documentos, y cada vez que entro su expresión es la misma que la primera vez: preocupación.

A decir verdad, no me atrevo a consultarle, ya que no sé si es por motivos de trabajo o algo personal. Él siempre dice que los problemas personales se quedan en casa y a la oficina se viene a trabajar. Así que, por ende, me abstengo de hacerle cualquier tipo de comentario.

Consulto mi reloj y me doy cuenta de que se acerca la hora del almuerzo, por lo que decido llamar al señor Adams para informarle que me iré a comer, pero que lo haré en la cafetería de la empresa que está tres pisos más abajo. Presiono el botón del teléfono que me comunica con su oficina y me tensó al escuchar su voz.

—Diga, Ashlee, ¿sucede algo? —consulta apenas levanta el auricular.

—Nada, señor, solo quería decirle que me retiraba un momento por mi horario de almuerzo. Estaré de regreso en una hora.

—De acuerdo. Al regresar, ¿me podría traer el mío a la oficina, por favor?

—Como guste, señor. Hasta más tarde.

—Hasta más tarde, Ashlee.

Apenas termino de hablar con mi jefe, tomo mi cartera, junto a mi celular, y me dirijo al ascensor en dirección a la cafetería. Llego rápidamente, por lo que voy directo al sector de comida y pido mi almuerzo que solo consiste en un trozo de pollo apanado con ensalada mixta y un jugo de manzana. Agarro mi bandeja y me acerco a una de las mesas que se encuentran vacías. Ya llevo varios minutos almorzando cuando se acerca Sophie, mi mejor amiga, quien también es secretaria, pero con la diferencia que ella es la secretaria del contador de la empresa.

—Hola, Ashlee, ¿cómo va tu mañana? —pregunta tan alegre como siempre.

—Hola, Sophie, todo bien por mi lado ¿cómo vas tú?

—Todo bien también. Aunque con más trabajo que nunca, ahora que se acerca la semana de estadísticas generales, ya sabes cómo es.

—Mucho trabajo y poco descanso.

—Exacto —responde resignada.

—Pero tranquila, es solo una semana full de trabajo cada seis meses —expreso para consolarla. Luego, corto un trozo de pollo y me lo llevo a la boca.

—En fin, cambiemos de tema. ¿Irás a la fiesta que dará Mason este viernes? —inquire, interesada.

—Estaba enterada, pero la verdad no estoy segura de ir.

—Anda, vamos. Así tendré con quien ir y no apareceré sola por la fiesta —dice a la vez que hace un puchero—. Además, hace tanto que no sales a distraerte —agrega, tratando de convencerme.

En realidad, Sophie tiene razón. Hace mucho tiempo que no salgo a distraerme, entre el trabajo y la enfermedad de Melissa hace ya un buen rato que no me regalo algo de tiempo para mí.

¿Por qué no ir? No tengo novio, no tengo que darle explicaciones a nadie de lo que hago o dejo de hacer, así que al menos por una noche no creo que mi vida cambie mucho.

—Está bien —acepto finalmente, aunque con algo de desgana.

—Gracias, Ashlee, ya verás que no te arrepentirás.

Conversamos hasta que me doy cuenta que se me está haciendo tarde para regresar, y todavía tengo que llevarle su almuerzo al señor Adams, por lo que dejo mi bandeja vacía al lado de las demás y voy por otra limpia para buscar su almuerzo. Una vez que tengo todo listo, vuelvo a la mesa a buscar mi cartera y para despedirme de Sophie. Salgo de la cafetería y regreso a mi piso con la bandeja en la mano. Al salir del ascensor, voy directamente a mi escritorio para dejar mi cartera y seguir rumbo a la oficina de mi jefe a dejarle su almuerzo.

Espero que no tenga todavía esa cara de enojo, porque cada vez que la tiene es capaz de cohibirme por completo y, también, es capaz de bloquearme con ella cada uno de mis sentidos.

Capítulo 2

El resto de la tarde transcurre igual que la mañana. Sigo respondiendo e-mails y llevando papeles a mi jefe para que los firme o dé visto bueno. Mientras me dirijo a mi departamento, no dejo de pensar en la actitud que tuvo el señor Adams todo el día.

No es muy normal en él tener mal genio ni nada por el estilo. Es un hombre estricto y serio en cuanto al trabajo, pero es como pocos, que a pesar de mostrar un semblante serio, puede regalar una sonrisa de vez en cuando. Y para ser sincera, su sonrisa es cautivadora, llama la atención. Además, la combinación con sus ojos celestes como el cielo y su cabello castaño oscuro lo hace un hombre digno de admirar.

No sé por qué, pero siento que debo hacer algo al respecto. Al menos, de lo que sí estoy segura es que le preguntaré al señor Adams qué lo tiene tan preocupado y disgustado.

A la mañana siguiente, mi rutina es la misma del día anterior y la de todos los días. Al llegar a mi escritorio, me percató que el señor Adams ya se encuentra en su oficina. Con dudas de por qué llega tan temprano, —pues siempre lo hace después de mí—, me acerco a su puerta y toco.

—Adelante, Ashlee —contesta de inmediato.

—Con su permiso, señor, buenos días. Venía a preguntarle si necesitaba algo —manifiesto con preocupación al notar que su expresión es la misma de ayer.

—Buenos días. Sí, por favor, un café y luego necesito... necesito charlar con usted sobre algo importante —dice la última parte un poco nervioso, lo cual no es muy normal en él, ya que siempre se muestra confiado.

—Como guste, señor. Enseguida regreso.

Doy media vuelta y me encamino a la puerta, cuando de pronto siento que alguien me toma del brazo y me gira de manera abrupta. Mi jefe me observa directamente a los ojos; su expresión es seria. Sin conocer muy bien del todo al mandamás de la empresa, es fácil notar que trata de encontrar una respuesta en mí, no entiendo bien qué puede ser lo que necesita. Aun así, no puedo creer que esté tan cerca de mí, como si estuviera tocándome de manera mucho más cercana a un simple agarre. Se siente extraño y a la vez intenso.

Luego de unos segundos, deja caer sus manos, las cuales tiene posicionadas en mi rostro; no me doy cuenta que me toca la cara. Al parecer, se percata de lo que hace, separándose de mí para volver a sentarse en su escritorio, mientras yo sigo de pie, totalmente estática, sin entender qué ha pasado hace solo unos momentos.

Cuando logro recomponerme, después de unos segundos, mi jefe solo aclara su garganta y me recuerda que le traiga su café.

Todavía descolocada por lo sucedido, me doy la vuelta y vuelvo a la puerta, esta vez sin decir nada y sin que nada o nadie me interrumpa. Me acerco a la sala de descanso a preparar el café del señor Adams y un té para mí para calmar un poco mis nervios. Al terminar, regreso por un momento a mi escritorio y busco la libreta donde anoto todo lo que el jefe me solicita. Por segunda vez vuelvo a su oficina, inquieta por saber qué me va a solicitar, tocando la puerta y esperando que me permita entrar.

—Pase, señorita Thompson —autoriza sin más. Cuando me trata por mi apellido es porque algo no está nada de bien o porque algo realmente catastrófico está por suceder.

Entro, dejándole su café en su escritorio.

—Tome asiento, por favor —me indica, señalándome uno de los pequeños sillones.

—Sí, señor Adams —respondo, sentándome unos segundos después.

—Se preguntará por qué he pedido hablar con usted... —Comienza a hablar sin hacer referencia alguna a lo que ha pasado minutos antes.

—Sí, señor. Dígame, por favor, qué es lo que necesita —digo abriendo la libreta en una hoja en blanco, lista para anotar lo que sea necesario.

—Verá, señorita Thompson... Ashlee... necesito pedirle un favor profesional que... trasciende a lo personal.

—¿Cómo dice, señor? No entiendo —pregunto totalmente confundida y sin entender a qué se refiere en concreto.

—Bueno... Ashlee —comienza a hablar más calmado—. Necesito pedirle que usted sea... mi... novia.

Mis ojos se abren como platos. No puedo creer lo que me está diciendo. ¿Su novia? Acaso, ¿se ha vuelto loco?

—Perdone, señor. Creo que no entiendo a qué se refiere. —Incrédula me deja con sus palabras.

—Sé que es algo loco, Ashlee, pero lo que le estoy pidiendo es que usted se haga pasar por mi novia, pareja, mi chica o como quiera llamarle. Esto es debido a un socio de Europa, con el cual estoy a punto de cerrar un trato para abrir sucursales allá, como bien sabe.

—Sí, señor, eso lo entiendo, pero no entiendo el porqué.

—El motivo por el cual se lo pido es porque el señor Jacobson, mi socio, me está exigiendo que para cerrar dicho trato me case con su hija menor, Angelique.

—Pero, señor... ¿Cómo puede ser eso posible?

—Ni yo mismo lo sé. Es por esto que estoy pidiéndole este favor. El señor Jacobson viene estos días a Chicago y se reunirá conmigo para que cerremos dicho trato. Y por ende, cuando él venga, necesito que usted se haga pasar por mi pareja.

—Entiendo. Es claro que nadie quiera casarse si no ama y mucho menos cuando nos vemos obligados a hacerlo.

—Veo que entiende mi punto, Ashlee.

Es algo descabellado lo que mi superior me solicita, sobre todo porque en la actualidad, prácticamente, no existen los matrimonios arreglados en una sociedad como la nuestra.

—Sí, señor. No tenga problema —decido ayudarle por lo complicado que lo veo—, si es necesario lo auxiliaré para que se quite ese compromiso de encima y a la vez, para que cierre el trato con el señor Jacobson.

—Gracias, Ashlee. Y... perdone, usted, por lo de hace un rato. Sé que fui algo brusco. Es que no estaba seguro si podía pedirle esto o no.

—Descuide, señor. No pasa nada, no se preocupe por eso —contesto completamente ruborizada con la sola mención de lo sucedido y tocando la zona de mi brazo, donde sentí su tacto.

—Gracias de nuevo, Ashlee. Puede retirarse.

—Hasta luego, señor. Con su permiso.

Tomo la bandeja vacía, mi libreta y mi taza de té, que al final con los nervios ni siquiera he bebido. Tendré que hacerme otro, por lo que una vez más voy a la sala de descanso, perdiendo la cuenta de cuantas veces he tenido que entrar y salir de ella. Creo que ya se ha convertido en mi nuevo lugar favorito, irónicamente hablando, claro está. Una vez que lo tengo listo, regreso a mi escritorio.

Ahora que nuevamente me encuentro sola, puedo comenzar a analizar lo que me ha dicho el señor Adams. Está claro que no es normal que te obliguen a estar con alguien, tampoco el casarse. Es muy extraño que el señor Jacobson lo fuerce a contraer matrimonio con su hija. No sé por qué, pero siento algo de compasión por él. Tengo la sensación de que aquella obligación no debe de traer consigo nada bueno.

A la hora de almuerzo, voy a comer a un restaurante que está a un par de cuadras del edificio. A pesar de que tengo ganas de desahogarme y conversar sobre lo sucedido con mi jefe, no quiero hablar con nadie y menos con Sophie. Ella es para mí una excelente amiga y una gran consejera, pero su gran problema es que cuando hay algo que la supera, relacionado con alguna información jugosa, no se puede contener y hace correr los chismes a la velocidad de la luz.

Al entrar, tomo asiento en una pequeña mesa ubicada a un costado del ventanal de la entrada. Al instante, el camarero se acerca a mí con su pequeña libreta, listo para anotar en ella mi pedido. Solo pido una ensalada César y un jugo. Necesito algo liviano.

Como tengo bastante tiempo para almorzar, me lo como con calma. Al finalizar, pago la cuenta y salgo de regreso en dirección al edificio de la empresa. Al llegar, subo nuevamente al piso quince y continúo con mi trabajo. Lo raro es que durante el resto del día mi jefe no vuelve a llamarme por si necesita algo, y todo se sigue desarrollando como si nada hubiera sucedido.

Ya estoy por terminar mi jornada laboral y me doy cuenta de que mi teléfono está vibrando. Lo tomo y veo que es Sophie. No tengo ganas de contestar, así que dejo que siga sonando; por suerte solo lo hace por unos segundos más. Más tarde, cuando esté en casa, la llamaré.

Salgo de mi escritorio y me dirijo a la oficina del señor Adams. Golpeo suavemente la puerta y espero para que me dé permiso para entrar. Pasan varios

segundos, pero no hay respuesta. Es extraño. Vuelvo a tocar y esta vez sí responden del otro lado.

—Pase, Ashlee.

Entro y lo veo mirándome fijo. Una sonrisa comienza a asomarse por su rostro y ¡guau!, ¡qué sonrisa más hermosa tiene! Es cautivadora y se nota que solo de verla a uno se le puede alegrar el día. ¡Basta! ¡Este hombre es mi jefe! Cierro la puerta detrás de mí y avanzo hacia él, como si no me hubiera quedado prendada ante él.

—Solo venía a informarle que me voy, señor.

—Está bien, Ashlee. Antes de irte... quisiera hablar contigo un momento, ¿puede ser?

—Claro, señor. ¿Qué necesita?

—Necesito se haga pasar por mi novia desde hoy.

Capítulo 3

Después de lo que dice, me deja en estado de shock.

—¿Des-desde hoy, señor? —pregunto dudosa— ¿No sería desde la próxima semana?

—Sí, Ashlee. Tú lo has dicho, sería desde la próxima semana —confirma, enfatizando la palabra «sería»—. Lo que sucede es que el señor Jacobson acaba de escribirme para informarme que llega mañana a la ciudad con su hija Angelique para presentármela.

—Auch. Qué rápido.

—Sí, lo es. Entonces ¿qué dices?

Me mantengo en silencio por un par de minutos antes de responderle un tanto insegura.

—Es-está bien... Eso creo.

—Tranquila. Iremos con calma. Claro, esto será entre usted y yo. Demás está decir que para el señor Jacobson esto no será así.

Debo admitir que tiene razón. ¿Será extraña «nuestra» relación a partir de ahora? No lo sé, y tampoco sé si el señor Adams tendrá la respuesta.

—De acuerdo, señor. —Ya no estoy tan segura de esto, pero mejor es aceptar el trato al cual me ofrecí para ayudarlo. Bien sé que cuando a mi jefe se le pone algo en la cabeza, es difícil hacerlo cambiar de opinión.

—Perfecto. Entonces, ¿qué te parece si te invito ahora mismo a comer algo para conocernos un poco más?

—Me parece bien. Yo estoy lista. Cuando entré hace un momento le venía a informar que ya estaba por retirarme. Así que solo falta usted.

—Tú, Ashlee. Ya debemos de comenzar a tutearnos, ¿no crees? —Todo esto es demasiado surreal.

—Creo que sí. Tienes razón... Christopher.

—Así me gusta. Solo dame un par de minutos y salimos.

—Emm, ¿Christopher? —digo dudosa.

—Dime, Ashlee —responde, mirándome fijo otra vez.

—Tenemos un problema. —Christopher alza una ceja—. Tú vienes en auto y yo también. ¿Cómo saldremos?

—Sencillo.

—¿Ah sí? ¿Cómo?

—Dejas tu auto aquí y vamos en el mío. Te llevo a tu casa y te paso a buscar mañana temprano.

—De acuerdo, ¿por qué no?

Christopher sonrío y comienza a guardar sus cosas. Apaga el computador y agarra su maletín, ofreciéndome su brazo, el que acepto.

Salimos de su oficina y vamos al ascensor. Aprieto el botón de llamado y esperamos. No puedo evitar mirarlo, porque es, definitivamente, fácil de admirar. Además de guapo, es muy amigable.

De pronto, la puerta del ascensor se abre, sacándome de mis pensamientos. Al entrar, no me contengo a observar nuestro reflejo en el ascensor. Nos vemos bien juntos. Creo que Christopher se percata de lo que pasa o de lo que estoy pensando, por lo que me sonrío a través del espejo y me guiña el ojo. Se cierra la puerta y comenzamos a descender al primer piso.

—Ya sé qué es lo que piensas.

—¿Ah sí? ¿Y qué es lo que estoy pensando? —interrogo, admirándolo como lo hace él conmigo, fijo a sus ojos.

—En cómo nos vemos juntos... —responde como si nada—, y debo decir que me gusta.

Un leve sonrojo se deja ver, de pronto, en mis mejillas.

—Te ves hermosa cuando te sonrojas, Ashlee.

—Gra-gracias, Christopher —contesto muy abrumada, aunque regalándole una tímida sonrisa.

—¿Dónde te apetece ir?

—Me gustaría ir por comida china.

—Vamos, entonces. Conozco un restaurante muy bueno.

—Me parece bien. Vamos.

Llegamos al primer piso y cuando salimos del ascensor, Christopher me permite pasar adelante. Luego, coloca una mano en mi espalda, guiándome al estacionamiento del edificio. Debo reconocer que ese acto tan sencillo hace que perciba una pequeña corriente, como si su tacto quemara mi piel, y a la vez me hace sentir una sensación de vacío cuando sus dedos ya no me están tocando.

Todos los que trabajan en este piso nos miran raro. No es común que salgamos juntos y menos con tanta cercanía. Christopher decide no prestarles atención, así que yo opto por lo mismo. Siento que con un simple toque me da seguridad.

Ingresamos al estacionamiento y nos dirigimos hacia su auto, un Audi R8 de color negro. Aprieta un botón del mando de control a distancia y saca el seguro. Me abre la puerta del lado del copiloto y me permite entrar. Al hacerlo, cierra la puerta y rodea el auto por delante para subir al lado del conductor, y confieso que me gusta de sobremana lo que veo pasar por el frente.

Cuando enciende el motor, también lo hace con la radio del vehículo, así que estamos escuchando música totalmente relajada, para después comenzar nuestro trayecto hacia el restaurante de comida china.

—¿Y bien? —pregunta de pronto.

—Y bien... ¿qué?

—¿Qué te parece esto?

—Me parece bien. Debo confesar que me gusta esto. —Un sonrojo aparece de nuevo en mis mejillas.

—A mí también —declara, mirándome.

—Entonces, empezamos con el pie derecho.

—Lo mismo creo yo.

Estoy totalmente impactada. Jamás creí que Christopher, el señor Adams, con su actitud tan seria pudiera ser tan simpático y agradable. Durante el resto del recorrido, que fueron aproximadamente unos diez minutos, seguimos charlando de todo un poco, de nuestra vida y familia, principalmente.

Me comenta que es hijo de un matrimonio humilde. Su padre, Ernst, es un albañil que trabaja esporádicamente, además de que tiene conocimientos de administración de empresas, pero nunca pudo estudiar una carrera relacionada con eso por la falta de recursos de sus padres. Christopher, gracias al apoyo y enseñanza de su padre, sí pudo hacerlo, estudiando administración de empresas, que era lo que más le gustaba, y eso lo llevó a tener todo lo que tiene ahora. Por otra parte, su madre, Loretta, es dueña de casa y se dedicó a criar a sus tres hijos. Christopher era el del medio. Su hermano mayor, Steve, trabaja como abogado y está casado. Entretanto, su hermana menor, Alice, todavía está estudiando para ser enfermera.

De mí, le conté que solo tenía a mi madre y a mi hermana Melissa, él ya sabe que mi hermana está enferma y que mi padre murió en un accidente.

De pronto, miro por la ventana el exterior y me doy cuenta que hemos llegado. Christopher estaciona el auto. Unos segundos después, nos bajamos, y cuando lo hace vuelve a tomar mi mano; para mi buena o mala suerte regresan esas cosquillas que me alteran los sentidos, las que me siguen hasta aquel restaurante.

—Buenas tardes, señorita —le dice Christopher a la joven que nos recibe en la entrada—. Mesa para dos, por favor.

—Como no, señor. Síganme, por favor.

Comienza a caminar y nosotros la seguimos. Nos lleva a una mesa ubicada al fondo, a distancia prudente del baño y la cocina. Tenemos vista hacia el ventanal que da a la calle.

—Por favor, tomen asiento. Enseguida les traigo el menú. —Apenas termina de hablar, la muchacha se retira, dejándonos solos.

Christopher abre una silla, me acerco y me siento en ella.

—Gracias.

—De nada —comenta él, también tomando asiento.

—Es un restaurante muy lindo y elegante —explica luego de inspeccionar levemente el lugar.

—Es uno de mis restaurantes favoritos. Me alegra que te guste.

—Gracias por traerme —agradezco, regalándole una sonrisa sincera.

La chica que nos atiende en la entrada se vuelve a acercar a nosotros, esta vez trae los menús con ella. Al llegar a nuestra mesa, nos los entrega y dice, antes de retirarse:

—En un momento tomarán su orden.

Nos dedicamos a analizar el menú, sin dirigirnos palabras, pero sí pequeñas miradas. En cada una de ellas, me doy cuenta que él me observa primero, me sonrío o me guiña el ojo. Me pone realmente nerviosa. No sé si es en broma o es en serio. Aun

así, debo confesar que me gusta su compañía, como no había pensado jamás que la tendría.

Unos cinco minutos después llega a nosotros el camarero listo con su libreta y un bolígrafo para tomar nuestra orden. Christopher pide finalmente por los dos, porque yo no sabía qué pedir, así que no me molesta que lo hiciera. Luego de anotar, el joven se aleja, diciendo que ya nos traerá el vino que Christopher acaba de ordenar.

—Realmente es un agrado tu compañía —expresa seriamente, observando algún tipo de reacción de mi parte.

—Pienso lo mismo. Eres muy agradable, la verdad —respondo, regalándole una sonrisa.

—Me agrada saber qué piensas eso de mí.

—Acaso, ¿debería tener otra impresión de ti?

—No lo creo. Es solo que para mí, el estar así contigo, también es raro. No tengo la costumbre de ser así de amigable, ni tan cercano con mis empleados.

Me hace feliz el que piense eso, ya que yo cavilaba lo mismo. Aunque sea por ayudarlo a sacarse ese compromiso de encima, me alegra ser yo a quien le ha pedido ayuda.

Capítulo 4

Estar en un restaurante teniendo esta cercanía con Christopher es muy agradable y aunque lo que nos llevó a esta cena sea solo ficción, mi cabeza quiere pensar que no es así.

Cuando llegué a la empresa de Christopher hace dos años, tuve un pequeño enamoramiento por él. Nunca quise hacerme mayores ilusiones, ya que no quería perder el puesto por el cual había llegado a la empresa. Además, todos mis míseros intentos fueron un total fracaso para que Christopher se fijara en mí.

—¿En qué piensas? —pregunta, sacándome de mis pensamientos.

—En nada en particular. ¿Qué tal si hablamos de mañana? —propongo con la intención de cambiar de tema, ya que no quiero que sospeche que tengo un leve hormigueo producido por su persona.

—No había querido hablar de eso todavía, pero ya que lo mencionas, es mejor aclararlo pronto, para no tener sorpresas mañana.

—Me parece bien. Entonces, lo primero.

—Tiempo de relación, unos seis meses. Me parece que es tiempo suficiente como para una relación. Además, cuando comencé a hacer trato con el señor Jacobson, justamente hace siete meses, estaba soltero y creo que por ese entonces ya quería involucrarme con su hija. Aunque nunca hizo nada al respecto.

—Es razonable. Podríamos decir que aunque soy tu secretaria, nos enamoramos y ahora estamos juntos.

—Excelente. Mmm... —Se agarra el mentón en clara señal de que analiza algo—. Todavía no vivimos juntos, pero tenemos planeado hacerlo más adelante.

Abro los ojos como platos.

—¿Hablas en serio? —pregunto, atragantándome con la comida.

—Ashlee, tranquila. Ya te dije que entre nosotros dos iremos con calma —comenta tratando de aguantar una risa por mi torpeza.

—Sí, claro. Tienes razón —aseguro después de beber un poco de mi copa de vino—. Lo había olvidado.

—Tranquila. No pasa nada —me tranquilizo, al tiempo que me regala una sonrisa.

Me sonrojo al instante. Ya comienzo a sentir ese leve hormigueo en el estómago otra vez, pero me niego a que él se dé cuenta. No sé qué decir o qué hacer. De pronto, me siento avergonzada. Trato de pensar en otra cosa, pero me está siendo imposible.

—¿Y a qué hora se supone llega el señor Jacobson mañana? —inquiero, tratando de volver al tema que nos convoca esta comida.

—Creo que estará por la oficina a mediodía, pero no sé si venga con su hija.

—Bueno, al menos debemos darle una buena impresión. Digo, confirmándole de que no estás solo.

De pronto, Christopher se acerca un poco más a mí a través de la mesa y toma mi mano, la que descansa sobre la mesa.

—Gracias por esto, Ashlee. En serio.

—Descuida. Ya te dije que no tienes nada que agradecer.

—Pero debo hacerlo, es lo que corresponde. A decir verdad, prefiero mil veces tu compañía en vez de tener que haberle pagado a otra para que haga lo que te pido.

Nuevamente, mi mente queda en blanco. No sé si sentirme ofendida o halagada por lo que acaba de decir. Pero de lo que sí estoy segura, es que algo esconde bajo esas palabras, y eso tiene que ver conmigo. Y por obvias razones, estoy dispuesta a averiguarlo.

—¿Quieres decir que si yo no aceptaba ayudarte habrías contratado a una dama de compañía para hacerte el favor?

—La verdad, no sonó muy bien lo que dije, pero si hubieras dicho que no, no iba a tener otra alternativa —me contesta, regalándome otra sonrisa.

—Bueno... en ese caso me alegra haber aceptado. Así, además, te ahorras el dinero, ¿no crees? —Rio.

—Tienes razón. En fin, gracias nuevamente.

Terminamos de comer, y mientras Christopher pide la cuenta me excuso para ir un momento al tocador. Apenas entro suena mi teléfono, indicándome que me acaba de llegar un mensaje. Lo abro y veo que es Sophie quien lo manda.

«No te olvides de la fiesta de Mason, es el viernes. Prometiste acompañarme.»

Me había olvidado completamente de la fiesta. Decido responderle, ya que si no lo hago de seguro me seguirá llamando o enviando mensajes hasta que le confirme mi asistencia.

«No lo he olvidado, Sophie. Tenía pensado salir mañana después del trabajo a comprarme un vestido.»

«¡Perfecto! Tenía pensado hacer lo mismo, así que te acompaño. Te veo mañana a la salida.»

Vuelvo a guardar mi celular en mi cartera y esta vez me dedico a lo que venía. Como no me cambié de ropa, tuve que venir tal y como había asistido al trabajo. Así que me decido, más que nada, a retocar un poco mi maquillaje. Al terminar, salgo del baño en dirección a mi mesa y observo que la mesa ya ha sido retirada. Christopher me está esperando con una gran sonrisa en su rostro.

—Ya está todo pagado. ¿Nos vamos?

—Claro que sí. Ya quiero descansar. Hoy fue un largo día de trabajo.

—¿Quejándose en presencia de su jefe, señorita Thompson? —bromea socarrón.

—¡Por Dios! ¡Claro que no! —respondo nerviosa. ¡Dios! Este hombre me vuelve loca.

Christopher se pone de pie y me ofrece su brazo para salir. Lo agarro con gusto y salimos. Nos dirigimos a su auto, abre la puerta del copiloto y me subo.

—Creo que me podría comenzar a acostumbrar a esto —comento con una sonrisa.

Christopher me sonrío de regreso. Cierra la puerta de mi lado y rodea el auto para subir por el lado del conductor.

—Creo que sí deberías —dice en respuesta a lo que yo he dicho hace unos momentos.

—¿A dónde vamos ahora?

—Pensaba llevarte a mi departamento —responde con una coqueta sonrisa mientras yo me sonrojo de nuevo—, a compartir y a conocernos un poco más.

—Está bien —me encojo de hombros—, eso nos ayudaría. —Aunque debo aclarar que mi mente comienza a idear muchas otras maneras de conocernos.

—Entonces, vamos.

Enciende el motor del vehículo y partimos hacia su departamento. Prende el botón de la radio y de ella empieza a sonar música clásica. Una melodía tan suave, que te envuelve al escucharla.

Siendo un hombre millonario se me hace extraño que no tenga una casa. Es típico y sabido que los millonarios tienen sus propias casas, aunque estén la mayoría del tiempo solos, y con servidumbre que los atienda. Al cabo de unos minutos de silencio, en cuanto a conversación, decido romperlo, sacándome esta duda que me mata de curiosidad.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Creo que la acabas de hacer, Ashlee —comenta riendo.

¡Oh, por Dios! Definitivamente, este hombre es fascinante en muchos sentidos. Esa sonrisa que me da cada vez que me habla sin duda es fabulosa. Acompaña en perfecta armonía a su cabello castaño oscuro peinado hacia atrás y a sus ojos azules. Estoy frente a un hombre muy guapo. Una vez más, vuelvo a sentir esas hormigas en mi estómago que me vienen persiguiendo desde que salimos juntos de la oficina.

—Y bien, ¿qué querías preguntarme? —interroga después de un silencio de mi parte.

Christopher

—Es que estaba preguntándome por qué vives en un departamento en vez de tener una casa.

—Sencillo —respondo sin más, encogiéndome de hombros.

—¿Ah sí? ¿Por qué? —pregunta muy curiosa.

—Porque cuando logré, hace unos años, obtener mi pequeña fortuna, decidí que tendría un departamento en vez de una casa. Me refiero a que, cuando finalmente me decida a hacerlo, será el día que vaya a casarme. Así que podría decirse que mientras tanto disfruto de mi departamento de soltero —aclaro para luego mirarla otra vez. Definitivamente, está nerviosa y eso me encanta.

—Es un buen motivo. Sería algo ridículo tener algo tan grande para ti solo, pudiendo compartirlo con alguien más.

—Exacto. Veo que entendiste mi punto.

—Sí, creo que sí.

—Y tú, Ashlee, ¿vives sola o con tu novio? —Decido hacerle esa pregunta a propósito, estoy tan encantado con ella que no perderé la oportunidad de que la respondiera.

—Y-yo, yo no, no tengo novio —contesta totalmente nerviosa—, vivo sola.

Se ve muy hermosa cuando se sonroja. Su cabello rubio y sus ojos azules la hacen una joven muy bella. Tengo que aprovechar esta ventaja para ver hasta dónde puedo llegar. Creo que le gusto, pero no estoy del todo seguro si eso es realmente cierto.

—Ya veo. ¿Y te gusta vivir sola?

—No mucho, pero ya me acostumbré. Paso gran parte del día en la oficina y quedo exhausta, así que como algo, voy a la ducha y a la cama.

Mmmm... Ducha... Me agrada esa idea. ¿Qué tal si te tuviera desnuda en mi ducha, mientras te beso y te hago mía? Es una gran idea, pero no voy a hacerlo todavía. Quiero darme el tiempo de conquistarte y aprovecharé las circunstancias para hacerlo. Ashlee me trae loco desde el día que llegó a mi empresa, hace dos años atrás.

“—Señor Adams —dice de pronto Mónica, la recepcionista del edificio, a través del teléfono—, ha llegado la señorita Ashlee Thompson para su entrevista al puesto de su secretaria.

—Claro, Mónica. Hágala pasar a mi despacho, por favor.

—Sí, señor.

Vuelvo al documento que estoy leyendo en mi laptop mientras espero que llegue esta señorita, y al cabo de unos minutos tocan a mi puerta.

—Adelante —respondo a aquel toque.

—Con su permiso, señor Adams. Soy Ashlee Thompson.

Se acerca a mí una joven de cabello rubio y ojos azules, perfectamente arreglada en su traje de dos piezas de color negro, junto a su blusa blanca y su corbata de color rojo. Me tiende su mano a modo de saludo, así que le respondo el gesto.

—Un gusto, señorita Thompson. Tome asiento, por favor.”

—Un dólar por tus pensamientos, Christopher.

Le regalo una sonrisa en respuesta a su afirmación.

—Solo... solo pensaba que estás muy hermosa esta tarde —la halago con la intención de que se sonroje de nuevo.

—Gra-gracias. ¿Falta mucho para llegar? —pregunta claramente nerviosa e incómoda por lo que acabo de decirle.

—No. Ya estamos llegando —afirmo, doblando a la derecha para entrar al estacionamiento subterráneo de mi edificio.

—Ya veo. —Me doy cuenta que respira un poco más tranquila. Así que decido no ponerla más nerviosa de lo que ya lo está. Al menos, por ahora.

Capítulo 5

Christopher

Subimos por el ascensor y debo decir que cada acercamiento que tenemos hace que adore su sonrisa mucho más.

Todavía recuerdo cómo era, tan seria y preocupada cuando recién le di el trabajo. Decidí, en ese entonces, mostrarme cercano, no ser de esos jefes que se ven casi del tipo «tiranos» con sus empleados. Ashlee llamó mi atención desde el minuto uno que pisó mi empresa. Por eso y porque era una joven totalmente capacitada, le di la oportunidad de trabajar para mí.

De pronto, suena el timbre indicando que ya hemos llegado a mi departamento. Es el último y también la suite del edificio, por lo que ocupa todo el piso. Agradezco que no haya nadie en el ascensor, ya que algunas vecinas, sobre todo las más jóvenes, me comen con la mirada, y aunque yo sé que soy un hombre con buen físico, es muy incómodo para mí el sentirme tan observado por las mujeres.

Al salir del ascensor, llegamos a un pequeño hall de entrada blanco, donde hay unos sillones de cuero en la misma tonalidad. A un costado se halla una mesa redonda de madera bañada en color negro, acompañada de un pequeño mantel blanco que la cubre y sobre ésta un pequeño florero con tulipanes y calas blancas. En las paredes blancas con franjas grises hay varios cuadros, la gran mayoría de paisajes. Cruzamos el *hall*, y cuando llegamos a la puerta de mi departamento, saco la llave de mi bolsillo y la abro, permitiendo que Ashlee entre primero.

Ashlee

—¡Guau! Digo, tienes un gran departamento. Está hermosamente decorado.

¡Dios! ¡Qué estúpida! Sueno tan asombrada que, de seguro, piensa que soy una tonta. ¡Qué vergüenza! Pero es que quién en su sano juicio, viviendo solo, podría tener un departamento como éste. Solo su sala es más grande que mi departamento completo.

—Gracias —dice riendo—. ¿Quieres algo para tomar?

—Lo que tú me ofrezcas estará bien.

—De acuerdo, enseguida vuelvo. Acomódate donde gustes.

Mientras Christopher va a la cocina a buscar algo para tomar, me siento en el sofá de cuero de color negro. No puedo evitar mirar todo a mí alrededor, tiene un hermoso decorado en su departamento. La observación que hago se ve interrumpida cuando Christopher se sienta junto a mí en el sofá y me ofrece una copa de vino

blanco. La acepto y la saboreo. Mmm, es Chardonnay, mi preferido. No puedo quejarme por su maravillosa elección.

—Está sabroso, gracias.

—Es mi vino favorito. Lo prefiero antes que el tinto.

Me deja gratamente sorprendida.

—¿En serio? También es mi favorito.

—Qué bien que comencemos a descubrir que tenemos gustos en común. —Me regala una sonrisa, otra más, de esas que hacen que quedes embobada.

—Sí, es genial, creo que es bueno que tengamos gustos similares. Además, creo que contigo no lo podría pasar mal —acoto a la vez que termino de darle un sorbo a mi copa de vino.

—Tomaré eso como un cumplido.

—Deberías hacerlo, porque lo es.

—Me sorprendes, Ashlee, me sorprendes.

—¿Por qué? —interpelo curiosa.

—Porque, sin duda, eres una mujer fascinante, además de hermosa.

Con cada palabra que dice, efectivamente, puede hacer que una mujer se sienta especial y única. No quiero ilusionarme, ni nada por el estilo, pero en tan solo unas horas hemos tenido una cercanía que antes no tuvimos oportunidad de compartir. En realidad, no sé cuáles son las intenciones de Christopher. Quizás, para él solo sea un acuerdo y a la vez pretende hacérmelo fácil, teniendo este tipo de trato y cercanía hacia mí.

—Me encanta que te sonrojes, te hace ver más hermosa.

Cada palabra, cada frase que sale de sus labios hace que me ponga más nerviosa, y me azora por completo cuando me quedo sin palabras. Como no soy capaz de decir nada, solo se me ocurre beber otro poco de mi copa. No estoy muy acostumbrada a beber alcohol, así que, tal vez, más pronto que tarde, esté tomando valor para hacer algo de lo que podría llegar a arrepentirme después. Pero lo que sí sé es que voy a aprovechar este momento.

Dejo mi copa en la pequeña mesita que se halla al lado del sofá y regreso a la posición en la que estoy, solo que ahora me siento en dirección a Christopher, girando un poco mi cuerpo. Él hace lo mismo, y cuando se vuelve a sentar, se acomoda más cerca de mí.

—Ashlee, aun no entiendo cómo no nos hicimos amigos antes. —Y diciendo esto toma mi mano.

En tan solo unas horas, reaparecen esas cosquillas que sentí hace dos años y que mantuve a raya, porque quiero conservar el empleo, ya que mi familia depende de mí. A futuro no me gustaría ser solo su amiga, pero no sé qué tan lejos podemos llegar. Como no quiero verme desesperada, trato de seguirle el juego.

—La verdad, no lo sé. Siempre te vi enfocado en tu trabajo y yo en el mío. Además, supongo que nunca se dio la ocasión para hacerlo.

—Es verdad. Entonces, no voy a desaprovechar el momento.

—¿Por qué lo dices?

Christopher

—Por esto.

Apenas termino de hablar, me acerco a ella, tomo su cara entre mis manos para atraerla a mí y la beso. Ya no puedo seguir esperando. Hace ya un buen rato que siento que debo hacer esto, y por cómo ella se acomoda a mi lado, sé que es el momento indicado.

Sus labios son tan suaves y delicados, labios de tamaño promedio —ni tan carnosos, ni tan pequeños—, que me llaman a besarla y hacerla mía. Ashlee me tiene loco, es una chica totalmente hermosa. Ella tiene razón cuando dice que no habíamos tenido oportunidad de acercarnos más. Esta vez no perderé esta chance de poder estar con ella. No estoy enamorado de ella. A decir verdad, solo me he enamorado una vez, pero con ella todo se siente distinto. Me siento en paz. Siento que está trayendo de a poco tranquilidad a mi vida. Tengo la sensación de estar confiado, como si nada malo fuera a pasar.

¡Está decidido! Si tengo que llevar este acuerdo a la realidad lo haré, de eso estoy seguro.

Ashlee

Todavía me siento en las nubes. No puedo creer que esto esté pasando. Christopher Adams, el que ha sido mi jefe por dos años ¡me está besando! Tanto quise que este momento fuera realidad, que siento como si volara. Es como si solo existiéramos él y yo, y nada más.

Varios minutos pasan, mientras nos seguimos besando, que no nos damos cuenta que debemos separarnos por falta de aire. No quiero hacerlo pero, aunque es nuestro primer beso, soy yo quien lo termina.

Me aparto un poco de Christopher y ambos abrimos los ojos, mirándonos, cuando nuestras frentes se tocan. Estoy tan feliz por lo que acaba de acontecer, pero aun así no quiero hacerme ilusiones. No, al menos, hasta saber qué es lo que él piensa de esto.

—Christo... —soy interrumpida por un dedo que se sitúa sobre mi boca.

—Shthhh, no digas nada que arruine esto. Te aseguro que yo no me arrepiento. De hecho, esperaba hacer esto desde hace rato.

Este hombre me mata, eso es seguro. Vuelvo a sonrojarme, y ahora como tengo un poco de alcohol en mi cuerpo, siento que mis mejillas arden como antorchas.

—Créeme que yo tampoco —digo, finalmente.

—Debo confesar que he pensado llevar esto más allá que un simple trato, Ashlee. Me atrajiste desde el primer día en la empresa. —Abro inmediatamente los ojos como platos sin poder creer en sus palabras.

Dos años perdidos.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí, lo estoy haciendo. Pero nunca quise arriesgarme a acercarme a ti y que me rechazaras, pensando que era el típico jefe que se involucra con su secretaria para llevarla a la cama.

No supe qué decir... otra vez.

—Hasta lo que te conozco, y solo digo de ahora, creo que no eres así. Si no, ya lo hubieras intentado —comento, al tiempo que le brindo una sonrisa involuntaria de mi parte.

—Tienes razón. ¡Mierda! Me siento como si me estuviera desnudando ante ti. Muy pocas veces me he sentido así con alguien.

—Tranquilo. Dijimos que nos tomaríamos las cosas con calma. —Le tomo la mano en señal de que se calme un poco.

—¿Ya te sientes más cómoda para mañana?

—Así como te veo, creo que esa pregunta te la debieras hacer tú mismo.

—Estoy nervioso. No te lo voy a negar. Estoy así porque conociendo a mi socio, aunque no venga con su hija, de seguro hará mención de ella, y eso es lo que me hará sentir incómodo. Entonces, apenas eso pase, te llamaré para así bajarle esos ánimos que tiene por querer casarme con su hija.

—Todo saldrá bien. Lo prometo. Ahora, creo que ya es hora de que me vaya, se nos ha hecho tarde y ya debo volver a mi departamento.

—Está bien. —Mira su reloj—. Tienes razón, es muy tarde. Vamos, te llevo.

Me tiende su mano, la tomo para impulsarme y levantarme de aquel sofá tan cómodo.

Me acerco a una mesa ubicada al lado de la puerta de salida, donde está mi bolso. Lo agarro y lo cuelgo sobre mi hombro mientras Christopher va a buscar las llaves de su auto para llevarme.

—¿Lista? —me pregunta a la vez que me toma de la mano.

—Sí. Ya lo estoy.

Abre la puerta de su departamento y me permite salir primero. Cierra la puerta tras de sí, cruzamos el pequeño *hall* y me lleva hacia el ascensor, todo esto sin soltar mi mano. Se abre la puerta y entramos. Christopher aprieta el botón del primer piso del subterráneo y, al instante, se cierran las puertas del elevador que comienza a bajar. Pasamos unos minutos en silencio, ninguno se atreve a decir palabra alguna, hasta que se abre la puerta del ascensor y salimos para encaminarnos hacia su auto. Nuevamente, aprieta el control de mando a distancia para abrir las puertas. Entro en el vehículo y me acomodo, cuando luego lo hace él.

—Gracias —menciono al colocarme el cinturón de seguridad.

Una vez listo, me mira y también se coloca su cinturón. Enciende el motor, pero esta vez sin la radio, y empieza el rumbo a mi departamento.

—¿Dónde vives? —me pregunta—. Necesito anotarlo en el GPS.

—538 Statue of Liberty Street —respondo con una sonrisa para quitarle un poco la seriedad al momento, la cual es totalmente incómoda.

Christopher anota la dirección en su GPS y salimos hacia la calle. Su semblante está algo serio y debo confesar que me da algo de miedo. No recuerdo haberlo visto antes así, y menos entiendo su cambio de actitud tan repentino.

—¿Sucede algo? —pregunto para saber qué sucede.

Mirándome responde.

—No es nada, es solo que como ya te dije antes, hace un rato me sentía como desnudándome ante ti y nunca me había pasado con otra persona que no fuera mi madre, y es extraño. Me agrada tu compañía, eres una gran mujer y no quisiera... ¿Cómo decirlo?... «Meter la pata».

—Todo irá bien, ya verás. Solo debemos tomarnos las cosas con calma. Yo tampoco quisiera que esto se fuera de nuestras manos y se arruinara. Además, esto que hago es más que nada una ayuda para ti.

«Pero tú no sabes que en el fondo yo sí quiero algo más», pienso.

—Ya lo sé, pero aun así quisiera intentarlo, porque contigo estoy volviendo a disfrutar la vida.

Me toma la mano izquierda, que está descansando sobre mi muslo, y la levanta. La acerca a su boca y besa los nudillos.

—Eres hermosa.

—Tú tampoco te quedas atrás.

—¿Qué quieres decir? ¿Yo también soy hermosa? —bromea burlón.

Me alegra ver que este momento silencioso que nos tiene a ambos totalmente incómodos ha quedado atrás.

Durante el resto del recorrido, para llegar a mi departamento, seguimos charlando de otras cosas, hasta que me doy cuenta que hemos llegado.

—Gracias por la cena y la compañía —digo mirándolo para darle fin a esta noche que, en definitiva, hizo que todo cambiara a partir de hoy.

—Gracias a ti —me responde, mirándome a los ojos—. Espero que te hayas divertido.

Claro que sí. Hoy es un día que jamás olvidaré.

—Por supuesto. La pasé muy bien.

—Yo también la pasé muy bien.

Se saca el cinturón de seguridad y se acomoda a mi lado. Toma mi cara con su mano izquierda y me acerca a él. Su mano derecha sigue tomando mi mano. Se inclina lentamente a mí y ambos cerramos los ojos. Estamos tan cerca que nuevamente nuestras respiraciones se mezclan y de pronto, siento otra vez sus labios sobre los míos.

Oh Dios, me encantan sus labios. Su beso es dulce y a la vez se siente apasionado, como si una promesa implícita se escondiera en ellos.

El momento que no quería que apareciera llegó. Esta vez es Christopher quien rompe aquel beso, me mira fijamente y solo dice:

—Que tengas una buena noche.

Capítulo 6

Todavía me encuentro analizando lo que acaba de pasar hace unas horas. Ya nada será como antes, eso es seguro. Aún puedo sentir su boca sobre la mía y no logro evitar llevarme una mano hasta mis labios, como si pudiera tocarlo.

Después de que me deseó una buena noche, quedamos en que pasaría a buscarme mañana a las ocho de la mañana. Cuando me bajé de su auto y estaba por entrar a mi edificio, me giré para despedirme con la mano y Christopher me guiñó el ojo y emprendió rumbo de regreso.

Me siento extraña, pero a la vez tranquila. No sé el porqué. Quizás sea por el hecho de que nos «declaramos» y sinceramos. Pero como ya he dicho antes, no me quiero ilusionar y quizás salir herida de todo esto.

Para relajarme decido tomar una ducha. El agua caliente cayendo sobre mí siempre trae un efecto relajante. Me acerco a mi closet y busco un pijama que consta solo de una camiseta de algodón con mangas y un pantalón holgado. En invierno es lo ideal para dormir calientita.

Me dirijo al baño y voy directamente hacia la ducha para abrir la llave, dejando que caiga el agua caliente para que se tempere el ambiente. Mientras me saco la ropa, busco una toalla del pequeño estante donde están guardadas. Agarro una de color lila, mi favorito. Y cuando estoy lista, entro en ella y comienzo a disfrutar del agua cayendo sobre mi cuerpo. Lavo mi cabello con mi «dos en uno» –champú y acondicionador–, con aroma a fresas. Al terminar, voy de regreso a mi habitación, me visto y me voy a la cama, cayendo bastante rápido en los brazos de mi gran amigo Morfeo.

Christopher

Ver como Ashlee entra a su edificio y me saluda con la mano, hace que se vea totalmente adorable, como si deseara verla siempre así, sonriéndome, sabiendo que yo he hecho de su día un momento feliz.

¡Pero en qué estoy pensando! ¡Mierda! Es solo mi secretaria, la cual me está ayudando a sacarme al viejo Jacobson de encima. Ya estoy cansado de decirle que no, que no me casaré con su hija. No me interesa. Además, siempre he odiado los matrimonios arreglados.

Crecí viendo un matrimonio lleno de amor, como el de mis padres, que a pesar de no tener un solo centavo lograron sacar adelante una familia con tres hijos. Es por esto y porque siempre creí en lo que el amor significaba. Sí, suena cursi, lo sé, solo llámenme tradicional.

Durante todo el transcurso, desde el departamento de Ashlee al mío, solo hay una cosa o, más bien, una persona en mi mente: esa chica rubia de ojos azules tan tierna y dulce, con labios tan suaves y... ¡detente!

Llego a mi edificio y aparco mi auto. Salgo de este y subo inmediatamente a mi departamento. Como solo vengo pensando en Ashlee, sin poder quitármela de la cabeza, comienzo a sentir cierta incomodidad en mi ropa, específicamente en mis pantalones. Creo que necesito urgentemente una ducha para calmarme. En este momento, la ducha ideal es una de agua fría.

Dios mío, Ashlee, ¡qué me estás haciendo!

Capítulo 7

Ashlee

Suena insistente la alarma que me grita estridente que es hora de levantarme. Me giro hacia mi mesita de noche y la apago de un manotazo.

Me levanto y empiezo a buscar mi ropa en mi closet para trabajar. Elijo un traje de dos piezas, esta vez uno con pantalón en vez de falda. Me agradaba usar este tipo de traje, ya que al vestirlo con zapatos de tacón me hace ver un poco más estilizada y alta.

El traje es de color gris claro, mientras que la blusa es blanca, ceñida al cuerpo, pero no me aprieta, sino que es un poco suelta. Y por último, la corbata de un color lila que hace que todo quede combinado a la perfección. Mis tacones negros siempre acompañan cada combinación que elija. Para trabajar siempre me pongo unos tacones de color negro, así que poseo como cinco pares distintos, todos por supuesto, con diferentes diseños.

Dejo toda mi ropa encima de mi cama y voy a la cajonera, ubicada al lado del closet, desde la cual saco mi ropa interior de encaje de color blanco. La coloco en la cama, junto a mi otra ropa, y voy al baño a tomar una ducha rápida.

Ya cuando me encuentro totalmente arreglada y maquillada, me encamino a la cocina a preparar mi desayuno. Siempre como algo liviano, ya que la mayoría de las veces me siento mal al estómago.

Me hago unas tostadas con mermelada de durazno, me sirvo un jugo de manzana y un café. Cuando ya tengo todo listo, me dispongo a sentarme en el pequeño mesón de mi cocina, así no tengo que ir hasta el comedor, que como casi nunca lo uso, debe estar prácticamente inmaculado.

Termino de desayunar. Dejo limpio el mesón, situando la loza que ocupé en el lavavajillas y voy al baño a lavarme los dientes. Cuando me estoy limpiando las manos con un pequeño paño, siento que suena mi celular. En él hay un mensaje.

«Buenos días, Ashlee. Ya llegué a buscarte, espero estés lista. Estoy abajo, esperándote.»

Es Christopher, así que le respondo de inmediato.

«Buenos días a ti también. Sí, ya estoy lista. Bajo en un minuto.»

Doy a enviar, luego voy por mi bolso, guardando mi celular, junto a las llaves y salgo.

Al llegar al primer piso, saludo a Roger, el conserje del edificio.

—Buenos días, Roger.

—Buenos días para usted también, señorita Thompson.

—Ashlee, Roger, dime Ashlee, sino me siento vieja con tanta formalidad, la cual ya la tengo en la empresa y con eso me basta —expreso esto último, acercándome al mesón, como si no quisiera que alguien más escuchara y apuntando hacia la salida donde está Christopher.

—Está bien, Ashlee —dice finalmente con una sonrisa—. Que tengas un gran día.

—Gracias, Roger, tú también.

Nos despedimos y giro mi cuerpo nuevamente en dirección a la salida; hasta desde aquí se puede ver lo guapo que se ve hoy Christopher. Abro la puerta del edificio, y en señal de que me está esperando, se da cuenta de mi aparición, dibujándosele una sonrisa en el rostro, la cual hace que se vea aún más atractivo. Ese traje negro con la camisa blanca desabotonada en los tres primeros ojales lo hace ver muy sexy. Se acerca a saludar y me besa suave, pero largamente en la mejilla.

—Buenos días, Ashlee.

—Buenos días para ti también. Gracias por venir a buscarme.

—Ya te dije que era mi deber, es lo que acordamos ayer —dice con expresión de obvedad en su rostro y regalándome otra sonrisa, de esas que me gustan tanto.

—Tienes razón. Vamos o llegaremos tarde, y no quisiera hacer enojar a mi jefe. —Sonrío.

—Pero, Ashlee, podemos retrasarnos un poco, no creo que a tu jefe le moleste —dice coqueto.

—Quizás a él no, pero a mí sí. Tengo un montón de trabajo por hacer. Además, mi jefe tiene una reunión muy importante y no quiero que se atrase por mi culpa.

—¡Rayos! Tenías que recordarme la reunión con Jacobson, ¿no? —me reprende en tono de fastidio, pero a la vez burlón.

—Lo siento, es que no me gusta llegar tarde.

—Bueno, entonces, vamos.

Se da la vuelta y entramos en el auto, lo enciende, abre la puerta del copiloto y me deja entrar en él. Se sube también, y una vez listo, enciende el vehículo y partimos a la oficina.

Hablamos de muchas cosas, pero en ninguna hacemos mención de lo ocurrido ayer en su departamento. Al parecer, tanto él como yo, no estamos todavía en condiciones de hablar de lo sucedido.

Llegamos al edificio y subimos a nuestro piso. Apenas se cierran las puertas del ascensor, ocurre lo que tanto deseo que vuelva a suceder.

Me siento obnubilada cuando Christopher me toma la cara y me besa posesivamente, porque es un beso que no esperé recibir, pero que tampoco pretendo evadir, ya que sin lugar a dudas los labios de mi jefe se están convirtiendo en mi nueva adicción. Mi mente y mi cuerpo comienzan a conocerlos, pudiendo reconocer esa promesa implícita en ellos, la misma del beso anterior. Agradezco que no subiera nadie más para no interrumpir aquel beso. Y solo nos separamos cuando el timbre suena, indicándonos que hemos llegado a nuestro piso.

Christopher

Ya no puedo seguir aguantando las ganas de besarla, aquellas que traigo conmigo desde que la fui a buscar a su edificio. Es por esto que apenas estamos solos, cuando se cierran las puertas del ascensor, no pierdo ni un segundo más y termino acorralándola para besarla. Esos labios tan dulces y suaves me llaman para hacerlo.

Nos besamos por varios minutos hasta que el maldito timbre suena, indicando que hemos llegado a nuestro piso. Solo en ese momento decido, finalmente, separarme de Ashlee.

Salimos del elevador y seguimos mirándonos, como si esa mirada significara algo mucho más grande. ¡¿Pero qué?!

—Yo... esto... —comienza a decir Ashlee—... esto no está bien, no debemos confundir las cosas. Tú eres mi jefe y...

—Sí, Ashlee, lo soy —la interrumpo—, pero no puedes negar esto que nos sucede. No sé cómo explicarlo pero....

—Mejor no hablemos más. —Ahora es ella quien me interrumpe—... y... empecemos a trabajar, no querrás que alguien venga y te comiencen a cuestionar.

—Sí. Supongo que sí. Por favor, avísame cuando Jacobson este aquí.

—No te preocupes, yo te avisaré.

Nos separamos más y veo como Ashlee se acerca a su escritorio, sin duda está nerviosa. Yo también lo estoy, pero no puedo negar que empiezo a sentir que hay algo más.

Al igual que ella, sigo mi camino hasta mi oficina. Al entrar, cierro la puerta, me apoyo un momento en ella dando un leve suspiro y me encamino a mi escritorio. Me dispongo a trabajar y a despejarme una vez que mi computadora se enciende.

¡Esta chica es única!

Ashlee

Una vez que nos separamos, me acerco a mi escritorio. Estoy muy nerviosa. De pronto, es como si mi cabeza no supiera qué hacer. Acomodo mis cosas donde siempre y enciendo mi computadora, reviso mi agenda, chequeando que no haya quedado ningún pendiente del día anterior. No tengo nada, así que mientras la computadora termina de encender, voy a la sala de descanso para prepararme un té, necesito calmar estos nervios que tengo.

Después de hacerlo, regreso a mi escritorio y veo que la computadora ya está encendida y con algunas notificaciones de correos sin leer. Los reviso y la mayoría son de empresarios que desean hacer negocios con Christopher por lo que, como siempre hago cuando llegan este tipo de correos electrónicos, les respondo con copia oculta a Christopher, informando al remitente de manera cordial que revisaremos su caso y lo contactaremos si es necesario. De esta manera, mantengo informado a mi

jefe, el cual finalmente es el que toma la decisión sobre con quién hace trato y con quién no.

Ya son cerca de las once de la mañana cuando suena el teléfono, indicando que alguien del edificio está llamando; según el indicador de luz, no me es difícil adivinar que se trata de Mónica, la chica de recepción.

—Mónica, buen día, dime ¿en qué te puedo ayudar?

—Buen día para ti también, Ashlee, estoy llamando para informar que el señor Jacobson se encuentra aquí.

¡Mierda! El momento ha llegado.

—Por supuesto, Mónica, hazlo que suba, por favor. El señor Adams lo está esperando.

—De acuerdo, le informaré. En unos minutos estará allí.

—Perfecto. Gracias.

Comienzo a ponerme nerviosa. Debo avisarle a Christopher sobre la llegada de su socio, por lo que lo llamo a su teléfono.

—Dígame, Ashlee —contesta totalmente serio y volviendo al trato de jefe.

—Solo le llamo para informarle que su socio Jacobson está subiendo hacia aquí —respondo de igual manera.

—Sí, claro. Gracias por avisar. En cuanto llegue que pase a mi oficina, por favor.

—Como ordene, señor.

Justo al terminar la llamada con Christopher suena el ascensor, indicando que ha llegado alguien. Como ya sé que es Jacobson, simplemente, lo recibo con una sonrisa.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días, señor Jacobson. Pase a la oficina, por favor, el señor Adams ya lo espera.

—Muchas gracias. —Se retira, entregándome una sonrisa, junto a su respuesta.

—¿Desea beber algo, señor?

—Sí, por favor, un té con leche estaría bien.

—Como no, en unos minutos se lo llevo.

—Muchas gracias, señorita.

Se aleja de mi escritorio para dirigirse a la puerta de la oficina de Christopher, abriéndola, solo alcanzo a escuchar la voz de él que dice: «Eric, por favor, pasa y toma asiento». Se cierra la puerta y ya no puedo oír más.

Voy, en tanto, a preparar el té con leche del señor Jacobson, y mientras lo hago no paro de pensar qué podrán estar conversando. Al tenerlo listo, me acerco a la oficina de mi jefe y espero su permiso para entrar.

Una vez dentro, le llevo su pedido al señor Jacobson, consultándole a mi jefe si desea algo, pero me responde que no, así que solo me retiro, dejándolos a solas.

Pasan minutos, quizás una media hora, hasta que noto que la puerta se abre nuevamente, y esta vez sale Christopher por ella. Me mira y se acerca a mí.

—¿Estás lista para el show? —pregunta algo asustado.

—Más que lista, estoy nerviosa.

—Tranquila, todo saldrá bien. Vamos.

Me toma de la mano y me lleva a su oficina. Entramos y al instante puedo notar que el señor Jacobson está totalmente confundido.

—Eric —comienza a hablar Christopher—, he pedido que venga la señorita Thompson, porque tengo que decirte algo importante que tiene que ver con tu propuesta. —Todo esto lo dice mientras me toma de la mano e intercambia miradas con su socio y conmigo.

—¿Y qué sería eso que tienes que decirme?

Tomamos asiento en un pequeño sofá ubicado en su oficina. Jacobson, por su parte, se mantiene en el pequeño sillón de enfrente al escritorio de Christopher.

—Verás, Eric, la señorita Thompson, más bien Ashlee, es la razón por la cual no puedo comprometerme con tu hija Angelique.

—No entiendo —confiesa con una cara de asombro y confusión.

Mientras toda esta conversación fluye, solo me mantengo en silencio, hasta que finalmente puedo aportar algo al tema, como si yo también fuera parte de la charla, en vez de que ambos estén hablando de mí.

—Eric, Ashlee es mi novia —dice esto mirándome a los ojos, regalándome aquella sonrisa que me encanta.

—Pero ¿cómo no me habías dicho nada antes?

—Prefería decírtelo en persona, para que veas y lo creas por ti mismo.

—Pero tú y yo teníamos un acuerdo.

—Perdona, Eric, pero yo jamás estuve de acuerdo con eso. Siempre te dije que no me interesaba casarme a la fuerza.

—Ya sabes lo que pienso, Christopher —dice Jacobson comenzando a enojarse por la inusitada situación—. Si no te casas con mi hija, no hay trato.

—Bueno, no quiero sonar grosero pero, no quiero faltarle el respeto a mi chica, así que te voy a pedir que te retires de mi oficina. De esta manera, no pienso seguir hablando contigo.

—¡Es inaudito! ¡Esto no tenía que pasar! —comenta furioso y dando un golpe sobre el escritorio, el que me hace dar un pequeño brinco del susto.

—Lo lamento si te molesta, pero esto es así —agrega Christopher manteniendo el tono calmado de su voz.

—¿Cómo es posible que estés tan calmado cuando nuestra sociedad está en juego?

—Mi respuesta ante eso la tienes en frente, tengo novia y no pienso terminar con ella para casarme con tu hija, mujer que, por cierto, no conozco.

—Pero eso lo podemos arreglar, concretamos una cita y se conocen —añade Jacobson tratando de llegar a un acuerdo.

—Lo siento, pero mi respuesta ya la tienes. Por lo que tendremos que buscar otra forma de cerrar nuestra sociedad.

—Como tú quieras, Adams, pero esto no se va a quedar así.

Finalmente, Jacobson se levanta y se dirige a la puerta, y en perfecta señal de que está molesto, ya que cuando la cierra lo hace con un fuerte golpe que resuena en toda la habitación. Por mi parte, todavía no puedo creer lo que acaba de pasar hace

solo unos minutos. A pesar de que Eric Jacobson comienza a enfurecerse, Christopher siempre se mantiene sereno. Cómo se nota que puede controlarse hasta en los peores momentos. Eso, en definitiva, es algo que me hace admirarlo aún más.

—Lamento lo que tuviste que presenciar.

—Descuida, era sabido que podía pasar algo así, solo no imaginé que se enojaría tanto.

—Yo lo intuía, pero no le tengo miedo a sus amenazas.

—Pues yo sí. No quisiera saber qué es lo que pretende hacer para separarme de ti.

—Lo que sea, no lo conseguirá tan fácil, te lo prometo.

Otra vez esa promesa implícita. De nuevo, estas hormigas en mi estómago. Una vez más dice algo, dándome a entender que soy importante para él. No quisiera engañarme a mí misma, después de lo que me ocurrió en mi última relación, en la que sufrí bastante cuando todo terminó, he aprendido a no dejarme llevar en un gran nivel, porque al final la que ha sufrido he sido yo. Lo que sí sé —no tengo idea de cómo—, es que cuando Christopher me habla, está siendo totalmente sincero. Puedo notarlo en su mirada.

—Bueno, creo que ya es tiempo de regresar a trabajar —digo rompiendo el hielo que se ha formado hace unos minutos, mientras solo nos miramos sin nada que decir.

—La verdad es que... me está gustando tu compañía, pero tienes razón. Todavía debo terminar de revisar esos correos que me enviaste.

—Sí, claro. Te dejo para que los puedas ver. Iré a trabajar, ya que a la salida iré de compras con Sophie.

—Bueno, ve tranquila. No te quito más tiempo, entonces.

—Gracias.

Nos paramos de aquel sofá, ya que cada uno debe seguir trabajando, porque no queremos que nos quede nada pendiente.

El resto del día pasa tan rápido, que cuando ya me doy cuenta es hora de la salida. Por lo que cierro el programa de la computadora y la apago. Al terminar, voy donde Christopher a despedirme.

Toc, toc, suena la puerta al tocarla.

—Pasa —autoriza él.

—Permiso, solo venía a despedirme —aviso mientras voy entrando a la oficina.

—Está bien, Ashlee. Ve tranquila y diviértete con Sophie.

—Eso haré. Gracias.

Christopher se levanta de su silla y se acerca a mi lado. Toma mi cara con una de sus manos y me acaricia la mejilla con tanta delicadeza que, sin darme cuenta, cierro los ojos, disfrutando de aquel tacto.

—Nos vemos mañana —se despide para luego acercarse a mí y besarme en la mejilla que acaricia.

—Gracias —respondo muy nerviosa, todavía no me puedo acostumbrar a su cercanía.

Me separo de él y solo soy capaz de decir «hasta mañana».

Sophie ya debe de estar esperándome, así que mejor me apuro para luego encontrarla en la entrada del edificio.

Christopher

—Hasta mañana.

Ashlee se acerca a la puerta de mi oficina y se va. Todavía no sé cómo ni cuándo, pero lo que sí sé es que voy a ir en búsqueda de ese corazón esquivo.

Recuerdo lo que ya hemos hablado, puedo notar que a ella le pasa lo mismo que a mí, pero tiene miedo. Por lo que tomo la decisión de ir de a poco con Ashlee. No quiero asustarla más de la cuenta.

Ashlee

Ya en la entrada del edificio espero por Sophie. De pronto, la veo llegar, saludándome.

—Hola, Ashlee. —Nos damos un abrazo. Hace días que no podía salir con mi amiga.

—Hola, Sophie. ¿Estamos listas?

—Claro que sí.

Como Sophie no tiene auto, esta salida se hace más sencilla, ya que podemos ir en el mío. Tomamos el ascensor y bajamos al estacionamiento del edificio.

—¿Qué tal tu día? —le pregunto a Sophie.

—Agotador. Todavía no sé cuándo terminaremos de hacer las estadísticas semestrales.

—Ojalá las terminen pronto.

—Lo mismo digo.

Acaba de sonar el timbre, indicando que hemos llegado al subterráneo, por lo que nos bajamos y nos encaminamos a mi auto.

En el trayecto al centro solo hablamos de la fiesta y del tiempo que yo no salía.

—Bien. Ya llegamos, ¿en qué tienda quieres comenzar? —le consulto a Sophie, ya que ella es más fanática de la moda que yo.

—Mmm... ¿Qué te parece si vamos a alguna tienda de las famosas? A veces encuentro vestidos que me gustan, además que tengo ahorrado un poco de dinero y quiero darme el lujo de gastar para la fiesta.

—Suena bien. Siempre tienen vestidos hermosos.

—¡Entonces, vamos! ¿Qué estamos esperando? —chilla muy emocionada, enganchando su brazo al mío, cuando ya vamos rumbo a las tiendas.

Seguimos caminando unos diez minutos, en los que miramos las vitrinas de varias tiendas, hasta que finalmente llegamos a una que posee vestidos realmente

hermosos. Es enorme; espero no demorarme tanto en elegir uno de ellos, con la cantidad de diferentes modelos que hay, de seguro, estaré indecisa.

Sophie ve uno en la vitrina y al entrar va directo a él. Se dirige a sacarlo para probárselo. Es un vestido hermoso de color plateado, ceñido al cuerpo, que tiene pequeñas franjas de color blanco a los costados, siguiendo la silueta del vestido. Veo que se lo lleva al vestidor y solo demora un par de minutos en cambiarse. La acompaño, pero me quedo esperando afuera. Cuando sale se ve muy guapa, le queda realmente estupendo. Su pelo rubio le acompañaba perfectamente y el largo del vestido es el adecuado; diría que unos cinco a seis dedos sobre la rodilla.

—Te queda perfecto, Sophie. Tienes gran gusto.

—Gracias, Ashlee. Debo decir que adoré este vestido apenas lo vi en la vitrina. Me alegra que me haya quedado.

—Esta demás decir que te verás preciosa.

—Gracias, amiga. Este vestido con un par de tacones blancos se verá muy bien. Primero buscaremos tu vestido y luego iremos en búsqueda de los zapatos.

—De acuerdo.

Esa es una de las cosas que me gustan de Sophie. Ella, simplemente, si ve algo que le gusta, lo busca, se lo prueba y lo compra. Eso, al final de cuentas, nos ahorra mucho tiempo, ya que prefiero mil veces una amiga como Sophie a una indecisa que me haga estar al menos dos horas en una tienda para solo buscar una prenda de ropa.

Vamos mirando los diferentes colgadores, con una enorme variedad de vestidos. Sin duda, se me hará difícil elegir uno para la fiesta de Mason. Observo cada uno y los desecho al ver que no me pueden llegar a gustar. Algunos son con colores demasiado chillones, otros muy largos y unos demasiado cortos que le quedarían perfectos a una prostituta.

Después de otros diez minutos admirando atuendos, por fin encuentro uno que me gusta. Es un vestido negro con escote en forma de corazón y con algo de encaje en la parte de arriba del pecho, que llega hasta el cuello. Es sin mangas y por el estómago también tiene algunas partes con encaje. Es ceñido hasta la cintura y luego cae suelto, también con encaje entremedio. Lo llevo conmigo hasta el vestidor para probármelo. Sophie me acompaña, así como yo lo hice con ella. Mientras me lo pruebo, mi amiga me espera afuera muy atenta.

—Estás bellísima con ese vestido, Ash —me halaga, regalándome una enorme sonrisa.

—Siento como si este vestido estuviera hecho para mí.

—Sin ninguna duda, amiga. Te ves increíble. Te aseguro que más de algún chico se fijará en ti.

—No digas eso, sabes que no quiero tener nada con nadie. —Excepto con Christopher, claro, pero eso ella no lo sabe.

Por Dios, yo que quería relajarme y ya estoy pensando en él.

—Pero, amiga, ya es tiempo de que quieras estar con alguien. Después de... tú sabes, es tiempo de que te des otra oportunidad.

Mi amiga tiene razón. Quizás, ya sea tiempo de comenzar una nueva relación. El haber perdido a Scott hace tres años, es algo todavía doloroso. Éramos tan felices

que hasta teníamos planes de matrimonio. Planes que nunca llegaron a concretarse. Todavía recuerdo el día en que su madre me llamó para avisarme del accidente en auto que le arrebató su vida. Fue tan rápido todo que murió al instante, no hubo manera de salvarlo. Todas las lesiones que tuvo hicieron que algunos de sus órganos fueran perforados, lo que, finalmente, le provocó la muerte.

El día que Scott murió nos íbamos a ver en la playa. Yo había llegado antes a nuestro lugar especial, y lo esperé durante unas dos horas, pero jamás llegó. Cuando ya había decidido irme, sonó mi teléfono y al ver que me llamaba Scarlett, su mamá, intuí que algo había pasado.

Pasó mucho tiempo, hasta que pude sentir que volvía a vivir luego de su muerte. Ese vacío que él dejó en mi vida no era capaz de llenarlo con nada. Solo sentí que ya no estaría así, hasta el mismo día en que mis ojos se posaron en Christopher. Es por eso que no quiero ilusionarme, menos estar con alguien y sufrir.

Capítulo 8

Después de comprar nuestros vestidos, fuimos a otra tienda, esta vez una zapatería para elegir los zapatos que usaríamos para la fiesta. En realidad, solo Sophie se compraría el calzado, como yo ya tenía de tacón negro, de seguro encontraría algún par que luciría perfecto con mi vestido.

Al igual que la vez anterior, vio algunos en la vitrina y los buscó. Eran unas sandalias blancas y hermosas, de esas que cubren el dorso del pie, pero dejan al descubierto los dedos, y están adornadas con algunas piedrecitas que le dan un brillo especial. Yo diría que tienen unos diez centímetros de tacón. Como Sophie es baja siempre usa zapatos con bastante tacón. Todavía no entiendo cómo es capaz de nunca perder el equilibrio cuando los usa.

Como siempre, Sophie y su buen gusto hacen que se vea espléndida con todas las prendas que se ponga.

—¿Ya tenemos todo? —le pregunto con la esperanza de que me diga que sí. Estoy muy cansada y solo quiero llegar a mi departamento.

—Sí, Ash, ya estamos. Mejor nos vamos, porque tu cara de agotamiento llega a dar algo de pena —bromea, burlándose de mi cara de cansancio; esto de las compras nunca ha sido lo mío. Muchos conocidos piensan que no soy mujer por ese simple hecho. Lo que ellos no entienden es que ser mujer no significa ser adicta a las compras.

—Bien, vamos que te llevo a tu casa.

Caminamos hasta el ascensor más cercano para llegar a mi auto. Esto de bajar seis pisos, cargada con bolsas, es algo estresante. Sophie aprieta el botón de llamada del elevador y este se abre de inmediato. Por suerte está aquí mismo. Entramos y marcamos el piso que necesitamos.

—¿A qué hora es la fiesta? —le pregunto a mi amiga

—Comienza a las ocho de la noche.

—Muy bien. Entonces, ¿dónde nos juntaremos?

—Mason vive a unas cuerdas tuyas, así que ¿te parece si nos juntamos en tu departamento y luego vamos hacia allá?

—Estupendo. Te espero a las siete y media.

—Excelente.

Llegamos al estacionamiento, acercándonos a mi adorado auto, un Peugeot 305 de color azul eléctrico. Logré comprarlo con unos ahorros que tenía, específicamente gracias a un dinero que recibimos por la muerte de mi padre. Fue mi salvación cuando comencé a trabajar con Christopher, porque me daba total independencia cuando llegué a la ciudad.

Activo el mando a distancia y los seguros de las puertas se abren. Sophie entra al lado del copiloto y yo al mío. Antes de colocarnos los cinturones, dejamos nuestras bolsas en el asiento de atrás. Enciendo el motor y partimos hacia la casa de mi amiga. Durante el trayecto escuchamos varias canciones, pero justo empieza a sonar una que está de moda «Nota de amor». Es una canción muy hermosa. Me encanta la letra, ya que puedo entenderla. Siempre fui buena alumna en las clases de idioma en la escuela, nos enseñaban español y otro idioma a nuestra elección, para mi gusto no había mejor que el francés, aunque esta clase siempre me costó un poco.

Me doy cuenta que a Sophie también le gusta, así que subo el volumen y comenzamos a cantarla.

“Hoy te tengo que decir
que el amor en ti encontré
que eres tú la mujer que me hace feliz
me cura el dolor, mi otra mitad
es una adicción y yo quiero más...”

Con lo último que sucede a mí alrededor, sería especial si Christopher me la cantara o dedicara. Pero no quiero ilusionarme, porque es una canción que haría que cualquier mujer se sintiera especial.

«Claro que quieres», me dice mi conciencia. «Oh, cállate», le respondo.

Decido que, con lo que pasó hoy por la mañana en la oficina, esta tarde estará dedicada a mi amiga y a mí, pero mis más profundos pensamientos me llevan inconscientemente a él y lo que ha sucedido en los últimos días. Todo ha sido tan rápido que a decir verdad no sé si es un sueño, una broma o una realidad. Christopher se nota sincero, pero no quiero volver a sufrir como lo hice con Scott. Él ya forma parte de un pasado que me dio muchas alegrías, pero a la vez tristezas y, además, la peor que pude pasar. Han transcurrido algunos años, pero a veces sigo sintiendo que mi corazón no desea olvidarlo, y es por eso que no me permito ser nuevamente feliz al lado de alguien. Siento como si lo estuviera engañando.

Sin darme cuenta, mientras voy manejando, Sophie me devuelve a la tierra, avisándome que hemos llegando a su casa. Creo que he conducido por inercia. Como ya la he traído en varias ocasiones, ya me sé el trayecto de memoria sin siquiera mirar a mi alrededor.

—¿Estás bien? —me pregunta con voz preocupada.

—Sí, claro que sí —respondo algo nerviosa, pero tratando de sonar tranquila.

—Está bien. Gracias por traerme. Nos vemos mañana en la oficina.

—Por supuesto. Nos vemos.

Sophie y yo nos despedimos con un pequeño abrazo. Luego, suelta su cinturón y se baja, cerrando la puerta. Abre la de atrás, saca sus bolsas, y cuando se las acomoda, la cierra nuevamente, asomándose por la ventana del copiloto para despedirse por última vez. Se da la vuelta y comienza a caminar hacia la entrada de su casa. Yo, por mi parte, sigo mi rumbo hasta mi departamento.

Ya en mi cama solo pienso en todo lo que ha pasado en el día: la reunión con Jacobson, la conversación con Christopher, la muerte de Scott. Me siento muy abrumada por todo, así que ha sido un alivio que Sophie pasara la tarde conmigo de compras. Al menos, pude olvidar, aunque sea por un par de horas, todo lo que me rodea.

Estoy tan cansada que solo quiero dormir, pero de un momento a otro suena mi teléfono, indicando que acababa de llegar a él un mensaje de WhatsApp. Lo abro, es Christopher.

«Espero hayas tenido una gran tarde con tu amiga. Te extraño. Nos vemos mañana.»

Siento mariposas en mi estómago de solo ver que tengo un mensaje de él. No quiero ser descortés, así que le respondo.

«A decir verdad sí, tuvimos una gran tarde. Nos vemos mañana.»

No quise responderle más, ni decirle algo de lo que quizá me podría arrepentir, por lo que solo le di al botón de envío.

Su respuesta no se hizo esperar.

«¿No me extrañaste? :(».

Al leer su mensaje, sonrío. Lo imagino como todo un adolescente. De acuerdo, le seguiré el juego.

«La verdad no la diré. Pero sí te diré que en algún momento me acordé de ti.»

Nuevamente, su respuesta llega muy rápido.

«Ok. Al menos, por algo se empieza :)»

«Buenas noches, Ashlee. Que descanses. Te veo mañana» —dice un segundo mensaje.

«Nos vemos mañana, Christopher. Espero que tú también descanses.»

Me siento como toda una quinceañera enviándole mensajes a su novio, porque cada vez que veo o hablo con Christopher, una sonrisa involuntaria sale de mi boca.

Después de aquel intercambio de mensajes, solo me falta una cosa: unirme a los brazos de mi amigo Morfeo.

Capítulo 9

Al día siguiente, me despierto para seguir con la rutina. Es jueves. Eso, al menos, hace que me alegre, ya que mañana es la fiesta de Mason y, sin duda, necesito distraerme.

Me levanto y comienzo con mi día. Primero es la ducha, así que entro de inmediato al baño y busco una toalla para dejarla lista para secarme. Me acerco a la bañera y abro la llave para que el agua caliente comience a caer mientras me voy sacando la ropa. Una vez dentro, dejo que el agua caiga sobre mí, limpiándome los pensamientos y dejándome totalmente en blanco, liberándome de emociones y sensaciones de momento. Me lavo el pelo y millones de burbujas tengo sobre mi cuerpo gracias a mi adorado jabón de vainilla.

Luego de unos treinta minutos en la ducha, salgo de esta totalmente relajada, envolviéndome en la toalla. Me acerco al lavamanos y tomando el secador empiezo a secar mi pelo. Después de otros quince minutos, ya con el pelo arreglado y mi cara maquillada, salgo del baño y voy a mi armario para buscar la ropa que usaré hoy. Me decanto por una falda tubo de color gris, junto con un chaquetón negro y una blusa blanca. Esta vez sin corbata, pero sí con mis infaltables tacones de color negro. Lo dejo todo encima de la cama, eligiendo la ropa interior, decidiéndome por una de encaje blanco, junto con unas medias de color piel para poder usarlas con los tacones negros que elegí hace unos minutos.

Me visto y ya estoy en condiciones presentables para llegar a mi trabajo. Me reviso por última vez en el espejo de cuerpo entero que tengo en mi habitación y estoy conforme con el resultado. Salgo del cuarto y me preparo para salir, tomando lo necesario. Reviso que no falte nada dentro de mi bolso, como mi celular, mis llaves, en fin. Todo está en su lugar. No tengo hambre, así que decido comer más tarde algo liviano en la oficina.

Al llegar a mi escritorio, me sorprende al ver que Christopher me está esperando, apoyado sobre mi mesa. Se ve tan guapo en su traje azul marino, pero lo que más llama mi atención es el hermoso ramo de flores que trae en sus manos. Son rosas blancas y rojas, realmente bellas.

—Hola, Ashlee. Buenos días —saluda con una bella sonrisa.

—Hola, Christopher. Buenos días para ti también —respondo, acercándome a él.

Nuestras respiraciones comienzan a agitarse de lo cerca que estamos. Me entrega el ramo de flores y dice:

—Son para ti. Espero te gusten.

—Gracias —contesto, oliendo las flores—, son mis favoritas. Están hermosas.

—No tanto como tú. —Me es imposible no sonrojarme ante sus palabras.

Sigo escondiendo mi cara tras el ramo, aunque estoy segura de que Christopher sabe perfectamente como estoy en este momento. Suavemente, quita el ramo de mi cara y con su mano toma mi rostro por la barbilla, alzándola para mirarme fijamente a los ojos.

—Eres tan bella que te ves muy tierna cuando te sonrojas. —Apenas termina de decirlo, me da un suave beso en los labios que consigue erizarme todo el vello del brazo.

—Christ... Christo... —me interrumpe cuando coloca un dedo sobre mi boca.

—Shhh, no digas nada, por favor —añade con mirada suplicante.

—Está bien —respondo sonriendo—, pero creo que es mejor que comencemos a trabajar.

—Estoy de acuerdo. Antes de irme a la oficina quería preguntarte si te parece bien que almorcemos juntos.

—Me encantaría. ¿A qué hora te acomoda?

—A la una ¿está bien?

—Perfecto. Ahora, si me permites, tengo algunos pendientes.

—Sí, claro, adelante.

Dicho esto se aleja de mí y me permite llegar a mi escritorio, mientras se va a su oficina.

Como siempre hago, saco el teléfono de mi cartera para dejarlo sobre el escritorio y en silencio. El bolso lo guardo en el último cajón del pequeño estante y enciendo, finalmente, la computadora. No pasa ni un minuto cuando ya veo que tengo algunos correos entrantes, entre ellos uno de Christopher.

DE: CHRISTOPHER ADAMS

PARA: ASHLEE THOMPSON

HORA: 09:37 AM

ASUNTO: ALMUERZO DE HOY

Ashlee, espero nuestro almuerzo de hoy con ansias. Estoy seguro que pasaremos un momento muy agradable.

También espero que te hayan gustado las flores que te he regalado esta mañana. Las compré especialmente para ti.

Adoro ver tu sonrisa como cada día.

Nos vemos más tarde.

CHRISTOPHER ADAMS

Presidente ADAMS Inc.

Es inevitable, como siempre, que una sonrisa aparezca en mi rostro, además de mirar hacia su puerta. Por un momento, pienso en entrar y sorprenderlo, pero sería muy obvio, así que opto por contestar a su e-mail. No me siento preparada para verlo en ese plan.

DE: ASHLEE THOMPSON

PARA: CHRISTOPHER ADAMS

HORA: 09:40 AM

ASUNTO: HORAS DE TRABAJO

Christopher,

Las flores son hermosas y mis favoritas, muchas gracias.

También espero el almuerzo de hoy. Pero quiero recordarte que el jefe se molesta por los asuntos personales dentro de la empresa. No quisiera verme perjudicada por esto.

ASHLEE THOMPSON

Secretaria de presidencia ADAMS Inc.

Su respuesta como siempre llega sin más.

DE: CHRISTOPHER ADAMS

PARA: ASHLEE THOMPSON

HORA: 09:42 AM

ASUNTO: SEGURAMENTE A TU JEFE NO LE IMPORTA

Ashlee, por esta vez no creo que a tu jefe le importe lo que estás haciendo ;)

Aprovecho de pedirte que vengas a mi oficina un momento.

CHRISTOPHER ADAMS

Presidente de ADAMS Inc.

No quiero responderle, así que solo me levanto y voy a su oficina. Toco y espero su permiso para entrar.

—Pasa —se escucha desde adentro.

Abro la puerta, me asomo y veo que me mira con una sonrisa. Termino de entrar y me doy la vuelta para cerrar la puerta. Comienzo a darme la vuelta de nuevo, para decir algo, pero me veo interrumpida al sentir unos labios depositarse sobre los míos. Ni siquiera siento cuando se acerca a mí, pero no me quejo, sino que empiezo a adorar esos labios de una forma que no pensé podía hacerlo. Es inevitable abrir la boca, y él se aprovecha, consiguiendo que el beso sea más profundo y pausado al unir su lengua a la mía y comenzar un juego entre ellas.

Varios minutos transcurren desde que comenzamos con esta peculiar batalla, porque ninguno da su brazo a torcer, hasta que nos separamos para poder respirar, ya que la falta de aire se nos hace presente.

—Dios, ¿qué es lo que acaba de pasar? —pregunto más para mí que hacia él, pero aun así me escucha. Mantengo los ojos cerrados, no me atrevo siquiera a mirarlo.

—Lo que debía pasar —oigo que dice, como si fuera la respuesta más obvia del mundo.

—¿Por qué me besaste? —formulo a la vez que abro los ojos y me atrevo a mirar los suyos, esos ojos que me llaman a admirarlos.

—Porque lo deseaba, Ashlee. Te deseo —me mantiene cerca de él, afirmándome por la cintura—. Cuando estoy cerca de ti algo me pasa y no puedo

evitarlo. No sé qué es, pero siento que cuando estás a mi lado estoy tranquilo y en paz, como si nada importara.

No. No puede ser cierto. Christopher, ¿se me está declarando? Es absurdo, apenas y nos conocemos. Es decir, sí, yo también estoy sintiendo cosas por él, pero me asusta. Me aterra que esto sea solo un juego. No sé qué decir. Otra vez me siento sin palabras al estar al lado suyo.

—Yo... No sé qué decirte.

—No es necesario que digas nada, Ash, puedo sentirlo cuando me besas, porque lo haces con las mismas ganas con las que lo hago yo.

—Supongo que sí. No lo sé.

—Tranquila. Todo estará bien.

Seguimos sin soltarnos. Él me afirma por la cintura, mientras que yo tengo mis manos apoyadas en sus antebrazos. Noto que se acerca a mí, pero no me besa, sino que se acerca a mi cuello y comienza a acariciarlo de manera dulce con su nariz.

Es tan calmada y suave su forma de tocarme, que siento como si me perdiera en un mundo paralelo donde solo estamos él y yo. Comienzo a sentir sus caricias con más cariño y me sorprende al pensar en Scott, porque el toque que me da Christopher es muy similar al que me hacía Scott, sintiendo, por un momento, como si lo estuviera traicionando.

De golpe, me separo de Christopher y éste se sorprende. Me mira confundido, no entiende nada de lo que acaba de pasar.

—Lo siento. Yo... no puedo hacer esto.

Me alejo de mi jefe, me acerco a la puerta y al tocar el pomo, una lágrima traicionera cae por mi mejilla, liberando un sollozo de mi boca. No puedo moverme, porque puedo sentir, de pronto, que mi cuerpo no responde a mi orden de moverse. Siento como Christopher me abraza por la espalda y me susurra al oído.

—Shh, tranquila, Ash, no pasa nada.

Sin entenderlo ni pensarlo, me doy vuelta y lo abrazo por el cuello. Su cercanía me es adictiva y a la vez me hace sentir en paz. Noto que aparta una mano de mi cintura y me alza la barbilla para que lo mire a los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Hice algo malo? Si es así, perdóname, te aseguro que no fue mi intención.

Mientras me limpia las lágrimas le respondo.

—No es nada, solo me acordé de alguien.

—¿Quieres hablar de ello?

No estoy segura. Son muy pocas personas las que saben de mi historia con Scott y lo doloroso que fue perderlo. Por lo tanto, niego con la cabeza, dándole finalmente mi respuesta.

—Entiendo. Aquí estaré si lo necesitas. Ven aquí.

Me lleva consigo al sofá, donde nos habíamos reunido con Jacobson. Me abraza todo el tiempo, no deja de acariciarme para que me calme y yo, por mi parte, no dejo de recordar a Scott. Toda su dulzura la recuerdo con el más mínimo toque de Christopher. Es tan doloroso y vergonzoso a la vez... Me estoy sintiendo como una niña chiquita...

Varios minutos pasan y ya estoy más tranquila. No me atrevo a mirarlo a la cara, pero siento que debo darle una explicación por mi comportamiento repentino.

—Me acordé de alguien. Alguien que fue muy importante para mí —asiente y eso me da la confianza para seguir hablando—. Ese alguien fue un ex novio que tuve. Él... lo era todo para mí. —Lo miro con expresión triste.

—Si lo era todo, ¿por qué terminaron? Digo, si se puede saber, claro.

—Nunca lo hicimos —me mira con cara de confundido—, él murió.

—Lo siento mucho —me toma las manos—. ¿Fue hace mucho?

—Hace tres años.

—¡Guau! No sé qué decir. Me imagino lo difícil que fue para ti.

—Lo fue. De hecho, todavía me cuesta superarlo. Nos íbamos a casar — explico con total tristeza, cuando otra lágrima traicionera cae y esta vez es Christopher quien la elimina de mi rostro.

—Lo lamento. No debe de ser fácil para ti.

—No lo es. Aunque hayan pasado tres años, no consigo superarlo. Es muy difícil cuando sientes que has perdido lo más importante de tu vida.

No puedo mirarlo a la cara, porque comienzo a sentirme culpable.

—Ash, estoy aquí para ti si lo necesitas.

—Gracias —luego de un momento intento levantarme y Christopher se da cuenta, por lo que me permite hacerlo—. Creo que será mejor volver a trabajar, ya hemos perdido bastante tiempo.

Christopher mira el reloj en su muñeca y asiente.

—¿Estás segura que estás bien? ¿Te sientes bien para seguir trabajando?

Me gusta que se preocupe tanto por mí. Por un lado, no puedo evitar sentirme acogida por él, pero también es inevitable el no pensar en Scott, todavía me cuesta superar su partida. Pero creo que ya es hora de comenzar a cerrar un ciclo. Me lo merezco. Además, de que tanto Sophie como mi mamá me lo dicen a menudo.

Es definitivo, me daré una nueva oportunidad en el amor.

—Sí. Ya me siento mejor. Gracias.

Me separo de Christopher y le sonrío para que vea por sí mismo que ya me siento mejor. Me acompaña a la puerta y la abre para permitirme pasar.

—Te aviso cuando esté lista para el almuerzo.

—No te preocupes, trabaja tranquila —me da un suave beso, que se puede notar lleno de amor—, en la mejilla y me deja libre.

Le sonrío en respuesta y me marcho a mi escritorio.

Miro el reloj de la computadora y veo que ya son la una y media de la tarde. No me doy cuenta y mi mañana ha pasado sumamente rápido después de lo sucedido. Tomo mi bolso, junto a mi celular, y me levanto para ir a la oficina de Christopher.

—Permiso —digo apenas entro.

—Pasa, Ashlee, ¿ya estás lista?

—Sí. Ya estoy lista. Podemos irnos cuando quieras.

—Muy bien. Yo también lo estoy. Esperaba por ti.

Se levanta de su silla y toma solo su billetera, guardándola en el bolsillo, al interior de su traje.

—Vamos —dice una vez que se acerca a mí y me ofrece su brazo. Lo acepto y nos encaminamos a la puerta, no sin antes mirarme con esa sonrisa que me cautiva cada día.

—¿Por qué me miras tanto? —pregunto de pronto.

—Porque me encanta hacerlo. Además, es mejor verte con una sonrisa a que salgan lágrimas de tus ojos —acota como si fuera la cosa más simple.

—Lo siento por eso, no debió pasar.

—Ash, no te preocupes. No te juzgaré ni emitiré algún comentario que pueda molestarte.

—Gracias.

Seguimos caminando hacia el ascensor. Christopher aprieta el botón de llamado y se abren las puertas. Entramos y se cierran mientras giramos para quedar frente a la puerta. Mientras bajamos todo está en silencio. No sé definirlo si es incómodo o tranquilizador, así que decido romperlo.

—Quiero darme una oportunidad —admito de pronto.

—¿Cómo dices? —pregunta con expresión de total confusión.

—En el amor. Después de lo que pasó más temprano, me di cuenta que en realidad no puedo seguir aferrada a algo que no volverá.

—Entiendo.

—Creo... que sentía que lo traicionaba, pero que conociéndolo como lo conocí, él hubiera querido que siguiera adelante.

—Es razonable. Nadie querría aferrarse a un pasado sin darse una oportunidad o liberarse de aquello que nos está haciendo mal.

—Sí. Sé que Scott así lo hubiera querido.

—Me alegra escucharte decir eso.

Nos interrumpe el timbre, indicando que ya hemos llegado al subterráneo. Nos acercamos a su auto y antes de llegar, Christopher lo activa con su control de mando a distancia, sacándole el seguro a las puertas. Cuando ambos ya nos hemos colocado el cinturón de seguridad, emprendimos rumbo a algún restaurante.

—¿A dónde vamos? —pregunto algo ansiosa.

—Es una sorpresa.

—Me encantan las sorpresas —aseguro, sonriendo.

De un momento a otro, todo queda en silencio de nuevo, ninguno de los dos habla, pero puedo notar que Christopher deja de mirar por algunos segundos hacia la calle para mirarme a mí.

—¿Puedo encender la radio? —formulo con la esperanza de que acepte, ya se está volviendo algo perturbador este silencio que nos rodea.

—Adelante —dice, mirándome con su habitual sonrisa.

Me acerco a encender la radio y justo comienza a sonar una canción suave. Creo que ya la he escuchado antes en una serie de televisión llamada "*Smallville*". Si

mal no recuerdo se llama “*Everything*” y es de un grupo llamado *Lifehouse*. Recuerdo que la letra es hermosa.

*“Find me here,
And speak to me.
I want to feel you,
I need to hear you.
You are the light,
That's leading me,
To the place,
Where I find peace again...”*

Al terminar la canción una lágrima escapa de mis ojos. La limpio antes que mi jefe se dé cuenta que he vuelto a llorar. No me percató que la canción me ha llegado al corazón. No es como otras veces en que la he escuchado. Esta vez se siente diferente, como si hubiera estado oyéndola en el momento preciso y con la persona indicada.

—Llegamos —dice Christopher, trayéndome de regreso a la realidad—. ¿Vamos?

—Sí, por supuesto. Vamos que muero de hambre.

Nos bajamos del auto y entramos al restaurante. Me sorprende al ver que es de comida mexicana. Una de mis favoritas.

Este hombre me asombra día a día. Es como si supiera cuáles son mis gustos, ya que justo me regala lo que más me gusta.

Capítulo 10

Finalizado el almuerzo, ya me siento bastante mejor en comparación a cómo estaba emocionalmente hace solo unas horas. Christopher, sin duda, se esmera en hacerme sentir mejor.

—Con tu permiso, debo ir al baño —digo poniéndome de pie.

—Adelante, Ash, yo mientras pediré la cuenta.

—Está bien, ya regreso.

Me alejo de la mesa y camino al baño de damas. Al abrir la puerta choco con una joven, es muy linda, pelirroja y con algunas pecas en su rostro. No es alta, pero tampoco tan baja. Lleva un vestido ceñido al cuerpo de color turquesa que hace que se vea hermosa. Es para envidiarla.

—Discúlpame, por favor, no te vi —dice a modo de disculpa. Su acento me da a entender que no es americana, sino, al parecer, francesa.

—No te preocupes, tampoco te vi.

—Nos vemos —manifiesto en forma de despedida cuando ella, por su parte, alza la mano y se va.

—Nos vemos —le respondo cordialmente.

Luego que la pelirroja sale, me acerco al lavabo y reviso mi maquillaje, algo que comienza a ser costumbre en cada una de mis citas con Chris. Al terminar, salgo nuevamente del baño y me dirijo a la mesa donde Christopher me espera.

—¿Lista? —pregunta, poniéndose de pie.

—Siempre lista —digo con mi ya característica sonrisa, acercándome a él.

—Entonces, vamos. —Me toma la mano y salimos del restaurante.

Vamos a su auto y regresamos a la empresa.

—Me alegra verte mejor de ánimo —expresa luego de unos minutos de comenzado el viaje.

—Fuiste de gran ayuda, debo reconocerlo —confieso a la vez que lo observo.

—Es un placer. —Me observa por un momento para luego volver a mirar hacia el frente. Otro leve sonrojo aparece en mis mejillas.

No dejo de contemplarlo. Él es un hombre que, en definitiva, cautiva a cualquier mujer. Asombra por su sencillez, a pesar de ser un hombre con más dinero que cualquiera que conozco, es un joven sencillo y humilde. Eso se nota que lo lleva en la sangre. Por las veces que hemos platicado, me comenta que sus padres le enseñaron a ser así, a no dejarse cegar por el dinero. Y se ve que lo demuestra muy bien.

El trayecto lo hacemos en silencio, pero a diferencia de otras ocasiones, este es uno totalmente cómodo. En otras situaciones sé que habría estado inquieta e

incómoda por lo que pasó en la mañana, pero, en definitiva, Christopher, con su plática y su compañía sabe subirme el ánimo.

—¿Qué te parece si salimos a cenar mañana? —pregunta mientras me observa por un breve momento para no perder la vista del camino.

—Me encantaría, pero no puedo. Mañana en la noche saldré a una fiesta con Sophie, donde Mason.

—Ya veo. —Puedo notar cierta decepción en él.

—Pero podemos salir otro día —digo con la intención de animarlo.

—Eso me gusta más —sonríe ante mi respuesta—. Bueno, ya hemos llegado.

Entra con su auto al edificio de la compañía y estaciona en su lugar. Apaga el motor y se baja, rodeándolo y abriéndome la puerta. Me tiende la mano y yo la acepto para descender. Cierra la puerta y asegura el vehículo con la alarma correspondiente. Salimos y nos acercamos al ascensor, tomados de la mano

Subimos a nuestro piso de la misma manera y, la verdad, no se siente raro. De hecho, es una sensación extraña el poder tocar su piel y sentir su tacto sobre la mía, pero totalmente reconfortante. Sonríe ante mis pensamientos.

—Adoro cuando sonríes.

Me sonrojo como de costumbre.

—Gracias.

—¿Ashlee? —Advierto que quiere preguntarme, algo pero no estoy del todo segura.

—Dime —respondo y lo observo.

—¿Es verdad lo que me dijiste hace un rato?

—¿A qué te refieres?

—A eso de que te darías una oportunidad con el amor.

—Pues sí —reafirmo—. Estuve pensando en lo que me dijiste y tienes razón. Creo que ya es tiempo de hacerlo. —Asiente y sonríe.

No volvemos a decir nada cuando suena el timbre, indicando que hemos llegado a nuestro piso. Salimos del ascensor, y cuando estoy por dirigirme a mi escritorio, noto que una mano rodea mi muñeca para detener mi paso, haciéndome girar para que me quede mirando a esos ojos azules que me matan.

—Me gustaría ser tu oportunidad —dice rompiendo el silencio.

—Christopher, yo... —No me permite seguir hablando, ya que coloca un dedo sobre mis labios.

—No me respondas nada, déjame demostrártelo. No me agrada ver tristeza en tu rostro.

No sé qué hacer ni qué decir. Lo que Christopher me acaba de manifestar me toma por total sorpresa. Jamás pensé que me diría aquello, aunque en realidad he sido bien idiota como para no darme cuenta, con lo que hemos pasado los últimos días creo que es más que una clara señal.

Como me observa atento, solo puedo asentir y sonreír. Estoy confundida y a la vez algo asustada. Me abraza y puedo percibir como la calma me invade cuando tiene sus brazos a mí alrededor.

Christopher

Decido hacer algo que espero no me lo tome a mal. Veo que se aleja de mí para ir hacia su escritorio, por lo que es el momento de actuar. Agarro su muñeca para detenerla y ella lo hace al sentir mi tacto. La giro hacia mí y la observo atento, como si no existiera nadie más que ella en este momento.

—Me gustaría ser tu oportunidad —digo cuando ya tengo el valor de expresarle lo que tanto quiero que sepa.

—Christopher, yo... —No le permito que continúe hablando, tengo claro que es lo que me dirá con solo mirarla. La interrumpo colocando mi dedo índice sobre esos labios que tanto deseo volver a besar.

—No me respondas nada, déjame demostrártelo. No me agrada ver tristeza en tu rostro.

Se nota que queda impresionada con lo que le he dicho. Está sorprendida ante mis dichos. La veo pensativa, como si estuviera analizando cada una de mis palabras. Puedo constatar que no sabe qué decir, como si no estuviera segura y pensara que le estoy jugando una broma. Realmente, espero que no piense eso, porque lo que hemos vivido estos últimos días para mí no ha sido ninguna mentira, ni mucho menos un juego. Ashlee desde que llegó a mi empresa, hace dos años, llamó mi atención, y ahora que sucede esto con Eric estoy aprovechando esta oportunidad con ella para acercarme, como no supe hacerlo antes por idiota.

No dice nada y solo me observa, como si siguiera analizando lo que le acabo de decir. Quiero manifestarle algo, pero ninguna palabra sale de mi boca. De pronto, asiento y me sonrío.

Está confundida y en sus ojos puedo notar ¿miedo? No deseo que lo sienta conmigo, así que me acerco aún más y la abrazo. Comienza a calmarse entre mis brazos, y eso a la vez me relaja a mí.

Tengo ganas de besarla y hacerle ver que no quiero jugar con ella, pero decido ir con total calma, ganarme su corazón realmente de a poco. Verla llorar después de lo que me contó por la mañana fue duro para mí. Siento que una parte de mí se derrumba con su dolor.

Al cabo de unos minutos, suelto su agarre cuando me mira directamente a los ojos. Cielos, esos hermosos ojos azules son tan cautivadores que me elevan a lo más alto del cielo. Puedo verla por horas y jamás me cansaré de hacerlo.

—Quiero ser feliz —confiesa, sorprendiéndome.

—Yo te ayudaré a serlo —le digo en respuesta.

No puedo aguantarme más. Dejo de abrazarla por la cintura y llevo mis manos a sus mejillas. Me acerco lentamente y la beso. Al más mínimo toque me acepta, abriendo su boca para permitir que la acaricie con mi lengua y para, también, comenzar una batalla con la suya. Se sujeta con ambas manos de mis antebrazos. Por mi parte, con este beso quiero demostrarle lo que comienzo a sentir por ella, porque es tan fuerte y tan repentino que no tengo palabra alguna para explicárselo. Sigo

besándola suave, pero de manera apasionada. Noto que sus labios me besan con las mismas ganas y de la misma forma con la que yo la beso a ella.

Nos quedamos mirando con la frente apoyada en la del otro. Una sonrisa dibuja en su semblante, lo que hace que me sienta feliz, porque sé que ese pequeño momento de felicidad ha sido provocado por mí.

La tarde ha pasado muy rápido después de aquel beso que nos dimos. Estoy absorto en mis documentos cuando suena por el parlante de la computadora la notificación que me señala que he recibido un nuevo mensaje de correo electrónico. Reviso y es de Eric.

DE: ERIC JACOBSON
PARA: CHRISTOPHER ADAMS
HORA: 17:36
ASUNTO: Un trato es un trato.

Christopher:

Antes que nada pido disculpas por aquella salida abrupta de tu oficina el día de ayer. No fue la mejor manera, pero la rabia me cegó por un momento.

He estado analizando la situación y de verdad necesito que te comprometas con mi hija en matrimonio. Un trato es un trato y no se puede romper así como si nada. Sabes perfectamente que esta sociedad es importante tanto para ti como lo es para mí.

Le hablé a Angelique de ti, y aunque al principio no le agradó mucho la idea, aceptó y entendió mi punto. Debo recalcar que, con que este matrimonio dure un año es tiempo suficiente para que ambos negocios se establezcan bien. Un año pasa muy rápido y una vez que ese tiempo termine, serás totalmente libre para lo que desees hacer con tu vida.

No quiero presionarte ni cobrar venganza o actuar a la fuerza. No soy así. Siempre trato de hacerlo de la mejor manera posible. ¿Qué te parece si volvemos a reunirnos mañana por la mañana?

Espero tu respuesta.

Atentamente, ERIC JACOBSON

Estoy realmente sorprendido con su e-mail. Por cómo se fue ofuscado de mi oficina, estoy casi seguro que se trata de vengar o algo parecido. Espero equivocarme, aunque no lo doy por hecho.

Decido contestarle.

DE: CHRISTOPHER ADAMS
PARA: ERIC JACOBSON
HORA: 17:40
ASUNTO: NO SE ME OLVIDA

Eric:

Agradezco tus sinceras palabras. Y debo decir que estoy sorprendido ante tu correo, fue una total sorpresa recibirlo.

No se me olvida que tú y yo tenemos un acuerdo de sociedad, pero debo recordarte que aquel trato que realizamos jamás involucró un compromiso. No entiendo el afán que tienes para hacerlo. Aunque no conozco todavía a tu hija Angelique en persona, me cuesta creer que haya aceptado casarse con quien para ella es un absoluto desconocido.

Cómo pudiste ver y constatar el día de ayer en mi oficina, me encuentro actualmente en una relación, con la cual me siento cómodo y feliz. No veo necesidad alguna de romperla y menos de la forma que pretendes que lo haga.

Ansío esa nueva reunión para volver a dejarte claro mis ideas acerca de nuestra sociedad y darte a conocer, claramente, mi punto de vista ante aquel compromiso.

Te espero mañana en mi oficina.

Atentamente,

CHRISTOPHER ADAMS

Presidente ADAMS INC.

Al terminar de escribir aquel correo, le doy una última repasada y chequeo que todo lo que tengo por decir esté claro. Cuando estoy satisfecho, le doy clic al botón de envío, esperando pacientemente que mi e-mail llegue a su destinatario.

A partir del envío de aquel correo, Ashlee tiene que entrar varias veces a mi oficina para que le firme algunos documentos. Puedo notar que sigue nerviosa, porque cada vez que se acerca a mí, y nuestras manos se rozan, un leve cosquilleo hace su aparición, pudiendo darme cuenta que ella también lo siente.

Llega la hora de despedirnos y para ambos es inevitable el acercarnos y unir nuestros labios como tanto deseamos hacerlo. Beso tranquilo que de a poco se va masificando y haciendo más apasionado, colmado de amor y de promesas de mi parte. Ashlee ha entrado en mí como no pensé que lo haría. Creo que... me estoy enamorando como nunca antes lo hice de alguien más.

Capítulo 11

Ashlee

Por fin ya es viernes. En esta semana pasaron tantas cosas que solo ansío – como no me pasaba hace mucho tiempo–, ir a esa fiesta que organiza Mason, mi compañero de trabajo, porque necesito distraerme de todo lo vivido.

No importa si es bueno o malo, por el momento solo aparece alguien en mi cabeza y ese alguien no es nadie más que mi jefe que, en solo dos días, ha revolucionado mi mundo como no pensé nunca que lo haría. De solo pensarlo sonrío. Sin duda, se ha convertido en alguien importante para mí.

—Buenos días, señorita Thompson —escucho de pronto. Me asusto de tal modo que el café que estoy tomando se derrama por completo en mi ropa. Y como es de esperar, termina quemándome.

—Mierda, ¡esto está muy caliente! —digo casi gritando sin mirar a quien me habla y por ende me asusta.

—Perdona, Ashlee, no quería asustarte. Solo quería saludarte. —De inmediato reconozco aquella voz y, por lo tanto, levanto la mirada.

—¡Christopher, Dios mío! Por favor, no vuelvas a asustarme así. Ahora, además de que mi piel se siente caliente y quemada por culpa del café, mi traje se ha arruinado.

—Tranquila, cariño, te compensaré —dice muy tranquilo. Al parecer, no se ha dado cuenta por qué no digo nada.

Me ha dicho “cariño”. Mi conciencia salta de alegría, tal cual una chiquilla cuando le regalan su juguete favorito.

—¿Christopher?

—Dime, Ashlee.

—¿Te diste cuenta de lo que me dijiste? —menciono mientras levanto una ceja.

—Sí, que te iba a pagar por tu ropa —responde como si nada.

—No, eso no, lo otro.

—¿Qué otro? —pregunta también alzando una ceja. Esa mirada me desafía a decirlo.

—Me da vergüenza, no me hagas repetirlo —confieso a la vez que agacho la cabeza, sin mirarlo. Puedo notar que se ríe, lo cual hace que una pequeña sonrisa salga de mi boca.

—Sé lo que dije, Ashlee, pero a mí no me avergüenza. Te dije que yo quería demostrarte que podía hacerte feliz y que lo haría. Creo que tengo que empezar desde ya, aunque sea con algo tan sencillo como decirte “cariño”.

Nuevamente, este hombre me sorprende. No soy capaz de decir nada. Es como si Christopher supiera qué decirme y yo me quedara muda ante todas sus muestras de cariño.

—Adoro sorprenderte.

—Se te hace costumbre —expreso finalmente, regalándole una sonrisa sincera, pero nerviosa.

—Ven, vamos —agrega, ofreciéndome su mano para tomarla.

—¿A dónde? —pregunto dudosa.

—A comprarte un traje nuevo. Te dije que lo pagaría.

—No es necesario. Si me lo permites, puedo ir a casa a cambiarme y volver enseguida.

—De ninguna manera. —Aplica esa mirada de jefatura que me indica que lo que él dice será lo que se hará. Tomo su mano sabiendo que no tendré otra opción.

—De acuerdo, ¿dónde me llevarás?

—Creo que conozco un buen lugar.

Ya son las diez de la mañana. Al final, el comprar un simple traje se convierte —para Christopher—, en la perfecta excusa para tener "una cita" conmigo.

Al salir del ascensor, nos dirigimos a su auto y nos subimos para ir a donde él lo ha manifestado. Estamos unas dos horas eligiendo ropa, según él, todo me queda fabuloso, aunque yo solo me conformo con un solo atuendo.

Aun así, debo reconocer que se siente especial salir con él, porque es un hombre encantador que logra que no padezca ni un minuto de aburrimiento o tristeza. Es maravilloso. No puedo creer que él quiera tener algo conmigo, me hace sentir especial, como si no existiera nadie más para él; y, de hecho, lo demuestra bastante bien al verse indiferente ante los coqueteos de las mujeres que, prácticamente, se lo comen con la mirada. Christopher solo me halaga a mí y es simplemente grandioso ver como las otras féminas mueren de envidia.

Luego de comprar algunas cosas —la mayoría para mí, claro está—, caminamos hasta un pequeño parque cercano a charlar. Hablamos de varios temas, pero en ningún momento lo hacemos referente a un posible "nosotros". De la vida, la familia, la empresa, me comenta del e-mail que le ha mandado el señor Jacobson, pero que todavía no se han reunido para ponerse de acuerdo acerca del famoso trato que deben realizar para concretar la sociedad en Europa.

Finalmente, ante la confianza que estamos teniendo, le consulto si puede permitirme tener el teléfono sobre mi escritorio, pero sin dejarlo en silencio, por la situación de mi hermana. Gracias al cielo no se hace problema y accede. Él sabe que soy muy responsable, así que tampoco voy a aprovecharme para estar todo el día pegada a mi celular hablando con mis amigas. Estoy muy feliz por eso.

Cuando ya son cerca de la una de la tarde, salimos de aquel parque y nos acercamos a un restaurante cercano. Pasamos un rato bastante agradable, la comida está deliciosa. Finalmente, cuando ya se nos ha ido toda la mañana, decidimos volver a trabajar. Por mi parte, ya me he cambiado el conjunto manchado por uno de los nuevos, así que la deuda está saldada —según Christopher—. Dejamos las bolsas de las compras en mi auto y subimos por el ascensor a nuestro piso.

Estoy enviándole un correo electrónico a Sophie por asuntos de contabilidad, que Christopher me pide, cuando el ascensor suena, indicando que ha llegado alguien. Detengo lo que estoy haciendo y veo que es Eric, y que esta vez viene acompañado de una bella joven pelirroja. Entonces, y de la nada, me doy cuenta que ¡es la chica del bar!

—¿Tú? —formulamos las dos a la vez sin dejar de mirarnos. Se nota que ambas estamos sorprendidas de ver a la otra.

—¿Cómo? ¿Ustedes ya se conocen? —pregunta el señor Jacobson anonadado.

—Algo así, papá —manifiesta ella ¿papá? Oh, por Dios, es Angelique, la "futura esposa de Christopher". No tengo oportunidad alguna con él viéndola a ella, porque es hermosa—. Lo que sucede es que nos conocimos al chocar el otro día en el baño de un bar.

—Solamente le pedimos disculpas la una a la otra y nos despedimos. —Termino de hablar por ella.

—Bueno, por un lado me alegro. Solo faltan las presentaciones formales, entonces. Señorita Thompson, esta bella chica es mi hija Angelique. Hija, esta señorita es Ashlee Thompson la secretaria de Christopher.

—Es más que eso, Eric, y lo sabes —dice de pronto Christopher ubicándose a mi espalda mientras me abraza y me besa la cabeza—. Ashlee es mi novia.

—¿Novia? —dice Angelique, sorprendida—. No me habías dicho nada de esto, papá.

—Es por eso que estamos aquí, hija.

—Bueno, entonces vamos a mi oficina.

Christopher suelta su abrazo y me toma la mano para guiarme hacia el interior; los Jacobson vienen por detrás de nosotros. Una vez adentro, Christopher y yo nos sentamos en un sillón y Eric con su hija en el de enfrente.

—Bueno, ya que estamos aquí —comienza Eric—, como ves, vengo a presentarte a mi querida hija Angelique.

—Un gusto, Angelique —dice Christopher con asentimiento de cabeza para saludarla de manera cordial.

—El gusto es mío —responde ella muy coqueta. Se nota que lo dulce le dura poco.

Soy de quienes, y con solo un vistazo son capaces de juzgar como son las personas en realidad, y ya me estoy dando cuenta que Angelique pertenece a ese selecto grupo de mujeres decididas a conseguir todo lo que quieren, y por la forma de saludarlo, advierto que Christopher será su siguiente objetivo.

—Eric, no quiero ser descortés con tu hija, pero como ya sabes estoy en una relación con Ashlee. Llevamos seis meses juntos y somos muy felices.

—Eso dices tú, pero hasta el momento ella no ha dicho nada —menciona en contra respuesta a la vez que me señala, mirándome atento, esperando una respuesta de mi parte. Veo a Christopher ansioso.

Maldición, es hora de actuar.

—Bueno... señor Jacobson —empiezo a pronunciar de manera segura—, como Christopher ya le mencionó, llevamos seis meses y debo decir que han sido los

mejores. Es atento, cariñoso, nunca nos peleamos. A su vez, yo trato de ser lo mejor para él y hasta el momento no han habido quejas —me acerco cariñosa a mi querido jefe—. Además, estamos pensando en irnos a vivir juntos, y para que lo sepa, no me agrada la idea que tiene usted de forzarlo a casarse con su hija —veo a Angelique y sigue en su pose coqueta, tratando de llamar la atención de Christopher. Lástima para ella, porque ni siquiera la ha mirado.

—No estoy del todo convencido. Christopher sabe que debemos llegar a un acuerdo si él quiere expandir su negocio por Europa.

—Mira, Eric, no quiero provocar un escándalo teniendo a mi novia y a tu hija presentes, pero debo decirte que si sigues insistiendo en eso, me veré en la obligación de cancelar esta sociedad y buscar nuevos socios.

—¡No me puedes hacer esto! —exclama furioso.

—Claro que puedo. Tú y yo todavía no firmamos ningún papel, así que nada nos ata.

Eric Jacobson está comenzando a enojarse, tal y como hace unos días. Está tratando de aguantarse la rabia.

Minutos de silencio llegan a acompañarnos. Nadie dice nada. Eric y Christopher se miran fijamente, como si se estuvieran desafiando. Angelique, entretanto, está inquieta, no sabe qué hacer, mientras que yo tampoco digo nada, pero trato de estar cerca de Christopher y ser cariñosa. Digamos que, cumpliendo con el papel de novia. Él se da cuenta, por lo que desvía su mirada de Eric y me mira como diciendo “gracias”. Simplemente, le sonrío en retribución a ello.

—Con tu permiso —expresa finalmente Jacobson—. No quiero seguir perdiendo el tiempo por ahora, así que nos retiramos. ¿Vamos, hija? —agrega, mirando a su hija.

—Sí, papá, vamos. —Ambos se levantan de sus asientos, al igual que lo hacemos nosotros. Todos movemos la cabeza en señal de despedida. Parece que nadie quiere tocarse, es como si quisiéramos evitar ante todo el enfrentamiento físico.

Eric y Angelique Jacobson salen de la oficina mientras que Christopher y yo nos quedamos al interior de ella.

—Gracias, Ash.

—¿Por qué?

—Por lo que le respondiste a Jacobson. Te veías segura y la verdad, estaba nervioso.

—¿Tú, nervioso? Eso es nuevo —digo, burlándome de él—. Siempre te ves y te muestras como un hombre seguro. Me sorprendes.

—Ya ves que para todo hay una primera vez, y espero que no sea la última.

Otro inevitable sonrojo llega a mi rostro. ¡Por Dios! Este hombre me intimida con su seguridad.

—Amo que te sonrojes —asegura cuando me toma la mejilla con una mano. Se acerca a mi rostro de manera tierna, lo cual hace que ame cada instante con él.

Como me cohíbo, creo que será conveniente que cambie de tema de inmediato.

—Debo volver a mi puesto.

—¿Estás segura?

—Ss-sí —respondo nerviosa—, lo estoy.

—Está bien. —Resignado me suelta y me permite ponerme en pie.

—No te enojés. Creo que te dije que necesitaba ir de a poco.

—Lo sé, Ash. Lo que pasa es que contigo no puedo evitarlo. Te deseo, cariño.

—También yo —confieso—, pero no quiero ir tan rápido y pasarlo mal después.

—Tranquila. Te dije que te respetaría. Lo que menos quiero es que sufras por mi culpa.

Christopher me rodea con sus brazos y se siente tan bien estar así. La paz y la calma llegan de inmediato cuando estoy cerca de él.

—Ve, cariño. Ve a trabajar. Así terminarás más rápido y podrás irte para arreglarte e ir a esa fiesta.

—Cierto. Lo había olvidado.

Terminamos el abrazo, aunque en realidad sería feliz viviendo siempre así, aferrada a sus brazos. Nos despedimos con un pequeño roce de labios, para luego salir de su oficina e ir a mi escritorio.

Deseo que pase rápido el resto de la tarde. Necesito quitarme la tensión que siento sobre los hombros. Han pasado muchas cosas esta semana, y estoy totalmente abrumada.

Por fin estoy en casa, arreglándome para mi salida con Sophie a la fiesta con Mason. Estoy ansiosa. Lo único que no me gusta de salir es que no puedo hacerlo con Christopher. Pero me tranquilizo al recordar que quedamos en salir en una cita pronto. Solo debemos definir cuándo será.

Sophie va a pasar por mi casa a eso de las siete con treinta de la noche, ya que la fiesta comienza media hora después. Veo mi reloj y recién son las cinco, así que tengo tiempo de comer algo antes de arreglarme.

Salgo de mi habitación en dirección a la cocina luego de haberme cambiado de ropa por algo más cómodo. Ahora solo llevo puesta una camisa de tirantes blanca y un buzo de color gris.

Al llegar, veo que todo está un poco desordenado, como solo tengo los fines de semana con algo de tiempo extra, no me dan las horas durante la semana para ordenar mi casa. Creo que tendré que contratar a alguien para que haga el aseo de mi departamento unas tres veces a la semana.

Ordeno un poco y cuando tengo todo más limpio me dispongo a comer algo liviano, así que solo me preparo un sándwich de atún y lechuga y lo acompaño con un jugo de naranja.

Al terminar, veo la hora en mi celular y ya son cerca de las seis; es tiempo de comenzar a arreglarme. Dejo las cosas que utilicé en el lavavajillas y voy al baño a ducharme, antes sitúo sobre mi cama el atuendo que usaré hoy en la noche. Cojo una toalla y me acerco al grifo para abrir la llave y dejar que corra el agua hasta que se

aclimate. Cuando ya está como a mí me gusta, entro y comienzo a relajarme bajo el agua caliente.

Traté de no pensar en nada, pero creo que siempre aparecerá un polizón de ojos azules en mis pensamientos. Ojos azules que no me quieren dejar de mirar y que cada vez que lo hacen terminan por sonrojarme y cohibirme hasta ya no poder más.

Luego de unos quince minutos estoy lista. Al salir, me envuelvo el cuerpo con la toalla lila que he elegido. Me acerco al lavamanos y cojo mi secador de pelo y comienzo el proceso de secado con mi pelo.

Unos cinco a siete minutos han pasado cuando ya lo tengo listo. Por lo que ahora prosigo con el maquillaje. Trato de hacerlo de acuerdo a mi vestido, para que sea acorde, por supuesto. Me miro al espejo y me encanta el resultado. Ya es tiempo de vestirme, así que salgo a mi habitación y empiezo a hacerlo.

Veo la hora y me doy cuenta que estoy a tiempo. Todavía faltan unos quince minutos para las siete y treinta, así que una vez que ya estoy completamente lista, voy a la sala y prendo la televisión, esperando que llegue la hora para que Sophie aparezca por mi departamento.

Estoy tan metida en uno de mis programas favoritos que cuando suena el timbre salto en mi asiento del susto. Veo la hora en mi celular y como siempre mi querida Sophie es muy puntual. Me levanto, voy a la puerta y le abro.

—¿Lista para pasarla bien? —inquire apenas me ve.

—Sabes que sí —respondo, brindándole una alegre sonrisa.

—Entonces, vamos.

Salimos y nos dirigimos a mi auto para llegar en él a la fiesta. Ni modo que con tacones camináramos unas cuadras, por muy cerca de mi casa que estuviera la celebración de Mason. Prefería cansarme, pero una vez que bailara toda la noche.

—¡Esta noche es para nosotras! —exclama Sophie emocionada cuando estamos yendo rumbo a la fiesta.

Capítulo 12

La fiesta está en su punto máximo. Hace unas horas que hemos llegado y tengo que confesar que hasta el momento no me he aburrido para nada.

He bailado con Sophie, Mason y otros compañeros de trabajo. También he tomado algunos tragos, por lo que ya me siento algo mareada. No soy de las que se emborrachan para pasarlo bien, pero lo que sí sé es que me encuentro mareada y que si sigo tomando, lo más seguro es que deba ir muy pronto al baño a vomitar. Lo bueno es que Mason también se preocupó de la comida, por lo que nadie ha pasado hambre por una buena cantidad de horas.

—¿Por qué tan sola? —pregunta una voz a mi espalda. Esa cadencia se me hace conocida, pero ¿cómo llegó aquí? Me doy la vuelta para enfrentarlo.

—Porque quería descansar un rato. Ya me duelen los pies de tanto bailar.

—¿Y por qué no regresas a casa, entonces?

—Porque todavía es temprano y, además, estoy pasándolo muy bien.

Se queda en silencio, observándome, como si tratara de analizarme. Por mi parte, todavía estoy atónita con su presencia.

—¿Qué haces aquí? —formulo para quitarme esta duda de encima.

—Acaso, ¿me estas echando? —responde haciéndose el ofendido.

—No. No lo hago. ¿Cómo supiste que aquí era la fiesta?

—Tengo mis métodos —contesta finalmente como si fuera lo más obvio del mundo.

—Eso sí que no lo pongo en duda.

—Te extrañé, por eso vine hasta aquí, cariño. Quería estar contigo —dice y se acerca para abrazarme por la cintura.

—También te extrañé. Creo que de alguna manera me leíste el pensamiento, porque deseaba estuvieras aquí —confieso, colocando mis brazos alrededor de su cuello. Definitivamente, el alcohol hace que me sienta menos cohibida ante Christopher, como usualmente me ocurre.

—Pues ya ves que aquí estoy.

—Y no sabes cuánto me alegra —admito coqueta.

—¿Quieres quedarte o nos vamos?

—Solo quiero estar contigo, no importa dónde sea.

—Entonces, vámonos. —Deja de abrazarme para tomarme de la mano y salir de la casa y la fiesta.

Antes de llegar a la puerta, logro ver a Sophie que está totalmente sorprendida ante quien me acompaña. Gracias a Dios Christopher no se da cuenta, pero cuando volteo de nuevo hacia mi amiga, noto que me dice entre señas y su mirada que muy

pronto tendré que darle explicaciones. Dios, no sé cómo lo haré, pero si tengo claro que debe ser con la verdad, porque mi amiga es capaz de hacerme de todo para que lo confiese.

Una vez que salimos de la fiesta, recuerdo que vine en mi auto, por lo que interrumpo la marcha hacia el suyo.

—Christopher, vine en mi auto y tu trajiste el tuyo, ¿cómo nos iremos?

—Iremos en el tuyo. Yo manejaré, eso es claro. Haré una llamada para que vengan por mi auto y nos vamos. Espérame aquí un momento.

—De acuerdo. De todos modos, no creo poder moverme mucho, de lo contrario vomitaré.

Christopher asiente y sonrío tras oír mis palabras. Todo en mí parece causarle gracia. Se aleja un momento y acerca su celular a su oreja para hablar. Pasan unos minutos y regresa a mi lado.

—Todo listo. En cinco minutos llegan por mi auto. Esperamos y nos vamos, ¿sí?

—Mejor para mí. Mientras no me mueva estaré encantada.

—Yo también lo estaré, porque así tendré excusas para seguir cerca de ti.

—No tienes excusas y creo que lo sabes.

—¡Que directa, señorita Thompson! —comenta, burlándose.

—Creo que el alcohol ayuda un poco, señor Adams —digo en respuesta, cuando me acerco más a él, besándole la mejilla con un sonoro beso.

Christopher ríe ante mi acto tan cariñoso. No estoy acostumbrada a ser así, pero con él ya es difícil evitarlo. Amo estar a su lado, porque él me hace olvidarlo todo. Me abraza una vez que dejo de besarlo, besándome la cabeza.

—Te quiero, Ashlee.

Abro los ojos sorprendida, pero cuando voy a responderle somos interrumpidos por una voz que saluda a Christopher, por lo que debemos soltarnos. Se aleja un poco más para saludar a nuestro nuevo acompañante.

—¡Hey, John! Gracias por venir.

—No hay problema, Chris, cuando me necesites solo llámame.

—No quería dejar mi auto solo, ni dejar a mi novia sola.

—No tienes que darme explicaciones, aunque me sorprende que menciones a una novia.

—Pues ya ves. Alguien ya me atrapó —se gira y me guiña el ojo—. Ven, Ash. —Me estira su mano para que la tome. La acepto y me acerco al par de amigos.

—Ashlee, quiero presentarte a John, un socio y amigo. John, ella es Ashlee, mi novia.

Aunque solo hemos hecho un trato para que yo lo ayude con Eric, tengo que confesar que me agrada mucho que me haya presentado como su novia. Todavía no tenemos nada formal, pero es casi como si así lo fuera, y es todo un sueño.

Una vez más, mi cerebro no permite que mi boca emita palabra alguna, por lo que me veo en la obligación de sonreír y darle la mano a John en forma de saludo.

—Un placer, John —expreso finalmente.

—El placer es mío, Ashlee —responde alegre—. Es agradable que por fin alguien haya atrapado a Chris después de lo de Sarah.

Advierto que Christopher se tensa a mi lado al escuchar ese nombre. Debe ser alguien de su pasado que fue importante para él. De lo contrario, no veo que exista motivo para su inusitada reacción.

—John... —Lo mira fijamente y en forma de advertencia.

—Lo siento, amigo. Pensé que ella ya lo sabía.

—Tranquilo, Christopher, no te alteres, por favor.

—Estoy bien. No se preocupen, solo no me gustaría volver a escuchar ese nombre.

—De acuerdo —respondemos él y yo al unísono.

Luego de un par de minutos de silencio, es Christopher quien lo rompe cuando saca de su bolsillo las llaves de su auto y se las entrega a John.

—Aquí tienes las llaves. Te agradecería que lo llevaras a mi edificio, por favor. Y una vez más, disculpa la demora por la hora.

—Ya te dije que no es problema. Además, justo estaba por aquí cerca. —John le guiña el ojo a Christopher, recibiendo las llaves, y se va hacia el auto de su amigo. Una vez arriba, enciende el motor y se marcha.

Estoy buscando entre los bolsillos de la pequeña cartera las llaves de mi amado Peugeot. Al encontrarlas, se las doy al señor ceño fruncido con una sonrisa, pero la tensión en su cuerpo sigue presente.

Abre la puerta del copiloto y me subo sin esperarlo, Chris entiende y se sube también, rápidamente. Cuando estoy sentada con el cinturón de seguridad puesto, cierra la puerta y rodea el vehículo para subirse en el lado del conductor. Se acomoda y enciende el motor.

Está callado, intranquilo y nervioso. No recuerdo haberlo visto así antes, por lo que no sé si es bueno o malo. No sé qué decirle y solo decido mirar por la ventana. Varios minutos pasamos en silencio hasta que llegamos a mi casa. No espero a que se baje y me abra la puerta. Estoy realmente molesta, como nunca lo he estado con él. Chris, por su parte, me llama y yo hago caso omiso de su voz. Al llegar al ascensor, decido encararlo y preguntarle qué está pasando para que tenga ese repentino cambio de actitud.

—No sé quién será Sarah, ni que tan importante sea o haya sido para ti, pero creo que merezco que me cuentes sobre ella por mucho que te cueste hacerlo. Yo lo hice contigo y te hablé de Scott. Si estamos intentando algo, creo que lo básico es la confianza.

—Por favor, te diré, cariño, lo prometo, pero no me siento preparado para que sea ahora mismo. Fue muy duro para mí.

—¿Y crees que me gusta verte así? Solo te mencionan un nombre y te tensas por completo. Estoy para ayudarte, así como tú dices estarlo para mí —suspiro un momento y luego sigo hablando, pero cuando sale de mi boca lo que digo, me doy cuenta de mi error y vuelvo a callar—. ¡Dios! ¡Actúo como una novia celosa y no somos nada!

Me ruborizo, y como de costumbre me es imposible mirarlo luego de lo que acabo de decir. Estoy callada, viendo al suelo, hasta que percibo una mano que me levanta la cabeza por la barbilla, y lo primero que veo es esa boca que deseo tanto que sea solo mía, junto a esos ojos azules que hacen que me pierda en ellos.

—Lo siento. No debí actuar así, ni menos decir lo que dije. Solo estamos.... — me interrumpes. Esta vez no es con su dedo, sino con su boca.

—Me gustaría que lo fueras, Ash.

No me atrevo a decir algo en respuesta, así que opto por cambiar el tema.

—Será mejor entrar, está comenzando a hacer frío.

Christopher no dice nada. Sabe cómo me siento, ha sabido leerme en muy poco tiempo. Se aleja un poco de mí y me permite presionar el botón de llamada del ascensor para ir a mi departamento. Unos segundos después, las puertas se abren y entramos en él. Presiono el botón de mi piso y subimos en silencio. Al momento del timbre, indicando que hemos llegado al piso correspondiente, salgo de mi trance y descendemos del elevador.

Mientras nos dirigimos a mi puerta, busco las llaves para abrirla. Estoy nerviosa. El alcohol me ha desinhibido, pero a la vez me ha puesto más nerviosa y, además, algo cobarde.

Al momento de encontrarlas, éstas caen al piso, por lo que me agacho para recogerlas, así como también lo hace Christopher. Las logra tomar antes que yo y nos levantamos, acercándose a la puerta para abrirla.

Por su expresión no puedo notar si está feliz, molesto o pensativo. Pero sí está serio, sin gesto alguno.

Entramos a mi departamento y yo dejo mi cartera en la mesita que se halla a un lado de la puerta. Christopher, en cambio, deja las llaves en la misma mesa.

Se acerca a mí sin decir nada, me abraza por la cintura y me mira fijamente a los ojos, volviendo a repetir lo que dijo hace un rato.

—Te quiero, Ashlee. Me gustaría que fueras mi novia.

—Yo.... No sé qué decir.

—Sincérate contigo, antes que nada.

Suspiro, y gracias a que el alcohol se está yendo de a poco, puedo pensar con más claridad.

—Tengo miedo de querer y de sufrir. Tengo miedo a enamorarme y no ser feliz. Tengo miedo a que nos juzguen los demás por quien eres y por quien soy yo.

—Conmigo no sufrirás porque te quiero. Conmigo serás feliz porque valdrá la pena enamorarte. Conmigo no tendrás que pensar en lo que digan los demás de ti ni de mí porque yo haré que no te importe.

Dicho esto me regala una sonrisa que de algún modo me tranquiliza. Lo abrazo, colocando mis manos alrededor de su cuello. Cierro los ojos y me tomo unos segundos para proseguir, diciendo:

—Te quiero, Christopher. No sé qué has hecho en mí, porque logras que olvide lo malo y consigues que solo piense en lo feliz que me hace el estar a tu lado.

—Yo también soy feliz a tu lado. No sé qué pudo haber pasado entre nosotros en tan poco tiempo en comparación a los dos años que llevamos trabajando juntos,

pero debo confesar que soy feliz porque sucedió —cierra los ojos y se toma unos minutos antes de volver a hablar—. Sé que te preocupa saber quién es Sarah y por qué fue tan importante para mí. No es fácil esto, pero te prometo que te lo diré. No sé cómo ni cuándo, pero lo haré —me mira nuevamente a los ojos—. Quiero estar contigo, y tú, ¿quieres ser mi novia?

Capítulo 13

Mi corazón dice sí a gritos, pero mi cabeza tiene miedo.

Justo cuando voy a responder suena mi teléfono. Busco mi cartera y lo reviso. Un mensaje de Sophie.

«Esto merece una explicación y de la buena. La espero el lunes en la oficina. Almorzamos juntas SÍ O SÍ.»

No tengo idea si está así de broma o no, pero no es necesario que le responda para saber qué debo hacerlo de todas formas. Por lo que dejo mi celular nuevamente en la cartera y me giro para mirar a Christopher.

Suspiro brevemente y tomo valor para lo que haré.

Me acerco a él hasta quedar pegados y le rodeo otra vez el cuello con los brazos y él, a su vez, me abraza por la cintura. Acerco mi rostro al suyo, y cuando nuestras respiraciones se mezclan, unimos finalmente nuestros labios, sellándolos en un beso suave y apasionado, con entrega real de sentimientos, como no lo hemos hecho antes. Varios minutos pasamos así hasta que Christopher rompe nuestra cercanía, mirándome, buscando una respuesta.

—Sí. Quiero ser tu novia.

—Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo —me sonrío y eso hace que yo también lo haga—. Te quiero, Ash.

—Y yo a ti, Chris.

Nos volvemos a acercar para abrazarnos. Aún con esta cercanía este hombre es capaz de ponerme nerviosa.

—Me has dado el mejor regalo de cumpleaños que podía haber deseado.

—¿¿Qué?!! —exclamo sorprendida, admirándolo de frente, rompiendo nuestro abrazo.

—Eso que escuchaste. Hoy es mi cumpleaños y deseaba que aceptaras.

Miro el calendario que está en la pared, a un lado de la cocina, y me doy cuenta que tiene razón. Hoy es sábado 19 de febrero. ¡Cómo pude olvidarlo!

—¡Soy tan idiota! Lo olvidé por completo.

—No te preocupes, todo ha cambiado tan rápido que de seguro lo pasaste por alto.

—Nooo... ¡Qué clase de novia soy si olvido tu cumpleaños! —digo con un puchero.

—Jajaja... tranquila, cariño. Te perdono porque aceptaste serlo —contesta, besándome la nariz.

—Aun así es mi deber regalarte algo.

—No quiero nada si no eres tú.

—Te quiero, Chris.

—Y yo a ti, Ash. ¿Quieres algo de beber o comer? Digo, así no sientes mareos ni tienes ganas de devolver lo que has bebido.

—Solo quiero agua. Tengo mucha sed y solo quiero dormir. Larga noche.

—Entiendo. Vamos a la cocina.

Me suelta y me lleva de la mano a la cocina. En definitiva, este hombre hará que caiga rendida a sus pies. Adoro que se preocupe por mí. Es muy diferente a como era Scott conmigo.

Al llegar a la cocina, voy a la alacena superior y saco un vaso. Lo llevo al lavaplatos, abro la llave para llenarlo de agua y me la bebo de un solo sorbo.

—¡Vaya! Sí que mi chica estaba sedienta —dice Christopher, burlándose de mí.

—Burlándote no me ayudas en nada.

—Lo sé, pero es divertido verte así. Jamás lo pensé cuando te conocí.

—¿Te divierte mi borrachera? —pregunto alzando una ceja.

—Toda tú me divierte.

—Tonto.

—Un tonto que te adora.

Otra confesión de Christopher en solo unas horas. Antes me ha dicho que me quiere, pero ahora es diferente, dijo que me adora. ¿Será así? No lo sé. Pero nuevamente me quedo sin palabras.

—Ven, te llevo a la cama. Es tarde y debes descansar —añade, rompiendo el silencio que se ha formado entre nosotros.

Dejo el vaso en el fregadero. Posteriormente, me toma de la mano, mientras me pide que lo guíe a mi habitación. Caminamos por el pasillo hasta la primera puerta a la derecha. La abro y entramos. Christopher la cierra a mi espalda.

Me detengo ante la cama y me doy cuenta que debemos dormir en la misma. Me cohibe hacerlo, ya que solo hace un rato acepté ser su novia.

—¿Cómo nos acomodaremos para dormir?

—Tú en un lado de la cama y yo en el otro. Creo que la respuesta es obvia.

Sonrío nerviosa.

—Te ayudaré a sacarte el vestido, y no te preocupes, que no me aprovecharé de ti... en esta ocasión —dice con una sonrisa ladina.

—Gracias —agradezco sus palabras, dándome vuelta para que me ayude con la cremallera del vestido.

Siento que sus manos tocan mis hombros, y sin pensarlo, mi cuerpo tiembla en respuesta, tensándose ante su toque. De a poco, comienza a bajar el cierre. Su caricia es tan suave y sutil que es inevitable para mí cerrar los ojos y disfrutar de aquel tacto. Cuando ya abre por completo el vestido, termina posicionándose frente a mí y sosteniéndome para que pueda quitarme los tacones, que ya tenían a mis pies totalmente adoloridos. Al sacármelos, los dejo a un costado de mi cama, cuando siento que sus manos vuelven a tocarme para sacarme el vestido. Quedo ante Christopher solo en ropa interior —sostén sin breteles y bragas de encaje negro—, y unas panties.

—Deb... debo ir al armario a buscar un pijama —expreso nerviosa.

—¿Dónde está el baño? Yo también debo cambiarme, más bien, sacarme la ropa. No quiero incomodarte.

—La puerta de enfrente.

—Gracias. —Se aleja, yéndose a la puerta para cruzar al baño. A su vez, entro a mi armario, me saco las panties, junto al sostén y busco una polera suelta para ponerme. Tomo la primera que encuentro; es una rosa pastel con una rosa roja dibujaba en el centro.

Al terminar de cerrar la puerta de mi walking-closet, veo a Christopher sentado a los pies de la cama, luciendo solo su bóxer de color gris. Su ropa la ha dejado sobre una banca, a un costado de la puerta. Se levanta y queda frente a mí.

Ambos nos miramos fijamente. Ninguno dice nada, es como si estuviéramos admirando el cuerpo del otro. La verdad, el mío es regular o, más bien dicho, normal. No soy muy gorda, pero tampoco tengo cuerpo de modelo. Al contrario de él que se nota que lo trabaja y cuida yendo al gimnasio. Tiene una anatomía bien cuidada, pero sin músculos muy marcados, tal y como a mí me gusta.

Me acerco y le doy un corto beso sobre sus labios.

—Feliz cumpleaños.

—Gracias, cariño. —Me envuelve con sus brazos en mi cintura, acercándose todavía más a él. Disfruto de su toque, porque cada vez que lo hace una sensación de alivio llega hasta mí.

Varios minutos pasan hasta que, sin darme cuenta, un bostezo sale de mi boca y eso hace que Christopher se separe de mí y me abra un costado de la cama, que casualmente es el que siempre uso. Me invita a que me acueste y posteriormente me cubre. Luego, se aleja para bordear la cama y acostarse por el otro lado. Una vez adentro, me toma la cintura con su brazo izquierdo y con eso me impulsa para colocarme más cerca de él y quedar con mi espalda tocando su pecho.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, amor.

Me besa la cabeza y al cabo de unos minutos caigo finalmente rendida.

Despierto con una terrible resaca, como las que no había sentido hace mucho, además de un olor a café y tostadas que me llegan de cerca. Abro mis ojos con pesadez y de a poco me voy acostumbrando a la luz del día que entra por la ventana de la habitación. Cuando ya veo mejor, admiro a un Christopher vistiendo bóxer y camisa, muy sonriente con una bandeja a un lado, sentado sobre la cama.

—¿Cuánto tiempo llevas viéndome así?

—Lo suficiente para verte dormir y despertar —dice con simpleza.

—¿El desayuno es para mí?

—Sí, pero uno de los jugos es mío.

—Gracias. —Me siento, apoyándome en el respaldo de mi cama, cuando aprovecha para acercarme la bandeja y colocarla con cuidado sobre mis piernas.

—Buenos días, dormilona. —Me da un breve beso en los labios.

—Buenos días, madrugador —respondo.

—¿Cómo te sientes?

—Me duele la cabeza y tengo hambre.

—Bueno, mientras comienzas a comer, solo dime donde tienes aspirinas y te las traigo.

Agarro el vaso de jugo para esperar la aspirina que, según le indico, tengo en el cajón de la mesita de noche. Saca una y me la entrega.

—Gracias.

—De nada, princesa.

—¿Qué hora es?

—Son las once de la mañana —manifiesta una vez que mira mi reloj de la mesita.

—¡Es tardísimo! —exclamo sorprendida.

—Sí, lo es, pero al menos no debes ir a trabajar —aclara, sonriendo.

—Eso es lo que más me agrada —confieso.

—A mí, lo que más me agrada eres tú.

Nuevamente, me ruborizo. Este hombre tiene ese efecto que ya se hace permanente en mí. Ahora que lo pienso, todavía recuerdo lo que sucedió anoche y me pregunto ¿cómo será nuestra relación? ¿Podríamos ser felices? ¿Pelearíamos? ¿Sería incómodo siendo jefe y empleada? ¿Se sentiría como yo me sentía?

—¿Christopher?

—Dime, Ash.

—¿Cómo será todo entre nosotros ahora? Digo, todo ha sido tan rápido y además soy tu secretaria y tú mi jefe, y... —me interrumpe.

—Cariño, sé que todo ha sido rápido, pero no me arrepiento de nada. Eso de que somos jefe y empleada podremos solucionarlo de alguna manera para que no se nos haga incómodo.

—¿Quieres despedirme? —pregunto alarmada.

—¡No, amor, claro que no! —contesta tranquilo—. Quise decir que ya veremos cómo se van dando las cosas para que no sea incómodo para ti, si así te sientes.

—Ya veremos qué pasa más adelante —digo resignada.

Seguimos compartiendo y degustando el desayuno en mi cama, y entre risas y besos pasamos un rato muy agradable.

Dejamos la bandeja en el suelo y volvemos a abrazarnos. Se siente tan bien estar así con él, que es inevitable no encerrarnos en nuestra propia burbuja.

—¿No te parece que todo esto está pasando muy rápido? —inquiero después de levantarme y mirarlo a los ojos.

—La verdad sí, pero no me asusta.

—¿Porque no?

—Mis padres me lo han demostrado. Quiero decir, el de ellos fue un amor fulminante, prácticamente amor a primera vista. Y como ya te he contado, llevan más de treinta y cinco años de matrimonio.

—Es mucho tiempo. Me alegro por ellos.

—También yo. Algún día quisiera tener un amor como el de ellos —menciono cuando me besa la cabeza.

—Todavía me es extraño estar así contigo. Jamás pensé que me mirarías o me tomarías en cuenta.

—Ni yo que tú pensaras lo mismo.

—Está claro que la vida nos sorprende.

Vuelvo a abrazarlo y esta vez pregunto con la cabeza apoyada en su pecho.

—¿Qué te gustaría de regalo de cumpleaños?

—Cariño, ya te dije que mi mejor regalo eres tú.

—Sí, ya lo dijiste, pero aun así quiero regalarte algo.

—Entonces, regálame lo que tú quieras.

—Pero no sé qué te gusta —digo, haciendo un puchero con mis labios, a la vez que lo miro otra vez.

—Aunque amo tu puchero, no me pondré a discutir contigo por un regalo para mí.

—Pero... —me interrumpe de nuevo.

—Pero nada, Ashlee. Aprovechemos de estar así hoy. Estoy feliz a tu lado.

Me alegra oír eso. Siento como si mi corazón saltara de alegría.

—También estoy feliz de estar contigo.

—Entonces, regálame un beso.

—Como usted ordene. —Atrevida me acerco a él, dándole un beso en su mejilla. Me río ante su ceño fruncido.

—No era ahí donde lo pedía.

—No especificaste dónde.

—¿Así que jugando conmigo? —formula, alzando una ceja—. ¡Ya verás!

Se levanta y se acomoda sobre la cama para hacerme cosquillas. Es tanta la risa que Christopher me provoca, que entre carcajadas le pido que se detenga, pero no me hace caso. En un intento de liberarme, y para mi mala suerte, caigo de la cama y justo sobre la bandeja del desayuno. Para rematar aquello, termino mojándome el trasero con el resto de jugo de uno de los vasos.

—¡Chris! ¡Ayúdame, en vez de reírte!

—Jajajaja. Lo siento, preciosa. No creí que fueras tan cosquillosa.

Se levanta de la cama y la rodea para levantarme del suelo.

—¡Genial! Ahora estoy toda mojada. Será mejor que vaya a tomar una ducha.

—¿Qué tal si me invitas?

—Ni lo sueñes —expongo muy seria.

—Está bien, como tú digas —alza sus brazos en señal de derrota—. Al menos, tenía que intentarlo.

Me dirijo al armario y elijo la ropa que me pondré. Como hoy no tendremos trabajo, solo opto por una blusa blanca y unos jeans azules. Tomo la ropa interior, un conjunto de encaje blanco y me encamino hacia el baño. Christopher, mientras tanto, está arreglando mi cama y levantando la bandeja, por lo que asumo la llevará a la cocina.

Entro al baño y comienzo a ducharme.

Una vez que estoy lista y maquillada, voy a la sala y veo a Christopher ya vestido y sentado en el sofá, mirando la televisión. Cuando me siente llegar, se levanta y me ve. Se acerca a mí y me da un corto beso en los labios.

—¿Listo para comenzar a celebrar tu cumpleaños, grandulón?

Capítulo 14

Llevamos un buen rato caminando por el centro comercial cuando finalmente, después de mucho pensarlo, se me ocurre el regalo perfecto. No es mucho, pero sé que será especial.

—Ven. Ya tengo tu regalo.

—Está bien. Llévame a él —manifiesta con una sonrisa en su rostro.

Dicho esto, entramos a una joyería y vamos directo a donde se encuentran las cadenas. Busco una en especial y cuando la encuentro, sonrío de felicidad.

—Disculpe, señorita —llamo a una joven empleada.

—Buen día. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Quisiera ver las gargantillas que están en la vitrina. Las grabadas, por favor.

—Un momento. Enseguida se las traigo —comenta la empleada, yendo a buscar lo que le he pedido.

—Espero te guste. Sé que es algo cursi, pero me gustaría dártelo —le aclaro a Christopher que se ha mantenido a mi lado y en silencio.

—No te preocupes, lo que venga de ti, te aseguro, me encantará —responde, dándome un beso en la mejilla.

—Señorita, aquí están. Véanlos tranquilamente, y cuando se decidan, simplemente me llaman y vendré enseguida.

—Gracias —expresa Christopher esta vez.

Nos acercamos al mesón de vidrio donde están las gargantillas que he consultado. Todas ordenadas y cada una con un brillo especial. Acaricio y analizo cada una, pero ninguna me convence. Algunas tienen incrustaciones de oro y plata o con pequeños diamantes. En mi caso, como le daré una a Christopher, no quiero que se vea muy afeminado, sino que prefiero regalarle una bien sencilla. Vemos varios modelos, hasta que damos con el indicado, de acuerdo a su gusto.

—¡Ésta es la elegida! —exclama orgulloso.

—Es preciosa. Me encanta.

—Estaba seguro que te gustaría.

—La idea es que te guste a ti.

Es una cadena muy sencilla. Está hecha de plata por completo. Su diseño representa a una pareja tomada de la mano y sobre sus cuerpos se puede leer «Amor» y «Por siempre». Cada personita de la cadena tiene una parte de la frase y, por supuesto, estos, pueden separarse.

Es perfecta, así cada uno tendrá una parte de la cadena consigo. Además, de acuerdo a lo que dice la inscripción de la cajita donde se exhiben, puedes grabarla por la parte de atrás de las figuritas.

—¡Señorita! Estamos listos —dice Chris llamando la atención de la dependienta.

—¿Y? ¿Qué eligieron finalmente?

—Esta parejita —añade, señalando la gargantilla que todavía tengo en mis manos—. Además, nos gustaría grabarla.

—Por supuesto. No hay problema. Solo díganme que quieren grabarle y se las entregamos en unos minutos.

—Queremos colocarles nuestros nombres, “Ashlee” con dos 'e' al final y “Christopher”. Además de la fecha de hoy bajo cada uno.

—Como no, señor. Unos minutos, por favor.

La dependienta toma la cadena, junto a su cajita, y se aleja a la parte de atrás de la tienda. Como debemos esperar a que nos traigan la cadenita de regreso, seguimos mirando por algunos minutos más el resto de la joyería que se halla en las vitrinas.

—¡Mira qué precioso anillo! —le digo a Christopher a la vez que lo señalo.

—Toda la razón. Está bellísimo, al igual que lo eres tú. —Como de costumbre, me sonrojo con sus halagos, mientras se ríe y me besa suavemente en los labios.

—¡Señores! ¡Ya está listo su pedido!

Nos acercamos a la vendedora y vemos cómo quedó el resultado final. Simplemente, perfecto. Lo guarda en su cajita y nos indica cuánto es el valor del collar.

—Muy bien. Aquí tiene mi tarjeta. —Detengo la acción de Christopher cuando está por entregarle la tarjeta de crédito.

—Estás olvidadizo. Te dije que era mi regalo.

—Muy bien, cariño —admite riendo y guarda su tarjeta, mientras yo saco la mía de mi billetera. Es costosa, pero puedo comprarla sin sentirme culpable.

Después del proceso de pago, termina de envolver la cajita y la coloca dentro de una pequeña bolsa de cartón con el logotipo de la tienda. Una vez listos, salimos y seguimos caminando por unos minutos.

—Debo ir al baño. ¿Podrías esperarme?

—Eso no se pregunta, amor. Ve tranquila.

Chris me da un beso en los labios y se va a sentar a unos bancos que se encuentran a un costado. Me sonrío indicando que estará bien. Doy media vuelta y me encamino al baño. Al llegar a la entrada de estos, giro y pongo mi vista en dirección a donde está sentado, pero ya no está ahí. Qué extraño. Decido no darle mayor importancia y entro, finalmente, a un cubículo.

Al salir, puedo notar que esta vez sí está sentado en la banca donde lo he dejado. Por lo que me encamino a él y lo beso.

—Te extrañé.

—También yo.

—¿Vamos a almorzar?

—Sí, por favor, muero de hambre.

Tomados de la mano caminamos hacia el ascensor. Bajamos al estacionamiento y vamos en búsqueda de mi auto. Como Christopher todavía no

vuelve a su departamento, debemos salir en mi auto. Claro que él pide manejar. Según dice, está acostumbrado a conducir. No le gusta que otro lo haga cuando viaja en auto. Más adelante haré que eso cambie. Al menos, cuando intente salir en el mío.

Trazamos una ruta y puedo constatar que nos lleva al mismo restaurant de comida china, donde almorzamos la primera vez.

—Lindos recuerdos.

—Pienso igual.

Nos miramos y sonreímos. De alguna manera, es lindo volver al lugar donde todo comenzó a cambiar entre nosotros. Aquí me habló de su familia y yo le hablé de la mía. Ha sido, a pesar de todo, una comida un tanto extraña debido al motivo que nos llevó a tenerla.

—¿Entramos? —dice Christopher sacándome de mis pensamientos.

—Sí, perdona. Entremos.

Me toma de la mano e ingresamos. Un garzón nos da la bienvenida y nos lleva a una mesa. Chris y yo nos miramos y reímos al habernos percatado que nos sentaríamos en la misma mesa que aquella vez.

Una vez acomodados, Christopher saca la cajita de la cadenita que hemos comprado.

—Permíteme, por favor —pido, estirando la mano en señal de que me la entregue. Chris entiende y me la da.

—Bien, señorita. Quiero mi regalo.

—Un momento, cumpleañosero. No te impacientes.

La abro y tomo la cadenita. La miro por completo antes de separarla. Se escucha el «clic-clic» cuando lo hago. Me paro de mi asiento y dejo en la mesa al hombrecito de la pareja, acercándome a Christopher.

—Si me permites. —Le muestro la cadenita.

—Por supuesto.

Me agacho un poco y paso las manos por delante de su cabeza, mostrando la gargantilla. Chris la toma un momento y la besa. Mis manos hacen conexión y logro cerrar el broche. Una vez que todo está hecho, susurro muy cerca de su oído “*Feliz cumpleaños, mi amor*”, y regreso a mi silla.

—Es mi turno. —Chris toma al hombrecito que quedó en la mesa, se para y se acerca a mí. Se acomoda a mi espalda y hace lo mismo. Cuando tengo al hombrecito delante de mí, lo tomo, lo beso y lo dejo en su lugar, a la vez que Christopher termina de colocármelo.

—Gracias, preciosa. Te quiero —susurra en mi oído, consiguiendo que me estremezca ante aquel acto. Vuelve a su lugar justo cuando se viene acercando un garzón a nuestra mesa.

—Ordena por mí, creo que ya conoces mis gustos.

—Como tú digas.

Una vez que el garzón toma la orden, se retira, dejándonos otra vez solos.

—Debo confesarte algo.

—¿Y eso sería...?

—Hace mucho no celebraba mi cumpleaños.

—¿Qué?! ¿En serio? —Estoy incrédula.

—En serio. No me daban ganas de celebrarlo. Tenía siempre a mi familia algo lejos y tampoco con quien hacerlo.

—Bueno, es triste lo que me dices, pero te aseguro que eso ya no será así.

—Eso ya sucedió. Ahora estoy feliz, porque estoy con la mujer que quiero y que, por lo demás, aceptó ser mi novia.

Nos acercamos y nos damos un cálido beso en los labios, beso que de a poco va subiendo en intensidad y que me encantaría continuar, pero debemos separarnos.

—¿Chris, qué vergüenza! —exclamo, tapando un poco mi cara—. Estamos en un restaurant, qué dirán los demás clientes.

—Ash, tranquila. No pasa nada —dice riéndose de mí—, solo somos una pareja demostrándonos nuestro afecto.

—Pero así, no. Para ese tipo de besos prefiero estar a solas.

—Ya habrá tiempo para eso —me guiña el ojo—. Ahora disfrutemos de la comida que, por cierto, ahí viene.

Giro y veo que el garzón se acerca hacia nosotros con una bandeja en la mano. Nos sirve y se retira.

—Feliz cumpleaños, cariño —digo alzando la copa de vino blanco que hemos ordenado.

—Gracias, amor. Gracias por todo.

—No tienes que dármelas, es un placer para mí. Ahora, sí me gustaría que hicieras algo por mí.

—Tú dirás.

—Como no puedes estar hoy con tus papás, quisiera que los llamaras.

—Hace mucho tiempo que no hablo con ellos. ¿No deberían llamarme? Digo, hoy es mi cumpleaños.

—Sí. Es verdad, pero hace mucho no festejabas y creo que ahora conmigo la cosa será distinta.

—Tienes razón. —Busca su celular en el bolsillo y lo saca. Marca un número y llama.

Christopher

De una vez marco el número de la casa de mis padres, todo siempre bajo la atenta mirada de mi novia. Me pongo el aparato en la oreja y espero que contesten, lo que sucede al tercer pitido.

—¿Hola? —responde mi madre.

—Hola mamá, soy Christopher.

—¿Christopher? ¡Hijo que alegría! Dame un segundo.

—Claro, mamá. —Siento que se aleja del celular cuando solo se escuchan murmullos por un momento.

—¡Feliz cumpleaños, Christopher! —escucho que exclaman papá y mamá a la vez. De seguro ha colocado el altavoz para oírme.

—Hijo, qué alegría nos da escucharte, sobre todo hoy.

—Gracias a los dos. Y la verdad, han pasado algunas cosas estos días que me tienen muy contento —le guiño el ojo a Ashlee, quien me mira muy atenta—, y no quería perder la oportunidad de contarles a ustedes.

—Que bien, hijo. ¿Y eso que sería? —pregunta mi padre.

—Bueno, las cosas en la empresa van bien, aunque tengo un bache que espero solucionar muy pronto. Además, estoy feliz porque ahora tengo novia.

—¡Felicidades, hijo! Por tu cumpleaños y por esta chica. De seguro es linda y debe ser una gran mujer.

—Lo es, mamá. Eso te lo aseguro —afirmo, tomando la mano de Ash y besándola—. Es grandiosa y estoy feliz con ella.

—¿Estás con ella ahora?

—Sí, papá. Estoy con ella. Vinimos a almorzar.

—Entonces, no queremos molestarte más. Aprovecha el día con tu novia.

—No me molestan, papá, pero puedo hablarles más tarde.

—Está bien, hijo. Hablamos por la noche.

—Los quiero mucho.

—Y nosotros a ti, cariño. Hablamos más tarde.

—Saludos a Steve y a Alice.

—En tu nombre, cariño.

Nos despedimos y cuelgo la llamada. Suspiro y guardo de nuevo el teléfono.

Hace mucho que no hablaba con ellos. El trabajo me consume el tiempo, pero ahora estoy agradecido de que Ashlee me incitara a llamarlos.

—Gracias.

—De nada. Aunque no sé por qué me las das —comenta alzando los hombros, como si no fuera importante.

—Por darme alegrías y haberme pedido a llamar a mis padres. Los extrañaba.

—Entonces, no hay de qué.

—Eres preciosa, ¿lo sabes?

Ashlee

—La verdad no. —Bromeo con él, sé que adora que se lo diga.

—Lo eres y eso me encanta.

—Gracias.

Se acerca otra vez a mí y me besa, pero en esta ocasión me regala un suave beso. Al cabo de un rato, seguimos comiendo y charlando animadamente. Chris me promete que me presentará a sus padres. Se ve cómo los ama al hablarme de ellos, porque ambos y sus hermanos son su adoración. Una familia muy unida. Eso me recuerda que yo también, hace ya una semana, no llamo a mi madre y a Melissa. Las extraño mucho. Después de la muerte de papá, nos hicimos más unidas. Pero tuve que alejarme de ambas por el trabajo, no obstante, siempre ha sido para ayudar a mi hermana con su enfermedad.

Estamos pasando un rato muy grato, cuando de pronto noto que Christopher se tensa.

—¿Qué ocurre? —pregunto preocupada.

—Los Jacobson han entrado al restaurante.

—Oh, por Dios. Justo hoy teníamos que toparnos con ellos.

—Hasta ahora no nos han visto, así que estaremos bien.

—Ojalá sea así. No me gustaría que esta salida se arruinara por ellos.

—Eso no pasará. Lo prometo —se acerca y me besa en la mejilla—.

Aprovechemos que ya terminamos, así nos vamos sin que adviertan nuestra presencia.

—Me parece bien.

Chris llama al garzón y este se percata de nuestro llamado, a la vez que lo hace Eric Jacobson.

—¡Christopher, socio! ¡Qué alegría verte, hombre!

“*Me encantaría decir lo mismo*”, digo para mí.

—No quiero ser descortés, Eric, pero con mi novia ya nos estamos retirando.

—Claro, claro. No te preocupes. Esta semana me pasaré por tu oficina para conversar.

—No hay problema. Llama a mi empresa y coordinamos una reunión.

—Es un placer verte, Christopher —interviene Angelique en forma de saludo y a la vez de despedida. ¿Ya mencioné que lo hace muy coqueta? ¿Que no puede entender que él es mío?

—Dígame, señor —responde el garzón que llega en el momento preciso para interrumpir la hostilidad que se ha formado en el ambiente.

—Tráigame la cuenta, por favor.

—Enseguida, señor —contesta antes de retirarse.

—Bueno, Christopher, no molestamos más. Que disfrutes de tu tarde.

—No se preocupe, señor Jacobson, me encargaré de que eso suceda —aclaro, mirando a su hija. Ella nota mi mirada y solo desvía la suya.

—Hasta luego, señorita Thompson. Christopher —se despide Eric para luego retirarse junto a su primogénita.

—Me encanta que ya marques tu territorio —comenta en un susurro.

—No me agrada como te mira Angelique. Desde ya te advierto que puedo ser muy celosa.

—No tengo ojos para nadie que no seas tú, preciosa.

—Me alegra saberlo. —Lo beso en respuesta a sus palabras, sabiendo que esa mujer aún nos mira. Espero que con este beso le quede claro que lo que es mío no se toca.

—Aquí tiene, señor. Ha sido un placer haberlos atendido —se despide el garzón cuando le entrega el recibo.

—Tome, joven, quédese con el cambio.

—Muchas gracias, señor.

Cuando el garzón se retira, nos levantamos de la mesa para irnos.

—¿No pasarás al tocador?

—Esta vez no. Solo quiero irme.

—Entiendo. Entonces, vámonos.

Me toma de la mano y nos retiramos. A la salida nos dirigimos a mi auto. Como es de esperar, Chris me abre la puerta del copiloto y me ayuda a subir, y cuando ya estoy instalada, la cierra, rodeando el auto para subir por su costado. Al hacerlo me mira y pregunta:

—¿A tu departamento?

—Por favor.

—En camino.

Unos minutos después, ya hemos llegado cuando, de pronto, luego del encuentro del restaurante con los Jacobson, viene a mi mente el nombre de Sarah. Todavía recuerdo lo que dijo su amigo John.

«Es agradable que alguien por fin haya atrapado a Chris después de lo de Sarah.»

Estoy decidida a preguntarle a Christopher, pero prefiero no forzarlo y que él me cuente sobre ella, así como yo lo hice con Scott.

—Un dólar por tus pensamientos.

—¿Ah? Perdona. Tenía la cabeza en otra parte.

—¿En qué pensabas?

—Nada. Nada. No es tan importante.

—¿Segura?

—Sí, amor. Segura. —Le sonrío, aunque aquello fue más una mueca que una sonrisa.

Christopher

Su respuesta no me deja del todo convencido. Sé que oculta algo, pero no quiero presionarla. Recién hoy hemos comenzado a ser novios oficialmente y no quiero pasarla a llevar de ninguna manera.

La vi algo incómoda, inquieta y nerviosa. Espero que quiera contarme qué le pasa, porque no quisiera estar adivinándolo.

—¿Qué deseas hacer? —pregunta, quebrando el silencio.

—No lo sé. Mientras esté contigo, por mí cualquier cosa estaría bien.

—Siempre tan simple.

—¿Me estás llamando simplón?

—Tú lo dijiste, no yo —dice riendo con aquella sonrisa que me comienza a enamorar.

Me acerco lentamente, abrazándola por la cintura. Empiezo a inhalar su adorable aroma a vainilla y a fresas. Me encanta como huele. Creo que se convertirá en mi olor favorito desde ahora. Ella responde a mi abrazo colocando sus brazos alrededor de mi cuello, juntando nuestros cuerpos aún más.

De a poco, nuestros rostros están frente a frente, cuando ambos miramos en silencio los labios del otro.

Suelto mi mano izquierda de su cintura y con ella tomo suavemente su mejilla derecha para acercarla a su boca. Con un leve roce que continúa con una pequeña mordida de su labio inferior, consigo que sonría.

Vuelvo a tomar sus labios, y esta vez lo hago usando mi lengua, lamiendo apaciblemente su labio superior, pidiendo permiso correspondiente para adentrarla todavía más en su boca. Ashlee la abre un poco cuando se le escapa un gemido, el que aprovecho a mi favor para poseerla.

Suaves roces y delicados son los que me regala en estos momentos. Puedo percibir el amor que siente por mí a través de su beso. A mi vez, trato de hacer lo mismo y, al mismo tiempo, que este beso le demuestre la pasión y el deseo que siento por ella, mientras pequeños gruñidos salen de mi boca y gemidos de la de ella.

Ashlee

El escuchar a Christopher dar pequeños gruñidos hace que yo suelte gemidos, porque en su beso siento amor, así como también deseo. Y ese deseo logra que mi cuerpo comience a responder y que nuestra unión se intensifique y sea inminente.

Un hormigueo empieza a hacerse presente en mi estómago. Eso hace que me sienta como toda una quinceañera, e inconscientemente me hace pensar en Scott. Quiero continuar con este beso, pero el recordar a mi ex novio, en este preciso momento no es lo más correcto. No he pensado en él hace mucho y menos de esta manera, por lo que me veo obligada a separarme de Christopher.

—Lo siento.

—Tranquila, amor. —Sin entender aún mi reacción, me vuelve a acercarla a él y me abraza, haciéndolo de una manera que me permite sentir su erección a través del roce de nuestra ropa. De alguna forma, me hace sentir mal, porque mi cuerpo también se enciende con aquel beso, cuando claramente soy yo la culpable de romper aquel momento.

Sigo abrazada a Christopher, luego de un par de minutos, hasta que decido explicarme, aprovechando la situación para ver si él es capaz de abrirse y hablarme de Sarah.

Me separo de su cuerpo y lo miro a los ojos.

—Lo siento —reitero.

—¿Estás bien?

—Más tranquila.

—¿Qué sucedió?

—Scott —¡Rayos! Cómo le explico, sin cohibirme, que esquivé su mirada—. Yo, él... tu beso... me recordó a él. No quiero compararte, ni nada de eso. Solo... sucedió.

—Ash, entiendo —me toma la barbilla consiguiendo que lo mire fijamente—. Sé que no es fácil volver a estar en otra relación, para mí tampoco lo es. Hace mucho que no estaba en una.

—¿Quién es Sarah? —pregunto, aprovechando el instante y corriendo el riesgo de que no quiera contestarme.

—Es una ex novia que tuve. Me dolió haber terminado con ella, pero no me quedó más opción.

—¿Qué fue lo que pasó? Digo, si puedo saberlo.

—No pasa nada, solo me usó. Me hizo creer que estaba enamorada de mí, pero me quería por mi dinero —da un largo suspiro y sigue hablando—. De un día para otro, luego que le facilité un cheque por US 500.000 dólares para un proyecto que me dijo que quería impulsar, comenzó a actuar de manera distante, casi no se acercaba a mí. Era como si ya no me quisiera más. Un día decidí seguirla —mira fijamente el suelo, por lo que lo abrazo por el costado mientras estamos sentados en mi sofá—. Luego de unas tres horas haciéndolo, llegó a un restaurante y se juntó con un hombre joven. Era de pelo castaño y llevaba un atuendo sencillo. Al verla, se levantó de la silla y se acercó a ella para besarla. Estaba en shock, porque ese beso... no fue corto, sino que intenso. Creo que se percataron de dónde estaban, porque lo terminaron. Después de eso, la guió a la mesa donde la esperaba.

Noto que contarme esto le afecta, por lo que lo sigo abrazando. No sé qué decir o hacer, así que solo mantengo el abrazo.

—Si no quieres seguir hablando, lo entiendo.

—No. En serio, hace mucho no hablaba de esto con nadie y ahora estás conmigo, así que mereces saberlo. Como te decía, luego de que se sentaran pude ver que Sarah sacó algo de su cartera y vislumbré que era el sobre que yo mismo le había entregado con el dinero. Se lo dio a su acompañante. Estaba furioso. Quería golpear algo, ya que no lo haría con ella. No soy tan cobarde para hacer algo así. Al final, no lo hice, solo salí de ahí. Al cabo de unos días, ella fue a mi departamento como si nada hubiera pasado. Fue cuando aproveché de encararla y decirle lo que había descubierto. Por supuesto, lo negó y dijo que era mentira. Le respondí que si no decía la verdad iría al restaurante y hablaría con el dueño, que por cierto es amigo mío, y le pediría las cintas de seguridad. No le quedó otra opción que ser honesta.

—Que duro debió ser todo eso para ti.

—Lo fue, pero ya lo superé. Ahora tengo un real motivo para ser feliz. Tú.

Lo beso en agradecimiento por sus palabras.

—¿Hace cuánto que pasó todo esto?

—Unos tres años. Se fue de mi vida y no volvió más. La pasé muy mal un tiempo hasta que decidí que era hora de seguir adelante.

—Me alegro por ti.

Nos abrazamos cuando noto que Christopher se siente más aliviado luego de hablar conmigo sobre Sarah. Es una satisfacción saber que ahora soy yo su presente y su futuro, y que piensa mantenerlo así.

Capítulo 15

Ya es lunes y estoy preparándome para ir a trabajar. Esta vez —como no lo he hecho desde hace mucho—, con una sonrisa en los labios.

El fin de semana ha sido maravilloso. Christopher estuvo todo el tiempo conmigo y solo nos separamos cuando tuvo que regresar a su departamento para descansar y para volver a trabajar.

Una vez que me habla de Sarah, lo siento más aliviado y como si se hubiera quitado un enorme peso de encima. De seguro sintió lo mismo que yo cuando le hablé de Scott.

Estoy terminando de tomar de mi desayuno cuando suena mi teléfono. Lo tomo y veo que hay un mensaje en él.

Es de Christopher.

«Te espero abajo, cariño.»

Le respondo enseguida.

«Está bien. Dame unos minutos y voy.»

Cuando ya le he enviado el mensaje, tomo mi cartera y guardo mi teléfono en ella. Saco de la misma las llaves de mi departamento y camino hacia la puerta para salir.

Una vez afuera, giro sobre mis pies y cierro la puerta con llave. Me dirijo al ascensor y aprieto el botón de llamada. Pasan unos minutos y finalmente las puertas se abren frente a mí. Entro en él y veo que en el elevador hay una pareja de abuelitos, los que van de la mano, abrazándose de costado de manera cariñosa. Es imposible no imaginarme a Christopher y a mí en la misma situación. Les sonrío complaciente cuando el ascensor comienza a descender.

Al sentir el pitido que indica que ya hemos llegado a nuestro piso, comienzo a sentir un pequeño hormigueo en mi estómago cuando veo que Christopher me está esperando en el lobby del edificio.

Paso junto al conserje y lo saludo.

—Buenos días, Roger. Que tengas un lindo día.

—Buenos días, Ashlee. Que lo tengas tú también.

—No se preocupe, Roger —Christopher nos interrumpe de repente—, yo me encargaré de que eso pase. —Roger asiente con una sonrisa.

—Buenos días, amor.

—Buenos días, preciosa. —Me da un suave beso en los labios.

—¿Viniste a buscarme?

—Por supuesto. Te echaba de menos.

Caminamos hacia la entrada del edificio.

—Pero si nos vimos ayer.

—Sí, lo sé, pero quiero aprovechar cada minuto para estar contigo.

—Exagerado.

—Pero soy tu exagerado —comenta, haciendo énfasis en «tu» y con una hermosa sonrisa. Cuando llegamos a su auto, nos subimos y comenzamos el trayecto hacia la empresa.

—Ya, en serio, ¿por qué me viniste a buscar?

—Acaso, ¿no puedo buscar a mi novia para ir juntos al trabajo?

—Claro que sí, pero me tomaste por sorpresa. Ayer no dijimos nada de esto.

—Lo sé, pero te aseguro que se hará mi nueva costumbre —afirma, mirando hacia el frente.

Está feliz por eso, aunque no quiera admitirlo, por lo que solo le sonrío en respuesta, acercándome a besarlo en la mejilla para no desconcentrarlo al manejar.

No me doy cuenta cuando ya estamos aparcando en el estacionamiento del edificio de la empresa. Al apagar el motor, lo quedo mirando, ya que se queda quieto sin hacer nada.

—¿Estás bien? —pregunto algo preocupada.

—No pasa nada, tranquila.

—¿Entonces? —Giro mi cuerpo hacia él.

Veo que saca algo de su abrigo y es nada menos que una pequeña cajita de terciopelo rojo.

¡¿Me querrá pedir matrimonio?! Es imposible no pensarlo al admirar lo que sostiene entre sus dedos. Lo observo atenta, esperando que añada algo más.

—Ashlee, cariño, no te lo había dicho antes, pero quiero darte las gracias por hacerme el hombre más feliz del mundo. Hace mucho que no me sentía así de contento por estar junto a alguien. En estos días que han pasado y que han sucedido muchas cosas, me he dado cuenta que estoy tranquilo y en paz cuando estoy a tu lado. Jamás creí tenerte así conmigo, cuando te conocí hace dos años —juega con la cajita entre sus manos, pensando en sus siguientes palabras—. En tan solo unos días has cambiado mi mundo por completo. En el caso de la empresa, sabes que nunca me he dejado llevar por la opinión de los demás. Esta ocasión no hará que sea distinto, porque no me avergüenza ni me preocupa que me vean contigo. Por lo que te pido que tú tampoco tengas vergüenza ni te preocupes. Yo estaré allí para apoyarte en todo lo que necesites. Esto es, por supuesto, dentro y fuera de la empresa y en todo ámbito.

Christopher me mira atento y a la espera de una respuesta. Estoy sorprendida ante cada uno de sus dichos, porque jamás me habían dicho cosas tan lindas como lo acaba de hacer él.

No me he dado cuenta que lágrimas caen desde mis ojos hasta que siento un sabor salado en mis labios. Christopher, delicadamente, me quita las lágrimas que se asoman y comienzan a caer por mis mejillas.

Me señala la cajita con sus manos y la abre para mí sin que yo pueda creer lo que ahora estoy mirando.

¡Me está regalando el anillo que vimos en la tienda!

—Chris, amor... es hermoso. Gracias.

Me acerco a darle un beso en sus labios en agradecimiento.

—¿Pero cómo pudiste comprarlo si estuvimos juntos todo el fin de semana?

—¿Te acuerdas cuando salimos luego de comprar la cadenita y tuviste que ir al baño?

¡Por eso no lo vi cuando me volteé a verlo!

—Claro que lo recuerdo. Cuando llegué a la puerta de entrada del baño giré para verte y no estabas. Me preocupé y decidí que te preguntaría luego, pero ahora ya sé la respuesta.

—¿Me lo permites?

—Claro que sí. —Le acerco mi mano y me coloca el anillo. Es tan hermoso, ya que es de plata con algunas ondas en un costado. Al centro tiene una piedra de color esmeralda, muy hermosa, y al otro lado lleva tres pequeños diamantes blancos. Es, simplemente, precioso.

—Gracias, amor. Está bellissimo.

—No, bellissima eres tú.

Nos acercamos para darnos un suave beso que pronto se convierte en algo más, hasta que debemos separarnos por falta de aire.

—Creo que será mejor que subamos.

—Vamos.

Chris sale del auto y cierra su puerta, y cuando llega a mi lado para ayudarme a bajar, sin decir nada, me acerco y lo abrazo. Tengo claro que solo ha pasado un día desde que nos vimos por última vez, pero me estoy sintiendo adicta a sus abrazos y besos. Me siento tranquila cuando lo tengo cerca de mí.

—Gracias por todo.

—Gracias a ti, preciosa.

Nos damos un último beso, esta vez más corto, para luego separarnos e ir finalmente al ascensor.

Al llegar a nuestro piso, veo sobre mi escritorio un ramo de rosas rojas. No debo ser adivina para saber quién las ha traído, porque ya sé que el responsable se encuentra a mi lado.

—Gracias, Chris. Están preciosas —digo tomando el ramo y llevándolo a mi nariz para olerlo.

—No tanto como tú, pero me agrada que te gusten.

—¿Bromeas? Son mis flores favoritas.

—Entonces, le atiné.

—Tú lo has dicho.

Se acerca nuevamente a mí y me besa. Nuestra unión comienza a prolongarse por un momento, pero nos vemos en la obligación de apartarnos cuando mi teléfono empieza a sonar.

Me asusto, ya que no es normal que se comuniquen conmigo tan temprano, y menos un día lunes. Saco mi celular de la cartera y veo que ha caído un mensaje en él.

«Hoy no te salvas. Te espero a la hora del almuerzo en la cafetería de la empresa.»

Había olvidado por completo lo de la fiesta. Como estuve todo el fin de semana con Christopher, no tuve cabeza para nada más. Ahora debo enfrentarme a la detective Sophie Smith que hará hasta lo imposible por saber el porqué de la cercanía entre mi jefe y yo.

Decido responderle de inmediato.

«No lo olvidé. Te contaré todo a la hora del almuerzo. Lo prometo.»

Esta vez no lo guardo, dejándolo sobre mi escritorio, junto a las flores.

Christopher se despide de mí con un beso en la mejilla.

—Hasta más tarde, amor.

—Hasta más tarde.

Y finalmente, se dirige a su oficina.

—¿¿Que tú y el jefe qué?! —pregunta una sorprendida Sophie.

—Lo que oíste, amiga.

—Lo siento, es que estoy asombrada. Jamás te vi en algo con él. Además, que nunca mencionaste nada al respecto.

—Todo ha sido repentino, Soph. Comenzó por algo que él necesitaba, lo ayudé y bueno, ahora estamos juntos.

Mi amiga me mira como si tratara de buscar alguna respuesta oculta en mis palabras. Claro está que el real motivo de cómo comenzó todo entre Christopher y yo no se lo diría. Como ya mencioné, a veces Sophie puede ser muy chismosa, y está demás decir que no quiero ser el nuevo objetivo de los cotilleos en la empresa. Suelo ser reservada y pretendo mantenerme tal cual, no importando la situación que me rodea.

—Al menos, ¿te hace feliz?

No me he planteado esa pregunta hasta el minuto, como todo ha sido un huracán de situaciones y emociones esta última semana, casi no he tenido momento para estar tranquila y pensar en todo lo que ha pasado.

Rápidamente, puedo decir, sin tener que analizar mucho la respuesta, que he sido más feliz de lo que he sido desde hace mucho tiempo. Es casi comparado a los tiempos en que Scott y yo vivimos nuestra historia. Pero hasta ahora, aunque corta, ha sido intensa y me ha robado muchos instantes de alegría.

—Más de lo que crees.

—Entonces, amiga, no hay nada más que decir. Si tú eres feliz, yo también lo soy. Desde Scott que no te veía así de contenta.

—Gracias. —Nos damos un abrazo, con el cual puedo afirmar que siento todo el apoyo que mi amiga me da.

Una vez que terminamos de comer, nos levantamos de nuestros asientos y llevamos las bandejas con comida al recolector. Salimos de la cafetería de la empresa y nos despedimos frente al ascensor. Sophie debe subir al piso trece y yo al quince. Mi amiga entra al ascensor, pero yo me veo obligada a quedarme ahí, cuando siento que me llaman a mi espalda.

—Hola, Ashlee, ¿cómo estás?

—Muy bien, Mason, ¿y tú?

—Bien, también. Aprovechando que te vi con Sophie, quería preguntarte qué te pareció la fiesta que di en mi casa el otro día. No me di cuenta en qué momento te fuiste, por lo que me gustaría saber si te lo habías pasado bien.

—Sí, claro. Me fui sin despedirme de nadie porque... tuve un inconveniente que tenía que solucionar, pero ya todo está en orden.

Tal y como lo hice con Sophie, no le digo a Mason los reales motivos del porqué me fui de la fiesta. No miento cuando le comento que lo he pasado bien, pero no pienso darle una respuesta detallada de mi decisión de marcharme con Chris. Además de que ese día de la fiesta Chris y yo todavía no teníamos nada formal. Eso ocurrió solo unas horas después.

—Me preguntaba si... quieres salir conmigo un día, digo... como amigos, claro. No sé... ir a tomar algo o ir a comer.

No me espero esto. Ahora recuerdo que Sophie mencionó algo sobre que yo le gustaba o atraía a Mason, pero la verdad él nunca hizo nada al respecto. Me pregunto por qué lo hace justo ahora cuando estoy comenzando con Christopher. Quizás, si lo hubiese hecho antes habría aceptado sin problemas. Claramente, ahora se me hace un poco incómodo.

—Sí, claro, pero yo te aviso. He estado con mucho trabajo últimamente y también tengo mucho que hacer en casa.

—Está bien. Gracias por aceptar y no te preocupes, cuando puedas solo avísame.

—Gracias a ti, Mason. Ya tengo que regresar —comento nerviosa—, sabes cómo se pone el jefe con el tema del trabajo.

—Sí, por supuesto. Ve tranquila.

Después de este pequeño e incómodo momento, nos despedimos y Mason entra a la cafetería. Una vez sola, aprieto el botón de llamada del ascensor. Al par de minutos de espera, finalmente suena y se abren sus puertas, y mi sorpresa es mayúscula cuando veo a Christopher conversando con uno de los socios de la empresa. Pero de igual manera entro junto a ellos al elevador.

—Señor Adams, Señor Donovan —digo en forma de saludo. Como nadie sabe de lo nuestro, está más que claro que debemos actuar como tal: jefe y empleada.

—Señorita Thompson —expresa Christopher en respuesta y saludando con un asentimiento de cabeza.

—Un gusto verla, señorita —admite su socio.

—¿Va a nuestro piso, señorita? —formula Chris tratando de aguantar la risa.

—Así es, señor. Ya acabó mi hora de almuerzo.

—Entonces, vamos.

Justo cuando termino de hablar se cierran las puertas para que el elevador comience a ascender hasta el piso quince.

Capítulo 16

Christopher

Hace mucho tiempo que no me sentía tan feliz. Ashlee es toda una caja de sorpresas para mí.

Cuando vamos subiendo en el ascensor, puedo notar que está nerviosa, aunque no es la única, porque yo también lo estoy. Como nadie sabe de lo nuestro, debemos actuar "normal" frente a todos, ella como mi secretaria y yo, simplemente, como su superior.

En el elevador tengo que contener la risa y las enormes ganas de besarla, ya que vamos con mi socio Michael Donovan. Él, junto a John Fitzgerald, son mis dos grandes amigos. John tiene una empresa llamada «*Cloud Nine*», en la cual se dedica a la venta de perfumes y accesorios para la mujer. Le va muy bien, tiene un gran éxito. Por su parte, Michael es administrador de empresas. No quiso seguir el rubro de su padre, quien trabajaba en medicina. Dice que los hospitales y las clínicas no son lo suyo. Así que, sencillamente, se asoció conmigo y formamos Adams Inc. Él es el segundo a cargo.

Al llegar a nuestro piso, Ashlee se va inmediatamente a su escritorio, no sin antes despedirse. Michael y yo seguimos el camino a mi oficina.

—¿Y bien? ¿Me dirás que sucede aquí? —pregunta Michael cuando estamos solos al interior de ésta.

—No sé de qué hablas —respondo algo incómodo. Eso, realmente, no lo vi venir.

—Vamos, Christopher, que no nació ayer. Aunque trataron de pasar desapercibidos ante mí, pude notar que hay algo entre tú y tu secretaria —comenta, dejándome sin palabras.

—Yo... em... De acuerdo, estamos juntos —confieso finalmente.

—Debo decir que me sorprende. No pensé que fueras de los que se involucran con su secretaria —manifiesta. De pronto, me siento atacado por sus palabras recriminatorias.

—Esto es diferente —aclaro en mi defensa.

—¿Y eso por qué?

—Porque esto no es una calentura cualquiera.

—¿Por qué tan seguro?

—Lo estoy. Ella no es cualquier mujer. Es especial.

—Hablas como todo un enamorado —se burla.

—Tal vez lo esté. —Michael me mira incrédulo.

Hasta yo me sorprendo de lo que acabo de decir. Mis sentimientos hacia Ashlee son fuertes, eso es seguro, pero no sé si estoy enamorado de ella; aunque todavía es muy pronto para asegurarlo. La quiero, sí, como no he querido a ninguna mujer antes, ni siquiera a Sarah, ya que Ashlee la supera en todo tipo y, sencillamente, no hay comparación.

—Me alegro por ti, amigo. Hace mucho que no te veía así.

—Gracias, Mike.

—¿Qué te parece si salimos a bailar? Tú con Ashlee y yo con Rachel. Hace mucho que no vamos a divertirnos.

—Podría ser. Déjame verlo con ella y te aviso.

—No te preocupes. Ya nos pondremos de acuerdo.

Luego de eso, seguimos conversando sobre algunas cosas que tenemos pendientes.

—Ahora que recuerdo, hay algo que no te había mencionado antes, amigo.

—Soy todo oídos —dice, acomodándose en el pequeño sillón de mi escritorio.

—¿Recuerdas a Eric Jacobson? El francés.

—Sí. El hombre con el que querías expandirte en Europa —asiento con la cabeza—. ¿Qué sucede con él?

—Este hombre... bueno, el tipo está loco. Me ha puesto como condición, para cerrar el trato, que me tengo que casar con su hija.

Mi socio abre los ojos completamente sorprendido.

—¿Estás de broma, cierto?

—No. Aunque créeme que me encantaría estarlo.

—¿Y qué harás?

—Por supuesto que no me casaré con su hija. Detesto los matrimonios arreglados. Ya sabes cómo fui criado.

—Entiendo. ¿Entonces?

—No lo sé. Le hice saber que estoy en una relación con Ashlee y, por supuesto, la idea no le agradó para nada. Tendré que buscar el método para cerrar ese trato, pero sin tener que llegar al matrimonio. Ese tipo está loco para pedirme algo así.

—Concuerdo contigo, mi amigo. Bueno, Chris, ha sido grato como siempre conversar contigo, pero ya debo irme. Tengo que terminar de revisar unos asuntos antes de irme a cenar con Rachel. —Se levanta y yo hago lo mismo. Nos damos la mano y caminamos hacia a la puerta. Se aparta y veo que saluda cordialmente a Ashlee. Cuando Michael se aleja y entra en el ascensor, no puedo evitar acercarme a Ashlee para besarla. Ella, como siempre, responde ante mí increíblemente nerviosa.

—Tranquila, amor. No pasa nada.

—Es que no me acostumbro a estar así, aquí, en la oficina.

—Lo sé, cariño. Aunque debo confesarte que Donovan ya sabe lo nuestro.

—¿Se lo dijiste?! —grita asustada.

—No —respondo con una sonrisa—. A decir verdad, se dio cuenta solo.

—¿Cómo? ¿En el ascensor?

—Exacto. Apenas entramos a mi oficina me preguntó, y no me quedo más que confesárselo. Está feliz por nosotros.

—No sé con qué cara lo miraré de ahora en adelante.

—Hazlo con la mejor que tienes, y que por cierto me encanta. —Me acerco de nuevo para abrazarla por la cintura—. Además, nos invitó a salir con él y su prometida.

—Christopher, no estoy segura. No me siento lista para que nos vean juntos.

—Ashlee, no tienes que preocuparte más por eso. Recuerda mis palabras de esta mañana. «No me avergüenza ni me preocupa que me vean contigo. Por lo que te pido que tampoco tengas vergüenza ni te preocupes. Yo estaré allí para apoyarte en todo lo que necesites. Esto es, por supuesto, dentro y fuera de la empresa».

—Lo sé, amor. Gracias —contesta y me abraza. Me encanta cuando lo hace, por lo que ahora me siento feliz y pleno como cada vez que estoy con ella.

—Entonces, qué me dices, ¿vamos?

Concluye el abrazo y me mira a los ojos.

—Sí, vamos. —Sonrío.

—Genial. No imaginas lo feliz que me haces. Te aseguro que te harás gran amiga de Rachel.

—Eso espero. —Suspira.

—Ashlee.

—¿Sí?

—Te quiero. —Sabía que era repentino decírselo, pero era lo que sentía en ese momento.

—Yo también te quiero.

Soy tremendamente feliz porque Ashlee siente lo mismo que yo, y porque no puedo evitarlo, termino besándola nuevamente. Es un beso diferente a cualquier otro el que nos damos, porque es más pasional, y lo siento como si estuviéramos tanto ella como yo «marcando territorio». No nos separamos, pero tampoco hacemos otra cosa que no sea besarnos. Amo sus labios son tan deliciosos.

Varios minutos transcurren y todo mi entorno se borra al estar con Ashlee. De pronto, todo se ve interrumpido cuando se escucha un carraspeo cerca de nosotros. Me veo en la obligación de separarme de mi novia para levantar la cabeza y mirar hacia el frente. Entretanto, Ashlee se voltea algo nerviosa.

—So-Sophie... —dice apenada.

—Tranquila. No diré nada. No era mi intención... interrumpir.

—Yo... em... señorita Smith... disculpe, por favor. —Aunque le dije a Ashlee que no me importaba lo que dijeran en la empresa, no puedo evitar sentirme avergonzado de que nos pillara así, de esta manera.

—Descuide, jefe. Ashlee ya me contó todo. Solo espero que la haga feliz.

—Te lo aseguro, y dime Christopher, por favor. Si eres amiga de mi novia, no veo necesaria las formalidades.

—Sí, pero...

—Pero nada, Sophie. De ahora en adelante puedes llamarme por mi nombre.

—Está bien. Como us... tú digas. Yo, por cierto, venía a entregarte los resultados de las estadísticas que se estaban realizando en el departamento. También le envíe un e-mail a Ashlee con la información.

—Gracias, Sophie. Ya lo revisaré —respondo, recibiendo la carpeta que me tiende.

Era divertido ver a Ashlee nerviosa. Claramente está muy incómoda, por lo que decido hacer algo para aliviar la tensión del momento.

—Ashlee, ¿por qué no vamos a cenar con Sophie? Me gustaría conocerla un poco más.

Ambas abren los ojos sorprendidas. Es de esperar. Creo que jamás pensaron, siquiera, en lo que les iba a proponer.

—No quisiera ser molestia —asegura Sophie.

—Vamos, así podremos salir y distraernos. Creo que así como estoy, lo necesito —intenta convencerla mi chica.

—Bueno. Está bien. Acepto. Solo díganme cuando y ahí estaré.

—Luego te avisamos, pero será en la semana —digo yo esta vez.

Nos despedimos de Sophie, que ya se marcha, y cuando volvemos a estar solos llevo a Ash a mi oficina.

—Ven conmigo.

Al entrar, no pierdo tiempo y termino acorralándola contra la puerta. Se sorprende al instante, pero me mira traviesa.

—No es lo que piensas, amor.

—¿Y qué sería lo que estoy pensando? —responde juguetona.

—Solo te tengo así porque me encanta tu cercanía. Y porque quiero decirte cuando te quiero.

—Entonces, estoy feliz porque lo hayas hecho.

—Vamos, amor. Llegaremos tarde. Los chicos deben de estar esperándonos.

—Solo me faltan los pendientes... y ¡listo! —exclama con una sonrisa.

—Estás preciosa como siempre —la alabo. De verdad se ve hermosa. Lleva un vestido de color esmeralda ceñido al cuerpo que le llega unos cuantos centímetros sobre la rodilla. No tiene un escote pronunciado, ya que es un vestido de solo un hombro. En su mano derecha lleva el anillo que le regalé, unos tacones planteados sin brillo excesivo y todo su look lo acompaña con un peinado precioso que le deja caer unos cuantos mechones sobre el costado de su rostro. Simplemente, se ve preciosa.

—¿Alguna vez dejarás de halagarme? —pregunta juguetona.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? Eres hermosa, Ash, y sabes que me tienes loco.

Dicho esto se acerca a mí, y sin perder más tiempo me besa, y yo feliz respondo. Luego, recuerdo que ya debemos irnos, por lo que me obligo a separarme de mi novia.

—Mejor lo dejamos hasta ahí, ya que, de lo contrario, te aseguro nos quedaremos aquí y no iremos a ninguna parte.

—Tienes razón. Aunque quisiera quedarme aquí contigo, no quiero quedar mal ante tus amigos. ¡Dios, estoy nerviosa! —Suspira de manera sonora.

—Tranquila, no pasa nada. Mejor vamos, antes que se nos haga más tarde.

Capítulo 17

Christopher

La salida junto a mi socio Michael y su prometida Rachel está resultando mejor de lo que lo pensé. Ashlee y Rachel congenian de inmediato, no paran de hablar de variados temas y, la verdad, me da risa, porque parecen cotorras. Aun así estoy contento, tengo la esperanza de que esta salida valdrá la pena. En el caso de Michael, puedo notar que está sorprendido de ver a Ashlee en una faceta más relajada y no solo como siempre la ha visto, siendo mi secretaria.

Ahora estamos en la mesa de un pub tomando unos tragos. Hemos bailado un poco, pero en este momento queremos charlar con tranquilidad. Las chicas beben mojitos, Michael una cerveza y yo disfruto de mi whisky en las rocas.

—¿Cómo lo estás pasando? —le pregunto a Ashlee.

—No pensé que lo pasaría tan bien. ¡Me encanta! —dice entusiasmada. Ríe junto a ella.

—No sabes cuánto me alegra escucharte.

—De hecho, ya quedé con Rachel en que tendríamos una especie de “noche de chicas” junto a Sophie.

—Que bien, cariño. —Me acerco a besarla un breve instante. Todavía noto lo nerviosa que se pone cuando hacemos esto en público. Ya han pasado dos semanas desde que comenzamos nuestra relación y me fascina el efecto que provocho en ella.

—Ya, par de tortolos. No sean tan empalagosos —nos molesta mi amigo.

—Déjame ser, hombre. Estoy en una relación y soy feliz —le respondo.

—Sí, cielo, déjalos tranquilos. Acaso, ¿ya olvidaste cuando tú y yo comenzamos? —inquire Rachel en nuestra defensa, regañándolo dulcemente.

—Tienes razón, cariño. Lo siento, amigo, es que hace mucho no te veía así.

—Tranquilo, hombre, no pasa nada —abrazo a Ashlee—. No me importa verme ridículo de empalagoso, con tal de hacer feliz a mi chica —finalizo, besando la frente de mi novia.

Ashlee

Lo estoy pasando genial. Jamás pensé que me llevaría tan bien con los amigos de Christopher. Son estupendos y no paro de hablar con Rachel, la novia de Michael, el socio de Chris. Es una chica muy simpática. Estoy segura que podremos llegar a ser grandes amigas.

Estoy disfrutando de esta noche. No he tenido momento para aburrirme hasta ahora.

De pronto, comienza a sonar una canción que me encanta y que prácticamente, y por obligación, debo hacer que Chris la baile conmigo.

—Vamos, cariño, a bailar —lo animo, agarrándolo del brazo, tratando de llevarlo a la pista de baile.

—Amor, no tengo ganas. Ve tú —se resiste.

—Por ningún motivo. ¡Esta canción es tuya! Acaso, ¿no has visto al modelo del vídeo? Es muy parecido a ti. Casi podría jurar que eres tú.

Y tengo razón al 100%, porque el modelo con el que se hizo este vídeo es idéntico a mi querido jefe. Dios, el chico se ve tan sexy en el vídeo.

—Está bien, vamos. Creo que no ganaré esta batalla —admite, rindiéndose y yendo conmigo a la pista.

*“Oh, oh, oh, oh, oh, oh, oh
See, I know a little bit something good
Always comes out of a little bit something bad
And I wasn't lookin' for someone new
'Til you came down, givin' me the best that I've had...”*

Apenas comenzamos a movernos, puedo notar como Chris se relaja y disfruta conmigo.

*“And now you're on my skin
Body to body
Workin' me out
Yeah you, you play to win
Rockin' me steady
Round after round...”*

Entre acercamientos y algunos pasos sensuales, seguimos bailando y disfrutando de nuestro momento. Termina la canción y volvemos a la mesa donde están nuestros acompañantes.

—¿Ves, amor? No fue tan malo.

—No, no lo fue, pero ahora me dejas con la duda. ¿Cómo dijiste que se llama la canción?

—Se llama «*First Love*» y es de Jennifer López.

—Tomo nota. La buscaré por Internet.

—Verás que tengo razón —comento orgullosa.

—Te creo, cariño, te creo. —Me besa.

Christopher

Después de un día agotador, solo quiero llegar a mi departamento y darme una ducha. Lo paso de reunión en reunión con socios y nuevos clientes. Aunque me habría gustado pasar el resto de la tarde junto a mi chica, ya que me vi obligado por ella misma a regresar a mi departamento a descansar.

Finalmente, cuando abro la puerta y entro, voy a la cocina para sacar de mi pequeño botiquín una pastilla para el dolor de cabeza. Saco también del gabinete un vaso y voy al fregadero a llenarlo con agua. Me la tomo y espero a que haga efecto, mientras dejo el vaso a un costado. Después de ello, me dirijo a mi habitación para tumbarme sobre la cama.

Toda mi tranquilidad se ve interrumpida cuando suena mi teléfono. No me fijo en quién me está llamando, así que solo contesto con algo de desgana.

—¿Hola?

—Hola, hijo. ¿Cómo estás?

—¡Mamá! ¡Qué sorpresa escucharte! Estoy muy bien. Y ustedes, ¿cómo están?

—Todos muy bien, cariño. Gracias por preguntar.

—Bueno, mamá, y a qué debo tu llamada.

—Estamos tan contentos por ti, hijo mío, que queríamos invitarte a ti y a tu novia a una cena en casa el fin de semana.

—Guau, me halagan. Me encantaría ir. Voy a comentarle a Ashlee y te llamo para confirmar ¿de acuerdo?

—Por supuesto, hijo. Anhelamos verte. Hace mucho no vienes por casa.

—Lo sé, mamá, también los extraño.

—¡Entonces, amor, no se hable más! Te vienes este fin de semana y nos traes a tu chica. Deseamos conocerla.

—Lo prometo. Allí estaremos.

—Los esperamos. Me tengo que ir, amor, papá me necesita.

—Dale mis saludos, por favor. Los amo.

—Y nosotros a ti, mi cielo.

Varios días han pasado desde que hablé con mis padres. Los extraño mucho. Hace ya un buen tiempo que no he podido ir a visitarlos, porque siento que la empresa consume mi tiempo. Así que de todas maneras iré a verlos. Y si Ashlee acepta acompañarme, este viaje será mucho mejor.

Ashlee

—Cariño, necesito que vengas un momento.

—Enseguida voy —digo y cuelgo el teléfono que me comunica con Chris. Llevo mi libreta y lapicero en caso de que necesite que haga algo importante.

Me encamino a su oficina.

—Pasa —expresa cuando toco la puerta.

—Permiso —contesto al entrar—. ¿Necesitas algo?

—Sí —responde, mirándome serio—, necesito que reserves este fin de semana para mí, porque nos iremos de viaje.

—¿Cómo dices? Que yo recuerde, no tienes nada agendado para el fin de semana —menciono, revisando mis apuntes.

—Lo sé. Es solo que algo surgió a última hora y necesito que me acompañes.

—Está bien. ¿Qué día nos iremos?

—De jueves a domingo. Y por la oficina no te preocupes, ya dejé a Michael y a su secretaria Sandra al tanto. Ellos se harán cargo.

—Bueno, veo que ya tienes todo controlado, así que no me queda más que aceptar este viaje.

—Deberás hacerlo, amor —manifiesta muy seguro, levantándose de su escritorio y acercándose a mí—, porque este viaje es importante para mí y tú debes ir conmigo. Quiero... que conozcas a mis padres.

Acaso, ¿está hablando en serio?

—¿Es en serio? —pregunto todavía sin creerlo.

—Sí, amor. Este será un fin de semana especial. Ayer mi madre me llamó para invitarnos a comer a la casa. Así que nos tomaremos el fin de semana.

—Cariño, no estoy segura. Yo... Acaso, ¿no es muy pronto?

—Tranquila, todo irá bien, lo prometo.

—Está bien —me rindo—, qué tan malo puede ser.

Christopher me abraza de inmediato. Es increíble que con tan solo un abrazo suyo todo a mí alrededor se calme.

Ansiaba conocer más acerca de mi jefe, así que ya estoy nerviosa por lo que pueda llegar a suceder este fin de semana.

Trato de no pensar demasiado. Las pocas veces que hemos hablado de sus padres, siempre me ha dicho que son personas muy sencillas y amorosas.

—¿Quieres ir a cenar después del trabajo?

—¿Dónde quisieras ir?

—La verdad, pensaba hacer algo en casa. Estoy feliz porque aceptaste, por lo que se me antoja cocinar algo para ti.

¡Guau! Siempre he considerado que un hombre que cocina es muy sexy, así que feliz acepto la invitación.

—Me parece bien. Me gusta tu idea.

—Perfecto. Entonces, terminemos rápido para que podamos irnos. Ya tengo pensado qué cocinaré para mi chica.

Me sonrío como siempre, y yo siento que ya me derrite. Nos besamos dulcemente y nos despedimos, al menos, por un rato, para que ambos concluyamos nuestros asuntos y así podamos marcharnos pronto.

Capítulo 18

Salimos de la oficina y nos dirigimos al estacionamiento para subirnos a su auto. Me encanta pasar tiempo con Christopher fuera de la oficina. Algunos dirán que es agotador, ya que nos toca vernos en el trabajo todo el día, pero ahí nos enfocamos en trabajar, y cuando ya terminamos, nos dedicamos a ser novios como corresponde.

—¿Y qué cocinarás para mí? —inquiero mientras vamos camino a su departamento.

—Es una sorpresa y... De los pocos platos que sé cocinar, estoy seguro que este te encantará.

—¡Sorpréndeme!

—Eso haré. —Se gira para guiñarme el ojo y luego vuelve su atención hacia el frente.

Seguimos conversando de variados temas hasta que me decido a encender la radio del auto para escuchar un poco de música. No encuentro nada que me guste, así que solo termino apagándola. Por un momento, apoyo mi cabeza en la ventana del vehículo y me relajo. De pronto, percibo una mano que me acaricia el cuello de forma suave, pero continua, provocándome una sensación de absoluta relajación.

—Gracias, se siente maravilloso.

—De nada, preciosa. Todo lo mejor para ti.

—¿Por qué eres tan dulce conmigo?

—¿Será que tengo mucho para darte? —me responde con otra pregunta.

—Espero que sí.

—¡Por supuesto que sí! Acaso, ¿dudas de mí?

—¡No, no! Claro que no.

—Eso espero.

No decimos más hasta que afirma convencido:

—Te quiero.

Me separo de la ventana para mirarlo.

—Y yo a ti.

Posteriormente, toma mi mano y la besa con suavidad.

—¡Y llegamos!

Mi chico apaga el motor y sale del auto para rodearlo y ayudarme a bajar. Una vez fuera, caminamos al ascensor, el que nos lleva directamente a su piso.

Apenas se cierran las puertas, Chris me abraza dulcemente, como si no quisiera que este momento acabara.

—Siento que hoy será una gran noche.

—Creo lo mismo —respondo feliz.

—¡Esto está realmente delicioso! —exclamo entusiasmada.

—Te dije que te gustaría —asegura mi novio de modo orgulloso.

—Es que, definitivamente, eres un muy buen chef.

—No creo que lo sea, pero me halaga el que lo pienses.

—Estoy para ayudarte y, por supuesto, para alabarte —le guiño el ojo—, es una gran cena.

—Prometo darte muchas más.

—Te cobraré la palabra.

—Feliz estaré de pagarte —comenta, lanzándome un beso.

Estamos ya terminando de cenar y ambos tomamos nuestras copas de vino.

—Por nosotros —brinda Christopher, mirándome a los ojos.

—Por nosotros —le respondo contentísima.

Después del brindis, Chris se levanta para rodear la mesa y ayudarme a levantar de mi silla. Me mira como si analizara cada parte de mi rostro, como si tratara de averiguar qué dice mi semblante. Por mi parte, hago lo mismo, ya que el cariño y amor que siento por él es tan grande que, a veces, me asusta sentirlo, ya que sé, perfectamente, que todo ha sido rápido y repentino. Pero cuando estoy con él es como si todo en mí encajara.

—Te amo —escucho que dice, interrumpiendo mis pensamientos.

Es la primera vez que lo manifiesta. No creo que él pueda sentir lo mismo que yo tan rápido, pero de todas maneras me alegra escucharlo.

—Yo también te amo —le contesto.

—No imaginas lo feliz que me haces cuando lo expresas.

—Y yo soy feliz si eres tú el que está a mi lado.

—Mientras tú lo permitas, así será.

Dicho esto, me ataca, pero no es un ataque cualquiera, sino que me está asaltando con su boca, la cual me besa y me besa sin que yo alcance a definir si lo hace con amor o con posesión. Lo que sí noto, mientras le respondo aquel beso, es que está dándome, al parecer, su máxima declaración de amor.

Varios minutos pasan y advierto que se mueve por alguna parte de su departamento, no sé a dónde me lleva, ya que me besa sin parar. Además, ninguno desea que se separen nuestras bocas.

Entramos a una habitación y, al cabo de unos segundos, me deja caer sobre algo blando. Asumo que estamos en su dormitorio. Deja de besar mi boca para seguir haciéndolo por mi mandíbula, mis mejillas, oídos y cuello. Suaves caricias que comienzan a surtir efecto en mí, porque siento un cosquilleo en la zona baja de mi vientre.

No hay que ser adivina para entender qué es lo que viene a continuación. Por lo cual, no me opongo, porque yo también anhelo que suceda.

De a poco, siento que mi novio me ayuda a sacarme la chaqueta del traje que traigo puesta. Él también lo hace con la suya, dejando la ropa tirada en alguna parte de la habitación; la verdad, no me fijo dónde y tampoco me importa. Comienza a

desabotonar mi blusa y cuando termina, besa y lame suavemente la zona de mi escote. Gimo en respuesta a su tacto, porque se siente maravilloso, advirtiendo que él sonrío como respuesta.

De pronto, el sonido un teléfono que se oye desde la sala nos interrumpe, por lo que nos vemos obligados a separarnos. Ambos soltamos un suspiro.

—Parece que es mi móvil el que suena. Debo contestar.

Corro a la sala para atender la llamada, mientras Chris viene tras mis pasos. Justo antes de hacerlo, ésta se corta, por lo que recurro a la lista de llamadas perdidas. Es mi madre.

A pesar de ser cercanas, muchas veces no podíamos llamarnos, ella por su deber de cuidar a mi hermana y yo por el trabajo. Así que no dudo y le marco.

—Hija, que bueno que me llamaste enseguida. —Su voz suena afligida.

—Mamá, ¿qué sucede? ¿Le pasó algo a Mel? —pregunto preocupada. Christopher lo nota y me abraza.

—Sí... se puso mal... está en el hospital.

—¡No! ¿Qué pasó? ¿Está bien?

—No lo sé. No me han dicho nada aún. Creo que pudo haber tenido una recaída.

—Tranquila, ¿sí? Iré para allá de inmediato.

—Te necesitamos. A ella le hará bien verte.

—Vamos enseguida. —Miro a Chris, quien asiente.

—¿Vamos? ¿Por qué hablas en plural?

—No te había dicho antes, pero tengo novio, mamá.

—Me alegro por ti, hija. Pero, por favor, vengan rápido. No creo poder estar tranquila con tu hermana aquí y en ese estado.

—Descuida. Nos vemos pronto. Te quiero.

—También yo, hija. Los espero.

Al colgar, una lágrima escapa de mi ojo, resbalando por mi mejilla. Christopher la besa. No quiero llorar, pero mi hermana está en el hospital y yo no estuve cerca en ese instante para apoyarla. Sin dudarlo, iré para estar con ella ahora mismo.

Mi novio me abraza y con eso logra que sienta un poco de calma ante la inesperada noticia.

—No te preocupes. Déjame hacer unas llamadas y nos iremos enseguida.

—Gracias. No sé qué haría sin ti.

—No tienes que dármelas, amor, estoy para lo que necesites. Ya regreso.

Se aleja unos metros de mí cuando lo veo llamar por teléfono. Solo atino a dejarme caer en el sofá.

Espero que nada le pase a mi hermana. Es por ella que estoy aquí. No quise irme de casa y dejarlas sola, pero no tuve más opción. Creí que podría trabajar en una empresa, como la de Christopher, para ayudar a solventar los gastos de casa.

Siguen cayendo lágrimas por mis mejillas. Estoy demasiado afectada como para que eso me importe. No me doy cuenta cuando ya tengo a Christopher a mi lado, de regreso, tratando de calmarme y susurrarme que todo va a estar bien.

—Será mejor que nos vayamos.

—Pero, ¿y la empresa?

—Tú tranquila, no te preocupes por eso. Michael se hará cargo en nuestra ausencia hasta que volvamos.

—De acuerdo.

No puedo más de la angustia.

—Vamos a arreglarnos. Mi avión privado nos espera en el aeropuerto.

—Está bien.

Nos levantamos mientras me dirijo al baño, al tiempo que Chris va a su habitación. Una vez que cierro la puerta, me acerco al lavabo y miro mi reflejo en el espejo. Tengo mi cabello suelto y algo enredado. Mi maquillaje corrido por mi llanto, y para qué hablar de mi labial. Tomo una toallita húmeda, de las que están a mi lado, y la paso por mi cara, limpiándome. Quedo sin ningún rastro de maquillaje. No me importa que Chris me vea así. No estoy de ánimos para arreglarme. Por lo tanto, me peino el pelo y me lo amarro con una coleta.

Me admiro nuevamente en el espejo y ahora ya estoy más decente. Abrocho mi blusa y la acomodo, ya que quedó algo arrugada, por lo que tendré que cambiarme de ropa en algún momento.

—¿Todo bien, cariño? —pregunta Chris desde el otro lado de la puerta.

—Sí, amor, ya estoy lista. Salgo en un instante.

Me contemplo otra vez en el espejo, dando un leve suspiro, deseando que todo esté bien con mi hermana. Me alejo del lavabo y abro finalmente la puerta para salir. Christopher me mira preocupado.

—¿Te encuentras bien? —formula, abrazándome.

—Estoy ansiosa por saber qué pasa, y muy preocupada por mi madre. No quiero dejarla sola ahora.

—Tranquila, ¿sí? Estaré siempre contigo.

—Gracias. —Se acerca a mí y me besa de una manera muy suave y dulce, como si no tocara mis labios.

—Debemos irnos.

Nos separamos y cada uno toma sus cosas. Caminamos a la salida, mientras él se ocupa de cerrar su departamento. Luego de ello, avanzamos al ascensor. Mi novio no me suelta en ningún momento y lo agradezco, ya que si no lo hace, siento que desfalleceré.

—Tranquila. Todo va a estar bien. Lo prometo.

Lo único que puedo hacer es entregarle una sonrisa que más parece una mueca. Realmente, estoy preocupada. Por venir a trabajar a Adams Inc., dejé mi casa para tratar de darles tanto a mi madre como a mi hermana un futuro mejor. Hasta este momento lo estoy logrando, ya que casi la mitad de mi salario se los envío mensualmente, y con esa cantidad sé muy bien que pueden estar tranquilas viviendo. No creo que mi adorada Melissa pueda tener alguna recaída. Dios, la angustia me carcome.

Estoy tan metida en mi pequeña burbuja de preocupación, que no me doy cuenta cuando estoy siendo dirigida por Chris hasta su auto, solo logro reaccionar

cuando siento que me coloca el cinturón de seguridad. Luego de ello, sube al coche, conduciendo rumbo al aeropuerto.

—Necesito llamar a mi madre. Quiero saber que ha pasado. —Busco mi celular por alguna parte de mi bolso hasta que lo encuentro para efectuar la llamada.

—Hija, ¿ya vienen en camino? —contesta rápidamente.

—Sí, mamá. Estamos por despegar.

—Qué bueno. Ya no doy más de la angustia.

—¿Te han dicho algo los médicos?

—Sí, que Mel está delicada. De acuerdo a unos análisis que le han hecho, la quimioterapia, al parecer, no está haciendo efecto.

—¿Qué?! ¡No puede ser!

—Llega rápido, hija. Te necesito.

—Trata de estar en calma, por favor. Ya estoy en camino.

Nos despedimos apresuradamente, cuando siento como el avión comienza a encender sus motores.

Pobre de mi hermanita, solo es una niña como para tener que pasar por todo esto. Siempre me ha demostrado que es una chica fuerte. Por lo tanto, sé que saldrá de ésta. Tengo esperanza de que así será.

Chris me mira y está algo complicado. Creo que nunca ha tenido que pasar por algo así. Intenta confortarme, mantenerme tranquila, y eso se lo agradezco muchísimo, ya que necesito que me dé fuerzas para no derrumbarme, porque sé que en cualquier segundo me pondré a llorar sin que logre parar de hacerlo.

Me recuesto en el pequeño sillón del avión y miro por la ventanilla, deseando que todo esto no sea más que una horrenda pesadilla.

Christopher

Me siento algo inútil. Debería estar consolando a mi novia, pero como nunca he pasado por algo como esto, mi mente se bloquea.

La angustia de Ashlee por su hermana y su mamá se ha convertido en la mía hacia ella.

—Jessica —llamo a la asistente de vuelo.

—¿Dígame, señor?

—Necesito que traigas un té para mi novia, por favor.

—Sí, señor Adams. Enseguida se lo llevo. —Veo que se aleja y va a la pequeña cafetería del avión.

—Cariño, le he pedido a Jessica que te traiga un té, ¿está bien?

—Sí, gracias.

—Ven conmigo. —Me levanto y tiendo mi mano hacia ella. Algo dudosa reacciona, dejando que la guíe a la parte de atrás, donde se halla un sofá de cuero de color marrón. Me siento en el medio y hago que Ashlee se siente en mis piernas. La rodeo con mis brazos y la acerco a mí, besándole la cabeza para tenerla en calma. Ella solo se deja querer, y al cabo de un par de minutos, llega Jessica con el té.

—Ash, toma el té, por favor. Te hará bien.

Se separa de mí mientras Jessica se lo acerca.

—Gracias —dice cabizbaja, tomando el primer sorbo.

—De nada, señorita. Por favor, si necesitan algo más solo avísenme.

—Por supuesto, Jessica. Gracias, puedes retirarte —le respondo.

La azafata se aleja y vuelvo a quedar solo con Ash. Me parte el corazón verla así. Nunca la he visto tan triste. Después de un instante, le pregunto:

—¿Te sientes bien?

—Sí. El té me ayuda a calmar un poco mis nervios. Solo me surgió una duda mientras lo hacía.

—Tú dime.

—No hicimos equipaje. ¿Cómo nos cambiaremos de ropa?

—No te preocupes por eso. Cuando ya estemos con tu madre me encargaré de eso.

—*Okay*. Solo espero que podamos llegar rápido.

Deja la taza vacía en la pequeña mesita que se encuentra al lado del sofá, vuelve a mi lado y me abraza brevemente. Se acomoda entre mis brazos, acercando mi rostro al suyo. Sé de sobra que quiere besarme, yo también deseo hacerlo, pero no voy a propasarme ni nada, solo quiero que se sienta segura a mi lado.

Me mira y le sonrío brevemente, para luego con delicadeza tomar su rostro y acercarlo más a mí. Nuestras respiraciones se mezclan y nuestros labios se unen. Aunque el roce es leve, ninguno pone intensidad en el beso, ella porque sabe que quiere sentirse segura a mi lado y yo porque ansío protegerla lo que el tiempo a su lado me lo permita.

Ni siquiera ocupamos nuestras lenguas, solo nuestros labios se unen de una manera dulce y tranquila. A pesar de las circunstancias que nos llevaron a este beso, estoy feliz de tenerla así de cerca. Pero, de pronto, nos vemos interrumpidos por Jessica.

—Disculpe, señor. El piloto me informa que ya estamos por aterrizar. Necesita que vuelvan a sentarse en los sillones para que se coloquen los cinturones, por favor.

—Sí, Jessica. Muchas gracias.

Ashlee se levanta y yo hago lo mismo para llevarla de regreso y esperar el aterrizaje.

—Buenas noches, señorita. Necesito saber dónde está la paciente Melissa Thompson —le digo a la recepcionista del hospital.

—Buenas noches. Un momento, por favor —teclea en la computadora y luego vuelve su vista a nosotros—. La paciente Melissa Thompson se encuentra en la zona de Terapia Intensiva en la habitación 503. Quinto piso.

—Muchas gracias. ¿Por dónde podemos ir?

—Deben tomar el ascensor hasta el quinto piso y luego doblar a mano izquierda y llegarán.

—Perfecto. Gracias de nuevo —desvió mi mirada hacia Ashlee—. Vamos, cariño.

La llevo conmigo hacia el ascensor. Aprieto el botón y entramos.

—Sé que ya te lo he dicho, pero te pido tranquilidad, por favor. Creo que a tu madre le hará mejor si te ve bien y en calma.

—Lo sé. Tienes razón. Lo que sucede es que estoy muy preocupada. Todo el esfuerzo que hicimos, al parecer, no ha servido de nada.

Nos vemos interrumpidos cuando suena el ascensor indicando que ya hemos llegado. Sigo manteniendo abrazada a Ashlee cuando entramos a la zona de Terapia Intensiva. Al abrir la puerta llegamos a la sala de espera, por lo que asumo que la puerta del fondo lleva a las habitaciones. Solo hay en ese lugar un par de personas, y en una esquina, llorando, está una señora rubia.

Ashlee la reconoce de inmediato.

—¡Mamá! —La señora alza la cabeza y mira en nuestra dirección.

—Hija mía, qué bueno que llegaron.

Se acercan y se funden en un abrazo. Por lo que advierto, llevan algún tiempo sin verse. Se separan luego de un momento cuando noto que la mamá de Ashlee se limpia las lágrimas del rostro y mira dulcemente a su hija.

—Gracias al cielo estás aquí.

Su hija le sonrío.

—A mí también me alegra verte, mamá. Tengo que presentarte a alguien.

Se gira hacia mí y me indica que me acerque. Me he mantenido al margen mientras se saludaban, pero ahora voy acercándome hasta que Ashlee, delicadamente, toma mi mano.

—Mamá, quiero presentarte a mi novio. Su nombre es Christopher Adams.

—Un gusto, señora —digo, abrazándola brevemente.

—Un placer, Christopher. Lamento que el momento no sea el mejor para conocernos. Pero, por favor, dime Ellen.

—De acuerdo, Ellen, como gustes. A decir verdad, concuerdo contigo. —Le sonrío tratando de que no esté triste porque su hija está aquí internada.

—¿Qué ha dicho el médico, mamá?

—Lo poco que me ha podido explicar, porque le siguen haciendo exámenes. La leucemia ha avanzado rápidamente. Las quimioterapias no le han hecho efecto alguno.

—¡Por Dios! No lo puedo creer.

—Estoy demasiado nerviosa, Ashlee. Todavía no he podido verla.

—Calma, mamá. Mel es fuerte, sé que podrá salir de ésta.

—Dios te escuche, hija.

Se abrazan otra vez, estrechándose cálidamente. Estoy seguro que ambas lo necesitan. Se sienten pasos por el pasillo y luego se abren las puertas del fondo.

—¿Familiares de Melissa Thompson?

Capítulo 19

Ashlee

— ¿Familiares de Melissa Thompson?

Escuchamos que nos llaman, por lo que nos separamos. Vemos al médico, que seguro es quien está a cargo de mi hermana, por lo que mi mamá y yo nos apartamos y miramos para dilucidar a quien fue que llamó.

—Nosotros, doctor —dice Chris ante el silencio de mi madre y el mío.

—Verán... la situación de Melissa es delicada —comenta, acercándose a nosotros—. Realizamos los exámenes correspondientes y hemos concluido que la quimioterapia que se le estaba realizando solo tuvo efecto los primeros meses. Luego su cuerpo no siguió el proceso normal, por lo que en este momento está bastante débil. En consecuencia, es necesaria una operación de médula ósea lo antes posible.

—¡Oh, Dios Mío! —exclamo sorprendida mientras mi madre me abraza y comienza a llorar—. ¿Podemos verla, doctor?

—Estoy haciendo que la trasladen de habitación. No se preocupen, haré que pronto les avisen.

—Gracias. Esperaremos —agradece Chris en respuesta.

—Con su permiso, me retiro.

—Adelante.

No puedo creer lo que pasa con mi hermanita. Ella siempre ha sido tan luchadora, tan alegre ante la vida, a pesar de lo que le ha tocado experimentar, dándole fuerzas a mi madre para que no estuviera triste, y a mí para que estuviera tranquila, no importando la distancia que nos separa.

No me imagino cómo debe de estar o lo que debe sentir en este minuto. Daría lo que fuera para que ella no estuviera así, ni aquí en el hospital.

No quiero llorar, al menos no frente a mi madre. Necesito ser fuerte para ella y también por Melissa, estoy segura que no le gustaría vernos así.

—Calma, mamá, todo irá bien. Ya lo verás.

—¿Cómo estás tan convencida? Ya escuchaste lo que dijo el médico. Lo más seguro es que necesitemos un trasplante de médula ósea para tu hermana.

—Sí, mamá, escuché lo que dijo el médico, pero, por favor, mantente en calma, te aseguro que a mi hermana no le gustaría verte así.

—Sí, hija, tienes razón. Al menos, estoy contenta de que ya estés aquí conmigo. Bueno, en realidad ustedes dos —se corrige mirando a Chris.

—Descuide, Ellen. Estaremos todo el tiempo que sea necesario.

—¿Cómo dijiste que era su apellido, hija?

—Soy Christopher Adams, Ellen.

—¿Adams? ¿Esa no es la empresa donde trabajas?

—Sí, mamá. Christopher es mi jefe y el dueño de la compañía.

—¡Hija! No lo puedo creer.

—Ellen, tranquila, que lo que tenemos su hija y yo no es la historia cliché donde el jefe se involucra con su secretaria donde... usted sabe —explica calmando el susto de mi madre, mientras me abraza y besa la cabeza—, yo a su hija la quiero de verdad.

—Solo espero que sean felices.

—Le aseguro que es lo que más quiero —le promete mi novio.

—Señores. —Somos interrumpidos por el médico.

—Díganos, doctor —responde mi madre en el acto.

—Ya la hemos trasladado a una habitación para que puedan verla. Está en la 721. Deben volver al ascensor y subir al séptimo piso. Luego de ello, giran a la derecha.

—Muchas gracias, doctor... —acoto, preguntándole su nombre para agradecerle.

—Soy el doctor Raymond Phillips. Más tarde pasaré a ver a Melissa. Ya pueden ir a verla.

—Gracias, doctor Phillips —Christopher lo despide y se lo lleva a un costado para hablar un momento con él.

—Vamos, mamá. Vamos a ver a Mel.

—Sí, hija, por supuesto. Ya quiero ver a mi niña.

—Te aseguro que ella también querrá verte.

Vamos abrazadas hacia el ascensor, cuando me volteo hacia Christopher, alzando la mano para indicarle que iremos hacia arriba. Él entiende mi gesto, haciéndome señas, diciéndome con ello que dentro de poco nos alcanzará.

Aprieto el botón del ascensor y al cabo de un minuto la puerta se abre. Entramos y comenzamos a subir al piso siete. Puedo ver que mi mamá ya se encuentra tranquila al saber que nuestra Melissa está bien. Pequeñas sonrisas de alivio brotan desde sus labios. Estoy feliz por ella, ya que sé lo que ha pasado junto a mi hermana para salir adelante.

Un instante después, se abre el ascensor y nos encaminamos según las indicaciones del médico. Buscamos la puerta 721 hasta que damos con ella. Mamá se separa de mí y abre la puerta para entrar. Yo lo hago detrás de ella.

Christopher

—Gracias, doctor Phillips —le agradezco y en silencio lo llevo a un costado de la sala. El médico entiende y me sigue.

Me giro hacia donde estábamos hace solo un minuto cuando Ashlee invita a su madre para que vean a Melissa. Se devuelve un momento hacia mí, señalándome que irán donde su hermana. Le respondo manifestándole que entendí el mensaje, haciéndole saber que luego las alcanzaré.

—Bueno, doctor, necesito, por favor, que me dé más detalles acerca de Melissa, tanto su hermana como su madre se encuentran muy nerviosas con todo esto.

—De acuerdo, ¿señor...?

—Christopher Adams.

—Señor Adams, como les expliqué con anterioridad, la situación es bastante compleja y todos los que hemos estado verificando los análisis que le hemos practicado a la paciente, estamos sorprendidos. No es común ver un retroceso como el que hemos visto en ella.

—¿Y eso qué implica?

—Lo más seguro es que debemos realizarle un trasplante de médula ósea. Y para que todo resulte de manera efectiva debemos hacerlo con familiares directos, ya sea un padre, una madre o bien, sus hermanos.

—Entiendo, doctor.

—En caso extremo, si ninguno de ellos es compatible para el trasplante, se puede hacer con alguna persona que cumpla con las condiciones que se necesitan para llevarlo a cabo.

—Entiendo —vuelvo a decir.

—Señor Adams, ya debo retirarme. Quiero seguir chequeando los resultados de Melissa antes de pasar por la habitación a verla.

—No se preocupe, doctor. Otra cosa que quería pedirle, por favor, que carguen todos los gastos del hospital a mi cuenta. Como ya le expliqué, la familia de Melissa no se encuentra del todo bien, por lo que yo me haré cargo de todo.

—Ningún problema, señor Adams. Lo acompaño entonces a recepción para arreglar el papeleo.

Ya tengo todo listo. Todos los gastos correrán por mí. Veo como están de afligidas tanto Ash como Ellen, y por lo mismo no quiero que tengan que preocuparse por nada, solo de la salud de Melissa.

Subo en el ascensor a verlas y para conocer a la hermana de mi novia. Espero que todo vaya bien de ahora en adelante. Por lo que me ha contado Ashlee, desde que falleció su padre todo ha ido cuesta arriba para ellas.

El ascensor suena y hace que me olvide de todo, brevemente. Salgo de este y sigo las indicaciones del médico. Llego a la puerta y toco para poder entrar. Lo único que se escucha desde el interior son unos murmullos que luego se transforman en silencio, hasta que siento pasos cerca de la puerta y veo que se abre.

—Cariño, por fin llegas. Ven.

Es Ashlee quien me invita a entrar, tomándome de la mano y, al parecer, todo va bien con Melissa.

—Mel, hermanita, quiero presentarte a alguien.

—¿Sí? ¿A quién?

—Este chico guapo que ves aquí es mi novio —manifiesta, mirándome con una sonrisa algo boba en su cara, pero que la hace ver adorable.

—¿Tu novio? ¿Por qué no me habías contado antes? ¿Tú sabías, mamá? — formula esto último mirando a su madre.

—No, Mel. De hecho, me lo presentó hace un rato, luego de que te trajera para acá.

—Sí, hermana. Iba a contarles pronto, pero la situación ameritaba que lo hiciera, aunque no fuera la mejor para presentarlos.

—Bueno y... ¿es mudo que no ha hablado nada?

—No, Melissa —digo finalmente—, no soy mudo. Solo esperaba que terminaran para presentarme. Soy Christopher, pero puedes decirme Chris.

—Hola Chris, soy Melissa, como ya sabes, pero solo dime Mel. Soy la hermana menor de Ash.

—Él ya lo sabe, mi cielo.

—Lo sé, mamá, pero aun así quería presentarme por mi cuenta.

Ashlee trata de contener la risa, tapándose la boca.

—Descuide, Ellen. No hay problema.

—¿Ves, mamá? A Chris no le molesta. Me alegro por ustedes. A pesar de como estoy ahora, estoy feliz, porque hace mucho no veía así de contenta a mi hermana.

—Gracias, Mel —comenta Ashlee.

—Mmm, cariño... necesito decirte algo un momento —le expreso a Ash.

—Ya volvemos —responde ella, hablándole a su madre.

—Vayan tranquilos, que de aquí yo no me muevo.

La conduzco fuera de la habitación esperando que cierre la puerta antes de dar inicio a la charla.

—¿Qué sucede, amor?

—Solo quería decirte que ya tengo todo arreglo. Me encargaré de los gastos médicos de tu hermana.

—Cielo, no puedo aceptarlo.

—Ya tengo algunas cosas cargadas a mi cuenta y todo lo que se necesite realizar más adelante con Melissa, también se agregará.

—No sé qué decirte, amor. No me esperaba esto, yo...

—Cariño, no quiero que tú ni Ellen se preocupen por esto. Veo y sé que lo más importante para ustedes, en este momento, es que Melissa esté bien.

—Gracias, amor. Esto significa mucho para mí.

Me tropiezo un poco hacia atrás, luego de que mi novia me abraza efusivamente. Está claro que sonrío de alegría.

—Descuida, cariño. Sabes que te ayudaré en todo lo que sea posible.

—No sabes lo feliz que estoy de que estés aquí conmigo.

—Estoy y estaré siempre que lo necesites. Recuérdalo —le toco la punta de la nariz como si fuera una pequeña niña—, pero hay algo más que quiero decirte antes de que lo haga el médico.

—¿Pasa algo con mi hermana?

—La verdad es que los exámenes que le hicieron a Melissa solo arrojan un resultado final —se lo comento mirándola a los ojos—. El trasplante es necesario, Ash.

—Por Dios, es verdad —contesta, llevándose una mano a la boca—, ¿pero cómo se puede hacer?

—Lo más seguro, según el médico, es que el trasplante deba hacerse con algún familiar directo que sea compatible. Algún padre, madre o hermanos.

—O sea que... ¿la vida de mi hermana depende de mi madre o de mí?

—Así es, cariño.

—¿Y si no somos compatibles?

—Ya buscaremos la solución. De acuerdo al doctor Phillips, la última opción es operarla gracias a la donación de la médula ósea de alguien que no sea familiar directo, pero que sí cumpla con las condiciones como para ser un donante.

—¿Y si debemos llegar a esa opción? ¿Cómo ubicaremos a alguien compatible?

—Ash, calma. Si es necesario, moveré cielo, mar y tierra para encontrar a esa persona.

—Dame fuerzas, Dios mío.

—Tranquila, cariño. Pensemos en positivo por tu hermana. Ella no necesita verte angustiada.

—Lo sé, es que no pensé encontrarnos en esta situación al estar aquí.

—Te entiendo. Veo que no es fácil, pero saldremos adelante. Ahora no hagamos esperar más a tu familia y volvamos a estar con ellas.

—Sí, vamos.

Nos separamos y volvemos a entrar en la habitación.

Melissa sigue tan animada a pesar de su estado, lo cual me alegra bastante, ya que es ella, finalmente, la unión de las Thompson.

—¿Y ya saben cuándo podré regresar a casa?

—Todavía no nos han confirmado nada, hermanita. Debes, primero, recuperarte del todo para que puedas volver.

—Entiendo. Espero mi cuerpo quiera ayudar. Ya sabes que no me gustan mucho los hospitales.

—Lo sabemos, hija.

—Por mi parte, te prometo que cuando salgas pasará mucho tiempo antes de que regreses nuevamente —le aseguro en señal de promesa.

Haré hasta lo imposible para ayudar a Ash y a su familia. Habría que estar ciego para no ver cuánto se adoran la una a las otras. Ashlee está conmigo y todo lo que le pasa a ella también me involucra a mí.

El solo hecho de pensar que el lugar de Melissa fuera ocupado por mi hermano Steve o mi hermanita Alice, nos tendría como familia, totalmente devastados. No hay ninguna duda que las ayudaré.

Con solo llevar unos cuantos minutos de conocerla, me es fácil ver que Melissa es una niña llena de alegría y de vida. Simplemente, no es justo lo que pasa con ella. Espero, sinceramente, que toda esta pesadilla termine muy pronto.

—Ya regreso, cariño —le digo a mi novia en un susurro—, debo hacer unas llamadas.

—De acuerdo, no te tardes.

—No lo haré, lo prometo.

Ashlee

Veo cómo sale Chris de la habitación y me imposible no esbozar una sonrisa en mi boca. Soy una mujer afortunada al tener a este hombre junto a mí.

—Sí que te pegó fuerte el amor, hermana —escucho que se burla Mel.

Me giro hacia ella para responderle.

—Estoy feliz. No pensé que mi amor por él sería tan fuerte.

—Me alegra verte feliz. Después de Scott, lo mereces.

—Vengan aquí, mis niñas. Un abrazo de grupo. —Como mi hermana está en la cama semi-sentada somos mamá y yo quienes nos acercamos para el abrazo.

Un par de minutos después, un carraspeo nos interrumpe.

—Lamento interrumpir este hermoso abrazo, pero vengo a ver a la paciente.

—Díganos, doctor —expresa mi madre.

—Bueno, Melissa está mejor, esto a causa de los medicamentos que le hemos suministrado, pero no podemos mantenerla medicada por siempre. Debemos realizar el trasplante de médula ósea lo antes posible —nos recuerda.

—¿Debemos hacernos exámenes, doctor?

—Así es. Para que los trasplantes tengan un mayor éxito debe ser realizado con familiares directos. Les recomiendo vayan a descansar y estén aquí mañana temprano. Así chequearemos si son compatibles con Melissa.

—Está bien, doctor. Tiene razón. Vamos a casa, hija.

—Sí, mamá. Sera mejor que nos vayamos.

—Promete, hija —dice mirando a Mel—, que cualquier cosa nos avisarás.

—Tranquila, mamá. Cualquier cosa que necesite solo debo apretar este botón —nos explica señalando un aparato conectado a unos cables—, y las enfermeras o el mismo médico vendrán a verme.

—No se preocupe, señora. Cualquier cosa que suceda las llamaremos.

—De acuerdo.

Mi madre se acerca a Melissa y se despide otorgándole un abrazo y un beso. Espero que se aparte para hacerlo de la misma manera.

—Todo estará bien, hermanita.

Una vez afuera de la habitación, el doctor Phillips promete estar mañana temprano para los exámenes, y luego de ello se despide de nosotras.

Abrazo a mi madre y le prometo que todo irá bien, pero de pronto, una voz grave y carrasposa que reconocería en cualquier parte nos interrumpe.

—¿Todo bien?

—Sí, cariño. El doctor nos hará unos exámenes mañana para chequear si somos compatibles o no con mi hermana.

—Debemos irnos a casa para estar aquí temprano —complementa mi madre, saliendo del edificio, junto a nosotros, hasta que se detiene de forma inesperada—. Yo vine en la ambulancia con tu hermana, ¿cómo iremos a casa?

—Tranquila, Ellen, renté un auto antes de llegar aquí. Está en la entrada del edificio. Vamos.

—Me alegro. Si no, sería imposible llegar pronto.

Caminamos hacia fuera del hospital y al cabo de un momento, Chris levanta levemente el brazo para desactivar la alarma del vehículo y así entrar, abriendo también las puertas del lado del copiloto.

—Señoritas... —nos invita a subir.

—Gracias, eres muy amable —le señala mi madre, quien se sube al asiento de atrás. Apoyándose en el respaldo, cierra los ojos y suspira, seguramente pidiéndole apoyo a mi padre desde el cielo.

—Todo estará bien, amor —me tranquiliza mi novio y me abraza. Estar así es mi lugar favorito en todo este mundo.

—¿Y qué pasa si no somos compatibles?

—No pienses en eso ahora. Solo vamos a casa de tu madre a descansar y mañana se verá lo demás.

—Está bien —respondo luego de un breve suspiro.

Cuando ya nos disponemos a marchar, Chris manifiesta:

—¿Y bien? Ustedes díganme el camino.

Hecha a andar el motor y mi madre le va dando las indicaciones sobre cómo llegar a casa.

Luego de unos treinta minutos, por fin llegamos.

—Bueno, chicos, me voy a descansar.

Mi madre se despide, dejándonos a solas, subiendo por las escaleras.

—Estoy asustada.

—No lo estés. —Nuevamente, Chris me abraza y eso me relaja por completo.

—Es mi hermanita, le queda tanto por vivir. Tan solo es una niña y ha tenido que pasar por tantas cosas.

—Tranquila, bebé, ¿sí? —Sonrío, es la primera vez que me llama así.

—De acuerdo. Ven, vamos a dormir.

Sin perder el contacto físico, ahora somos nosotros quienes subimos por las escaleras en dirección a mi habitación, la que mi madre mantiene intacta para que la utilice cada vez que la visito.

—Ven, cariño —me llama Chris—, déjame ayudarte.

Me acerco a él, quien se coloca a mi espalda para ayudar a quitarme la ropa todo, claro, sin ninguna doble intención. Las cosas no están para acostarnos todavía, y sé que él también lo sabe y lo entiende.

Hace unas horas, cuando estábamos en el departamento, lo único que quería era estar entre sus brazos. Luego de que nos llamara mi madre, ahora mi única preocupación es que Mel esté bien.

No me doy cuenta y ya estoy en ropa interior. Me ruborizo de inmediato.

—Adoro que te sonrojes. Amo verte así, no lo negaré, pero sé que no es el momento.

—Es verdad. Dame un minuto, voy al baño y regreso.

Me separo de Chris, dirigiéndome al baño de mi habitación.

Ya dentro, me miro en el espejo y no sé cómo Chris puede soportar verme así. Tengo ojeras, además de cansancio que es visible en todo mi rostro. Mi pelo está todo desordenado. En definitiva, mi aspecto no es el mejor.

Agarro la peineta que se encuentra a un lado del lavabo para arreglarme un poco el cabello. Posteriormente, me lavo los dientes. Ya lista y más presentable, salgo y veo que Chris me espera ya acostado en el lado izquierdo de la cama. Abre las sábanas y me invita a ir con él.

Me pongo de espaldas a él, por lo que se acerca a mí, abrazándome por la cintura. Siento de inmediato su torso desnudo.

No quiero pensar sobre cómo debemos de vernos ahora o cómo debemos estar los dos, con esas ansias inconclusas de unir nuestros cuerpos en uno solo. Pero no, no es el momento.

Pequeñas caricias de Chris sobre mi hombro hacen que me vaya relajando, y poco a poco voy sintiendo como finalmente el sueño llega a mí.

Capítulo 20

Christopher

Luego de dormir junto a Ashlee, aunque en realidad no supe cómo pude dormir a su lado... sin duda, es fantástico sentirla así de cerca junto a mí.

Por la preocupación, sé que tampoco pudo dormir del todo, se movió por la cama casi toda la noche. Solo espero y ansío que todo vaya bien con los exámenes que deben de realizarse, tanto ella como Ellen.

Ahora mismo, estoy esperándolas en la habitación de Mel, mientras charlamos y me cuenta cosas sobre su hermana.

—Y así como te decía... una vez tuvo que ponerse el pez de su amiga Hayley en la boca, porque sin querer se le cayó la pecera y se rompió. No consideró mejor alternativa para que Hayley no la descubriera, y cuando entró en la habitación tuvo que meterse a Tomy en la boca.

—Jajajaja —en definitiva, Melissa, se sabe unas anécdotas muy graciosas de su hermana. De seguro, me podrán servir para más adelante—. Eres genial, Mel, ahora comprendo porqué tu hermana te adora tanto.

—Ella es mi mejor amiga, nunca haría nada sin antes preguntarle primero, sobre todo si son travesuras.

Mel dibuja una sonrisa traviesa en su boca, la que es totalmente adorable de ver, hasta que, de pronto, somos interrumpidos por la puerta que se abre. De ella asoman Ash y Ellen, se les ve algo cansadas.

—¿Cómo les fue? —pregunto de inmediato.

—Todavía no sabemos. Nos dijeron que tendrían los resultados lo antes posible —me explica Ash, sentándose a mi lado y cerca de Melissa.

—Solo espero que todo salga bien, por mi niña —agrega Ellen, quien se sienta por el otro lado de la cama, tomándole la mano a su hija menor.

—Ya verán que sí, deben tener fe.

—Dios te oiga, hijo. No sé qué haría sin mi niña preciosa —dice, acariciándole la cabeza a Mel de amorosa manera.

—Tranquila, mamá. Como dice mi cuñado Chris, ya verás que todo saldrá bien. —Le guiño el ojo en respuesta.

—Siempre tan positiva, hermanita.

—Tengo que serlo, Ash. Sé que estoy enferma, pero sabes que trato de no deprimirme. No quiero que sientan pena por mí.

—Lo sé, por eso estoy tan orgullosa de ti, sabes cuál es la realidad de tu enfermedad y la afrontas como una adulta.

Seguimos conversando un buen rato, hasta que entra el doctor Phillips en la habitación.

—¿Cómo va todo por aquí? —pregunta cuándo ya está cerca de nosotros.

—Todo bien, doctor. ¿Ya están listos los resultados de los exámenes?

—Todavía no, Ashlee. Mañana por la mañana estaremos en condiciones de dárselos.

—De acuerdo. Solo toca esperar —admite Ellen resignada.

—Tranquila, mami.

—Con su permiso, ya me retiro. Solo pasaba para saber cómo iba Melissa.

Sin esperar respuesta, el doctor se va.

—Bueno, creo que yo también me iré por el momento. Debo hacer algo importante.

—¿Ocurre algo, cariño? —pregunta Ashlee, asustada.

—Ven conmigo afuera y te cuento. —Le guiño el ojo esta vez a ella y nos tomamos de la mano para salir.

Al cerrar la puerta vuelve a preguntar.

—¿Qué sucede? Me dejaste preocupada.

—No te preocupes, nena, pero si te das cuenta, llevo dos días con la misma ropa, incluso la interior y no es agradable. Solo conseguí a alguien para que me ayude con el tema y debo juntarme ahora con esa persona en el centro comercial.

—Cielos, estaba tan preocupada por Mel que había olvidado por completo ese detalle. ¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario. Mejor acompaña a tu madre y a tu hermana. Aprovecha de estar con ellas. Te llamo cuando termine y nos juntamos aquí.

—De acuerdo. Ve con cuidado.

—Lo haré. Nos vemos más tarde.

Nos besamos como despedida cuando vuelve a entrar. Por mi parte, me dirijo a la salida del hospital.

Capítulo 21

Ashlee

Luego de despedirme de Chris y volver a la habitación, seguimos conversando un buen rato con mi madre y mi hermana. Estoy más relajada porque mi madre está más tranquila con respecto a todo y Mel no ha perdido el ánimo, a pesar de la situación en la que se encuentra.

Decidimos ir a almorzar con mamá y dejar descansar a Melissa, lo necesita. Desde que llegamos solo hemos estado aquí en el hospital, acompañando a mi hermanita. Le envió un mensaje de texto a Christopher, dándole la dirección del restaurante al que vamos.

Caminamos a la salida, como mi madre no sabe manejar y yo dejé mi auto en Chicago, tomamos un taxi. Al subir le damos la dirección al conductor y este nos lleva a nuestro destino.

—Ahora sí te ves mejor, cariño.

—Gracias, amor. Necesitaba cambiarme de ropa y tú también lo harás.

Inmediatamente, me miro la ropa que llevo puesta.

—¿Qué tiene de malo la que llevo puesta? —pregunto curiosa.

—Nada. Es solo que prefiero comprar algo de ropa nueva, ya que no alcanzamos a armar bolso ni maleta antes de venir.

—Chris, no es necesario, tengo algo de ropa en casa de mi madre.

—Lo sé, Ash, pero quiero hacerlo. Ya tengo todo listo. Una colega asesora de Miriam, mi asistente de compras, recomendada por ella, no tiene problemas en ayudarte. Ya me reuní con ella y muere por conocerte.

—¿Muere por conocerme? —inquiero dudosa.

—Bueno, como toda mujer o la gran mayoría de ellas, a la que le encantan las compras, me comentó que sus últimos clientes han sido hombres, así que está ansiosa de trabajar contigo.

—Está bien. ¿Y cuándo debo juntarme con ella?

—Había pensado que fuera después de almuerzo. Mientras antes se haga, mejor.

Justo viene mi madre regresando del baño y se une a nosotros.

—¿De qué me he perdido hasta el momento? —formula al instante.

—Le estoy diciendo a Ashlee que vaya a comprarse algo de ropa, ya tengo todo arreglado.

—Me parece estupendo. Te vendría bien distraerte, hija. Ve y disfruta lo que Christopher tenga preparado para ti.

—De acuerdo —digo resignada. Precisamente, no soy de las mujeres entusiastas con las compras, ni nada de eso. Así que por eso no me encuentro tan feliz con la idea—. ¿Qué harán ustedes mientras tanto?

—Yo iré a casa y luego volveré al hospital.

—Yo tengo que resolver unos asuntos pendientes.

—¿De la empresa?

—Sí, amor. No te había dicho nada para no preocuparte, pero no es nada grave.

—De acuerdo.

Por suerte, ya estoy terminando de hacer las compras. Le dije a Susan, la asistente, que solo compraría lo justo. Venimos de paso y no quiero abusar del dinero de Christopher, porque al final será él quien pague todo, por más que me dijera que gastara lo que fuera.

—Espero estés a gusto con todo lo comprado —me dice la pelirroja.

—Con esto es más que suficiente. De hecho, es bastante más de lo que estoy acostumbrada a gastar en ropa.

—Pero déjame decirte que te veías preciosa con todo lo que compraste. Estoy segura que Christopher estará feliz.

—De seguro —admito riendo.

Somos interrumpidas por mi teléfono que comienza a sonar dentro de mi cartera. Al sacarlo, veo que es mamá quien llama.

—¡Hola, mamá! ¿Pasa algo?

—Sí, hija. Tu hermana tuvo una descompensación. Necesito que vengas conmigo. No puedo más.

—Calma, por favor. Llamo a Chris y vamos para allá.

—Está bien, Ashlee, pero que sea pronto.

Nos despedimos y marco de inmediato el número de mi novio.

—¿Hola?

—Cariño, soy yo. Necesito que vengas a buscarme al centro comercial. Mel tuvo una recaída.

—De acuerdo. Estoy en diez minutos allí. Te veo en la entrada.

—Nos vemos. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuelgo mi móvil y lo guardo en mi cartera.

—¿Pasa algo, Ashlee? —pregunta Susan, sentándose a mi lado en la banca.

—Mi hermana tuvo una recaída. Está enferma.

—¡Dios Santo! Lo lamento mucho.

—Gracias. Debo ir hacia la entrada. Christopher pasará a buscarme.

—Sí claro, por supuesto. Vamos para allá.

Nos levantamos de la banca y caminamos hacia el acceso del centro comercial. Solo pasan un par de minutos cuando veo que Christopher se viene acercando con el auto.

Una vez que se detiene y sale de él, nos ayuda a guardar las bolsas en el maletero y nos despedimos de Susan para ir al hospital.

—¿Qué fue lo que pasó?

—No lo sé. Mamá solo me dijo que Mel tuvo una descompensación, no me entregó mayores detalles.

—Todo estará bien. Esperemos a ver qué es lo que nos dice el médico.

—Eso espero. Muero si le pasa algo a mi hermana.

—No te agobies.

—Me preocupa mi mamá. Todo esto ha sido tan duro para ella.

Chris toma mi mano y la acerca a su boca para besarla.

—Todo estará bien —repite.

Luego de unos quince minutos conduciendo llegamos al hospital y vamos inmediatamente a la habitación de Mel. Al llegar, vemos al doctor Phillips acompañando a mi madre y a mi hermana.

—Díganos, doctor, ¿qué sucedió? —pregunta mi novio en el acto.

—Melissa tuvo una descompensación. Su cuerpo está comenzando a rechazar los medicamentos. Necesitamos hacer el trasplante lo antes posible.

—¿Ya están los resultados?

—Sí, Ashlee. Lamentablemente, ni tu madre ni tú son compatibles para la donación.

—¡No es posible! ¡Pero si somos su familia directa!

—Lo sé. A veces ocurre que ni los familiares son compatibles.

—¿Cómo encontraremos a un donante, doctor? —pregunta mi madre desesperada.

—De hecho... ya lo tenemos.

—¿Cómo es posible? —digo sorprendida.

—El donante se encuentra en esta misma habitación. Tuve que solicitar en administración que me entregaran los resultados con urgencia máxima.

—¿Quién es ese donante?

—Es Christopher. Vino hoy temprano y me pidió realizarse los exámenes correspondientes. Me ha pedido no decir nada —se gira hacia él mientras yo lo miro más que sorprendida—, pero lo siento. Ante la situación es necesario que lo sepan.

—Me alegra saber que puedo ayudar a Melissa.

Corro a abrazarlo.

—¿En serio te hiciste esos exámenes? ¿Y los problemas de la empresa?

—No hay problemas, solo fue mi excusa para venir a hacerme los exámenes.

—Aunque me da pena no poder ser yo la donante, porque Mel es mi hermana, estoy feliz porque tú si puedas serlo.

—No hay tiempo que perder —nos interrumpe el doctor Phillips—, debemos hacer el trasplante lo antes posible.

—Sí, doctor, por supuesto. Cuando usted diga.

Chris se despide de nosotras y se va a preparar junto al doctor.
Estoy demasiado feliz de que mi novio pueda ser el donante que Mel necesita.

—Estoy feliz y agradecida de que podamos salvar la vida de tu hermana — dice mi madre, mientras esperamos cualquier novedad de parte del médico—, pero también estoy muy nerviosa, ya llevamos cerca de una hora esperando.

—Solo debemos tener paciencia, mamá. Te aseguro que ya vendrá el médico y nos dará algo de información.

—Gracias, hija, por traer a Chris a tu vida. No sé qué pasaría con tu hermana si él no estuviera aquí.

—Es una gran persona. Estoy feliz de estar junto a él. No sé cómo pagarle todo lo que está haciendo por mi hermana.

—Estoy segura que él no necesita que le devuelvas el dinero ni nada. Solo encárgate de hacerlo feliz, no importa cuántos problemas se les presenten en el camino. Siempre preocúpate de salir adelante.

—Lo sé, mamá —aseguro, limpiando unas lágrimas que caen por mis mejillas—. Siempre sabes qué decir en el momento indicado.

—Es una de mis virtudes —comento, guiñando el ojo.

Nos abrazamos cálidamente. Se siente bien saber que hasta el momento todo el sufrimiento de mi hermana se ha acabado.

Tiene solo dieciséis años, tiene tanto por vivir, recorrer, soñar. Estaré agradecida con Christopher de por vida. Incluso, si en algún momento del futuro no llegáramos a estar juntos.

De pronto, se abre la puerta de la zona de pabellón y de ella sale el médico vestido con el típico traje de color verde, quien se acerca a nosotras.

—¿Cómo va todo, doctor?

—Hasta el momento, estamos terminando de trabajar con Christopher. La extracción de parte de su médula está siendo todo un éxito.

—Qué alivio. —Suspiro relajada.

—Solo venía a informarles, debo volver a la cirugía. En unos veinte minutos estaremos listos con Christopher y lo trasladaremos a una habitación para que descanse.

—Está bien. Esperaremos aquí ante cualquier cosa que pase.

—Nos vemos más tarde.

—Hasta luego, doctor —se despide mi madre cuando él también lo hace para volver a pabellón.

—Qué alegría. La primera parte está casi lista.

—Ya quiero ver de nuevo a Chris. Estoy muy agradecida con él.

—Lo sé, mamá. Ya nos avisarán cuándo podamos verlo, y también a Mel.

—Será nuestro ángel por siempre. Es un amor de persona.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo.

Seguimos con mi madre en la sala de espera, y luego de unos quince minutos sale una enfermera para decirnos que ya trasladaron a Chris a una habitación. Nos da la información necesaria y luego se retira.

Estoy ansiosa por verlo para agradecerle lo que está haciendo por Mel. Ni siquiera la conoce lo suficiente como para hacer esto por ella.

Estoy frente a la puerta de la habitación de Chris. Dejo un momento a mi madre en la sala de espera para poder verlo. Prometió que cualquier cosa que sucediera con Mel me avisaría. Tengo nervios, no sé si estará despierto o durmiendo, lo que menos quiero es molestarlo en este momento. Lo dejaré descansar, pero me es imposible esperar más.

Entro con cuidado, casi sin hacer ruido, pensando que puede estar durmiendo. Asomo la cabeza y compruebo que lo está.

Me dirijo a la cama y me siento en la silla que se sitúa a un lado, y la acerco aún más a la cama.

Se ve tan tranquilo y pacífico durmiendo. Sus facciones se notan aún más duras, hacen notar su masculinidad, pero a la vez, se ve tan adorable, como si pudiera transmitir delicadeza, consiguiendo que su belleza se vea más nítida.

Le tomo con cuidado la mano, tratando de no despertarlo, y lo acaricio. Suspiro y comienzo a hablarle.

—Amor, no sé cómo podré agradecerte esto que hiciste por mi hermana. Jamás pensé que tuviéramos que pasar por esto. Estoy agradecida de ti, de haber permitido que yo entrara a trabajar a tu empresa. Estaba tan feliz ese día, porque había conseguido lo que tanto anhelaba. Necesitaba el empleo para poder ayudar económicamente a mi madre y así mantener con bien a mi hermana y a ella también. En tan poco tiempo has cambiado mi mundo en 180°. No pensé que llegaría a sentir tanto cariño por ti que no sé cómo definirlo —seco unas lágrimas que silenciosamente caen por mis mejillas—. Estoy inmensamente feliz a tu lado. No sé cómo pagarte todo esto.

De pronto, siento un leve movimiento sobre mi mano. Levanto la cabeza y veo que Chris me observa.

—No debes pagarme nada, lo hice porque te amo.

Capítulo 22

Christopher

Comienzo a despertar. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que he llegado a la habitación. De pronto, entre mis sueños y mi realidad, siento que la puerta se abre, pero no sé quién pueda ser. Puedo oír que dan pasos pequeños y con cuidado para no despertarme.

Se acomodan a mi lado.

Tras un breve momento de silencio, alguien me toma la mano con mucha delicadeza y le da algo de calor. Logro reconocer esa caricia, porque es Ashlee quien vino, quien comienza a hablar.

Cuando termina de decir lo que siente, muevo un poco la mano, con tal de que la sienta. Lo hace, levantando la cabeza para mirarme.

Aún con lágrimas en sus mejillas y un poco de maquillaje corrido, sigue siendo hermosa.

—No debes pagarme nada, lo hice porque te amo —le digo.

—¿Me-me amas?

—Sí, Ashlee. Te amo desde el minuto uno que entraste a mi vida y me aceptaste para formar parte de la tuya. Gracias a ti he sido más que feliz en tan poco tiempo.

Le sonrío y ella lo hace también, agregando que se ha limpiado unas lágrimas que ha derramado.

—Chris yo... también te amo. No pensé que estabas despierto. En tan poco tiempo has cambiado mi mundo... No pensé que llegaría a sentir tanto cariño, el cual ahora me doy cuenta que es amor absoluto. No sé cómo agradecerte esto que estás haciendo por mí.

La observo fijamente, como ella a su vez me observa a mí. Es como si nos dijéramos todo con la mirada. Soy feliz al verla feliz, porque se ha convertido en mi vida y en mi todo.

—Sí, hay una manera, y aunque no es la situación ideal, quiero pedirte una cosa.

—Sí, dime, ¿qué necesitas? ¿Debo llamar a una enfermera? ¿Te sientes bien?

—No, nada de eso. Me encuentro bien.

—Entonces, dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Solo necesito y quiero que me digas sí.

—No entiendo.

—Ashlee... como te dije, no es la ocasión ideal ni el momento preciso, pero quiero pedirte que... seas mi esposa. ¿Te quieres casar conmigo?

Abre los ojos como platos de manera inmediata, y sin querer abre también la boca en señal de incredulidad. Levanto mi mano hacia su rostro, cerrándosela, y le acaricio la mejilla. Está como en un total trance.

—¿No dirás nada? —pregunto expectante.

—No sé qué decir, cariño, me tomas por sorpresa.

—Solo dime que sí.

—¡Por supuesto que sí! ¡Acepto ser tu esposa!

Como todavía no puedo levantarme del todo, mi intención de hacerlo se ve interrumpida, Ash lo entiende y es ella quien se acerca a mí. Logro quedar semi-sentado mientras la recibo en mis brazos.

—Te amo, Christopher. Te haré el hombre más feliz del mundo. Te lo prometo.

—Ya lo soy, te lo aseguro.

Se separa de mí y nos volvemos a acercar, esta vez para besarnos. Comienza siendo un beso suave que, poco a poco, va tomando forma a algo más significativo. Mi necesidad de tenerla por completo para mí ya me es imposible de resistir, pero me veo en la obligación de contener mis ganas, ya que todavía me encuentro en el hospital.

Sus labios son tan adictivos, dulces y suaves, pero esta vez con un toque salado, debido a sus lágrimas que caen y terminan en su boca.

—No llores, por favor —digo una vez que me separo de ella y le limpio su humedecido semblante.

—Es de felicidad, Chris. Junto a ti nunca lloraré por tristeza.

—Haré que lo cumplas. Quédate siempre junto a mí.

—Lo haré.

—Ahora, dime, ¿cómo va todo con tu hermana?

—La verdad, espero que bien. Apenas saliste de pabellón, el doctor Phillips nos dijo que te habían trasladado a una habitación y quise venir a verte de inmediato. Mi madre se quedó esperando por noticias de Mel.

—Cariño, agradezco que hayas venido a verme, pero no debiste dejar sola a Ellen.

—En un momento más iré con ella otra vez. Quería asegurarme que tú estabas bien.

—Como ves, ahora lo estoy, y sobre todo porque mi chica aceptó casarse conmigo.

Con mi comentario esboza una sonrisa. Me encanta saber que soy yo quien la provoca.

Si no fuera porque estoy en el hospital, estaría gritando de alegría porque mi hermosa novia aceptó ser mi esposa.

—No quisiera dejarte solo, pero necesito regresar con mi madre.

—No te preocupes por mí. Yo estaré bien. Lo prometo.

—De acuerdo. Te vengo a ver más tarde.

—Te amo, cariño.

—Y yo a ti, amor.

Nos volvemos a dar un beso, esta vez más breve. Nos separamos y Ash se despide para regresar más tarde.

Una vez solo en la habitación, me hago la promesa de que mi historia junto a Ashlee será inolvidable, tanto para ella como para mí. Me preocuparé de hacerla feliz hasta el día que yo muera.

Ashlee

Luego de dejar a Christopher en la habitación, me dirijo a la zona de espera del pabellón de operaciones donde se encuentra mi madre. Al llegar, la veo conversando con el doctor.

—Hola, doctor. Dígame, por favor, como va todo.

—Ashlee, llegas a tiempo. Le decía a tu madre que todo ha salido perfecto con la operación de Melissa.

—¡Que alivio! ¿Y cómo la ve a ella?

—Por el momento, ha reaccionado bien. Pero debemos esperar al menos cuarenta y ocho horas para asegurarnos que su cuerpo haya aceptado parte de la médula ósea donada por Christopher.

—Entiendo. ¿Y cuándo podremos verla?

—Por ahora, es mejor dejarla descansar. Ya la estamos trasladando a su habitación. Les sugiero que vayan a descansar también o a comer algo, y luego, en unas dos horas, ya podrán ir a verla.

—Como usted diga, doctor —le responde mi madre.

—Con su permiso, debo retirarme. Las veo más tarde.

—Sí, doctor, por supuesto. Adelante.

Se despide de nosotras y se retira. Me quedo sola en la zona de espera, junto a mi madre.

—Estoy tan contenta, hija. Estaré por siempre agradecida con Christopher por esto que ha hecho por tu hermana.

—Bueno, hablando de eso. Creo que podrás agradecerle siendo la mejor suegra de todas.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando lo fui a ver a la habitación comencé a hablarle y no me di cuenta que había despertado hasta que se movió y me habló.

—¿Y qué fue lo que te dijo?

—Que estaba haciendo todo esto porque me ama y que no debía pagarle nada.

—Qué bueno, hija. Que alegría por ti.

—Y no solo eso. Me dijo que como forma de agradecimiento podía aceptar ser su esposa.

—¿Y tú que hiciste?

—¿Tú qué crees, mamá? ¡Por supuesto que acepté! Yo también estoy enamorada de él.

—¿Estás hablando en serio?

—Claro que sí. Si no me crees, entonces, vamos a preguntarle.

Tomo su mano y me encamino nuevamente a la habitación de Chris. Al cabo de unos minutos, hemos llegado. Abro la puerta, dejando entrar primero a mi madre para luego hacerlo yo.

—Hola, Chris —saluda mi madre—. ¿Cómo te sientes?

—Hola, Ellen. Ya mejor. No siento dolor ni nada.

Mi madre se acerca y le toma la mano con cariño.

—Cómo puedo agradecerte esto que has hecho por mí. La felicidad y el bienestar de mis hijas es mi prioridad, sobre todo después de la muerte de Arthur. Acabas de pedirle la mano a mi Ashlee y le has salvado la vida a Melissa. Estaré eternamente agradecida.

—Para mí es un placer —le sonrío de regreso—, y veo que fue imposible para mi novia guardar el secreto. —Me mira con gesto de reproche, cuando una pequeña risa escapa de sus labios.

—Lo siento, cariño. No pude evitarlo.

—Está bien. Ya habrá tiempo para hacerlo como corresponde.

Me acerco también a él, tomando su otra mano.

—¿Puedo preguntar cuando tomaste la decisión?

—Ya lo tenía planeado, Ellen. En muy poco tiempo me enamoré de tu hija como un loco adolescente y pude notar que ella lo hizo de mí, por lo que solo debía dar el siguiente paso.

Me besa la mano con mucho amor y luego, brevemente, la boca.

—¿Cómo va todo con Melissa? ¿Terminaron de operarla?

—Sí, cariño, ya terminaron. El doctor Phillips nos dijo que la trasladarían a su habitación para que descanse y se recupere.

—Estamos esperando poder ir a verla, pero antes quería pasar a verte para agradecerte.

—Gracias, Ellen. Espero todo vaya bien con Melissa de ahora en adelante.

—Espero lo mismo, amor, pero estoy segura que gracias a ti podrá estar perfecta.

—Ya ansío el día que puedas convertirte en mi esposa.

—Todavía no creo que vayan a casarse.

—Yo tampoco, mamá —digo, reafirmando su opinión.

—¿Sabes qué sucede, Ellen? Con las experiencias que te da la vida, creo que a partir de cierta edad ya puedes saber a ciencia cierta si las decisiones que tomas para tu futuro son las correctas o no. Y a pesar de que llevamos tan poco tiempo de relación, a diferencia de que nos conocemos hace dos años, puedo asegurarte que estoy completamente enamorado de tu hija.

—Déjame decirte una gran verdad. Suenas tal y como mi difunto marido. Estoy segura de que habría estado orgulloso de tenerte como yerno.

—Debo apoyar a mi mamá en eso, Chris. Papá siempre fue un gran hombre. Todavía lo extrañamos en casa.

—Prometo hacerte feliz cada día.

—Estoy segura que lo harás, Chris. Hija, ¿por qué no me acompañas a comer algo?

—De acuerdo. También tengo un poco de hambre. ¿Estarás bien, cariño?

—Sí, mi cielo. Ve tranquila.

—*Okay*. Nos vemos más tarde.

Capítulo 23

Ha pasado una semana desde la operación de Melissa. Su recuperación es asombrosa. Como Christopher es un hombre totalmente sano, el cuerpo de mi hermana no rechaza parte de la médula ósea donada por mi novio.

No quiero irme del lado de mi familia, pero el trabajo no puede seguir esperando. Christopher ya debe volver. Michael, su socio, necesita cerrar algunos tratos importantes con la firma de Chris, por lo que decidimos regresar con la esperanza de que sea muy pronto el reencuentro.

Melissa está feliz, y cuando le contamos acerca de la boda me pide, más bien, me exige ser la dama de honor. Por supuesto, así será. Ella es mi mejor amiga y siempre pensé en alguien como ella para ocupar ese puesto.

Todavía no hemos podido organizar nada. Está claro que es muy pronto; no porque mi relación con Christopher haya avanzado a pasos agigantados quiere decir que nuestro matrimonio también deba hacerlo.

Todavía me es raro pensar en ello, ya que hace solo tres semanas que somos novios de manera oficial y ahora vamos a casarnos. No es que esté arrepentida ni nada, solo que aún estoy incrédula ante la situación.

—¿Qué piensas, mi amor?

—En todo lo vivido últimamente.

—Te entiendo. También me pasa, pero prometimos volver pronto, así que no debes preocuparte por ello.

—Lo sé, aunque ahora mi hermana ya se recuperó y todo, no quisiera dejarla.

—Ya veremos más adelante. Lo importante es que se recuperó y podrá vivir su vida como debe ser.

—Y todo gracias a ti, amor —le doy un abrazo mientras estamos sentados en el avión para nuestro regreso.

Estar en sus brazos es una sensación de calma enorme para mí, aunque ya lo he dicho antes, y sobre todo a Chris, estaré siempre agradecida de lo que hizo por mi hermana.

—Y bueno, futura señora Adams... ¿Qué le parece si comenzamos a pensar en una fecha para nuestra boda?

—La verdad, todavía no me he puesto a pensar en ello —confieso.

—¿En serio? Pensé que sí. Con eso de que a las mujeres les fascina el tema «boda».

—Sí, pero no me pongas en el mismo saco. Sabes que soy diferente a las demás.

—Lo sé, y es por eso que me encantas.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Siempre sabes qué decir, y cómo decirlo, para ponerme nerviosa.

—Es porque te amo, Ash, y ya te conozco perfectamente.

—Yo también te amo, mi amor.

Nos acercamos, como si quisiéramos estar aún más unidos. Chris me hace dar vuelta y quedar de espaldas a él, abrazándome por detrás y colocando su cabeza sobre mi hombro para darme besos en la mejilla y la nuca.

—No quisiera volver a trabajar. La pasé muy bien en estas mini vacaciones junto a ti.

—Yo tampoco quisiera volver, pero sabes que Michael te necesita. Además, cuando le cuentes el motivo del viaje y sobre nuestro matrimonio, te aseguro estará muy sorprendido.

—En eso te apoyo, porque jamás pensó que yo pasaría por esto. ¿Y ahora ves? Nos encontramos en la misma situación.

—Quizás, podamos salir de nuevo los cuatro. Esa noche la pasé muy bien.

—Yo también. Ya hablaremos con ellos para quedar otra vez. Lo prometo.

—Gracias, amor.

—¿Y eso por?

—Por ser perfecto —admito, mirándolo a los ojos y siendo sincera al cien por ciento.

—No creo serlo pero... por ti, seguro que lo intento —me lo dice sonriendo consiguiendo, como siempre, que me derrita de amor por él—. Te amo.

—Te amo —le respondo muy segura de mis sentimientos.

Nos mantenemos abrazados durante todo el vuelo de regreso. Prácticamente, hasta dormí por un momento entre sus brazos. Solo me doy cuenta que hemos llegado cuando siento que me dan un ataque de besos por todo el rostro para que logre despertarme.

—Despierta, dormilona.

—¿Ya llegamos?

—Sí, nena. Ven. —Me ofrece su mano para levantarme y así salir juntos.

Mientras vamos bajando debemos llevar con nosotros las pequeñas —aunque no tan pequeñas—, maletas con la ropa que Chris compró tanto para él como para mí.

—Vamos, te llevo a tu departamento.

—De acuerdo —afirmo todavía con algo de sueño y con bostezo incluido.

Luego de bajarnos del avión y subir al auto de Chris, que nos espera junto a Michael en el aeropuerto, comenzamos el rumbo a mi departamento.

Al igual que como Chris predijo, Michael se encuentra totalmente sorprendido cuando le contamos la noticia y, por supuesto, nos felicita. Promete, además, que hablará con su novia Rachel para que salgamos nuevamente los cuatro.

Llegamos a mi edificio, y al estacionar, Chris me ayuda a bajar el equipaje y me acompaña hasta mi puerta, mientras tanto, Michael nos espera en el auto.

Al cabo de unos minutos, nos despedimos y nos prometemos ver al día siguiente en la oficina. Hemos llegado temprano, pero en el camino le mencioné a Chris que quería el resto de la tarde para mí sola. Necesito descansar, y estoy segura que con él a mi lado no podré hacerlo. Por suerte, consigue comprenderme.

Una vez adentro, voy directamente a la ducha. Necesito relajarme un poco y un baño es perfecto para mí en este momento.

Al terminar, voy a mi dormitorio para ponerme algo más cómodo. Solo escojo un pantalón holgado y una polera de tirantes, además de mi ropa interior, esta vez de color negro.

Una vez que estoy lista, incluyendo el secado de mi pelo, me dirijo hasta la cocina por algo de comer. Elijo hacerme un sándwich de queso fundido, junto a un vaso de jugo. Un ratito después, me siento en una de las bancas del mesón de la cocina con mi celular. Decido a mandarle un mensaje a Sophie.

«Mañana regreso a la oficina. Tengo algo importante para contarte.»

Dejo el teléfono a mi lado, y al cabo de un par de minutos mi celular suena, indicando que ha llegado un mensaje.

«Nos vemos, amiga. Te he extrañado mucho. Yo también tengo algo que contarte.»

Mi respuesta no se hace esperar.

«Entonces, hablamos mañana. Un beso.»

Justo cuando termino de enviar el mensaje, debo dejar el equipo a un lado y abrir la puerta de entrada. Alguien acaba de tocar. Era raro. No espero a nadie. Vuelven a tocar cuando me dirijo a abrir. Antes de hacerlo, miro por el pequeño visor de la puerta, pero ahí no hay nadie. Bufo. Abro de todas maneras, y efectivamente no veo a nadie allí. Salgo a mirar por el pasillo, pero no encuentro a nadie, por lo que regreso a mi departamento, cuando siento que algo me roza el pie descalzo. Me agacho y cojo una hoja de papel escrita con recortes. Tiene un mensaje.

«HE VUELTO, Y ESTA VEZ PARA QUEDARME. DESEO ME SIGAS ESPERANDO COMO TANTO ANHELO.»

Me asusto de inmediato, ya que este mensaje es algo aterrador. No sé quién pudo haberlo enviado. No tengo enemigos ni nada por el estilo.

Con la hoja de papel en mano, entro a mi departamento con la esperanza de que esto solo sea una especie de broma.

Para distraerme, me pongo a mirar algo de televisión. Me siento en mi sofá, y con el control remoto enciendo el aparato. Hago zapping por algunos canales, hasta que encuentro una película que me gusta y donde actúa mi actor favorito, Josh Duhamel.

Encantada con la película, decido llamar a mi restaurante favorito de comida china para pedir comida a domicilio. Mientras espero que llegue mi pedido voy acomodando algunas cosas en la mesa ratona de la sala.

Luego de comenzar a ver una segunda película —esta vez elijo una de Jennifer López—, suena el timbre. ¡Por fin ha llegado mi comida!

Al abrir la puerta, la recibo, pagando lo correspondiente al pedido. Me despido del joven que lo trajo y vuelvo a acomodarme en el sofá de la sala. Por suerte no me pierdo mucho de la trama de la película.

Empiezo a comer y a degustar una cerveza “*Corona*”, una de mis favoritas. De pronto, suena mi teléfono, interrumpiéndome de probarla a gusto, porque a él ha llegado un mensaje. Al abrir, constato que es de mi novio.

«Te extraño, nena. Ya quiero verte mañana.»

«También quiero verte. ¿Cómo va tu día?»

«Aburrido sin ti.»

«Eres un meloso.»

«Orgullosa de serlo ;)»

«Nos vemos mañana.»

«Ya lo deseo.»

Un momento después, nos despedimos. Por mi parte, sigo mirando la película hasta que termina.

Narrador Omnisciente

Ahí estaba él, pensando en cuál sería su próximo paso a seguir, luego de haberle dejado aquel mensaje a Ashlee en su departamento. Añoraba verla, porque había transcurrido mucho tiempo desde la última vez, cuando todo fue parte de un plan el que, ahora mismo, tenía pensado concluir para estar finalmente junto a ella.

—¿Qué es lo próximo que harás? —preguntó su amigo.

—Todavía no lo sé. Antes que nada, debo ver en que está su vida ahora y tratar de acomodarme a ella sin que lo note —le respondió.

—¿Y cómo tienes pensado hacerlo?

—Es muy sencillo. Ya logré averiguar dónde vive, luego de llegar aquí, por lo que solo la seguiré. Ya se me ocurrirá qué hacer más adelante.

—Espero te vaya bien. Ya sabes cómo es ella de terca cuando se lo propone.

—Eso ya lo sé. Tengo claro que no lo tendré nada de fácil.

—Entonces, te deseo suerte. Ya debo irme.

—Muy bien. Te llamaré si te necesito.

—De acuerdo. Sabes que cuentas conmigo.

Su amigo se marchó, dejándolo a solas, mientras la evocaba a ella. Porque no fue fácil dar con su paradero, por lo que ahora tendría que pensar muy bien en su próximo paso a ejecutar. Nunca se arrepintió, todo lo que hizo en su momento fue para tener un mejor futuro junto a ella.

Por lo tanto, buscó a alguien que pudiera ayudarlo a cumplir su cometido, y cuando encontró a su víctima, constató que había hecho lo correcto.

Capítulo 24

Es lunes. Estoy terminando de desayunar, luego de prepararme para ir a trabajar. He pasado el resto del domingo algo inquieta. No ha vuelto a sucederme nada raro, pero aun así la sensación de incomodidad no se me ha ido del todo.

Termino de lavar la loza cuando oigo que suena mi teléfono. Me limpio las manos y veo que me ha llegado un mensaje de Chris.

«Nena, te espero abajo ¿Ya estás lista?»

«Hola, cariño. Estoy casi lista. ¿En serio estás abajo?»

«Si no me crees... mira por tu ventana.»

Como toda enamorada, prácticamente, corro a mi ventana para chequear si es cierto, hasta que lo saludo y le mando un mensaje.

«Enseguida bajo.»

«Aquí te espero.»

Luego de leer su mensaje, guardo el celular en mi cartera, pero saco de ella las llaves de mi departamento. También agarro mi chaqueta y me la coloco bajo el brazo para salir.

Al darme la vuelta para cerrar mi puerta, tengo una sensación algo perturbadora. Disimuladamente, miro a mí alrededor, pero solo encuentro a un joven acercándose hacia el ascensor. Nada raro. Termino por cerrar mi puerta y me dirijo, al igual que aquel chico, al elevador.

Al llegar, veo que él ya apretó el botón de llamada, por lo que solo me queda esperar a que se abra la puerta para entrar. Cuando esto sucede, entro primero y el chico me sigue. Voy a marcar mi piso, pero me detengo un breve instante.

—¿A qué piso vas? —pregunto.

—Primero, por favor —responde.

Luego de apretar el botón correspondiente, me acomodo en el lado derecho del ascensor, mientras que el chico lo hace para el lado contrario, pero girado hacia mí. Advierto su mirada algo penetrante, inclusive a través de la gorra y la capucha de su jersey. Es algo intimidante.

Pasan algunos minutos y el ascensor se detiene por fin. Apenas las puertas se abren, el chico sale rápidamente en dirección a la salida, mientras yo voy caminando más lento. Paso por la conserjería y saludo a Roger, mirando hacia la entrada para buscar a mi novio. No me demoro mucho, ya que está en el acceso principal, pero desde afuera.

Mientras me acerco a él, nos miramos un breve momento, Christopher lo hace con una enorme sonrisa en el rostro, como si no me hubiera visto durante semanas. Es un tierno que me enamora cada día más.

Al llegar a su lado, nos abrazamos por un breve instante, pero es mi novio quien se separa, interrumpiéndolo.

—¿Sucede algo? —pregunta preocupado—. Te noto tensa.
—No, nada —miento—, solo me alegra verte.
—Yo también te extrañaba, pero ya me tienes aquí contigo. ¿Estás segura que no pasa nada?
—Bueno... sí. No quería decir nada todavía, pero desde el día de ayer que llegamos, tengo la extraña sensación de que me estuvieran siguiendo.
—¿Cómo dices? ¿Cómo es posible?
—No lo sé... ayer por la tarde apareció una nota bajo la puerta de mi departamento —la saco de mi cartera para enseñársela—. No tengo idea de quién pueda ser. No entiendo nada.
—¿Estás segura?
— ¡Por supuesto que sí! ¿Cómo dudas de mí?
—No, nena, no me mal intérpretes. Es que todo es muy raro y no soportaría ver que alguien te hace daño.
—De verdad, no sé quién pueda ser. Tengo miedo.
—Tranquila ¿sí? Haremos algo, desde hoy mismo te vienes conmigo a mi departamento.
—¿Qué? ¿Estás seguro?
—Claro que sí. Esto para mí solo está comenzando, y como te acabo de decir, no quiero que nadie te haga daño. Además, nos casaremos. Es lógico que ya nos vayamos a vivir juntos, ¿o no?
—Sí, pero...
—Pero nada —me interrumpe—. La decisión está tomada. Luego, venimos aquí a buscar tus cosas y nos vamos a mi departamento.
—Me parece bien. Además, hace un rato, cuando venía bajando en el ascensor, me tocó hacerlo junto a un chico y no me dio muy buena espina.
—¿Ves, Ashlee? Con mayor razón. Dices no tener idea de quién pueda ser y, tal vez exista por ahí un loco que quiere hacerte daño. Logró llegar a tu departamento, no quiero pensar qué cosas podría hacer más adelante.
—Tienes razón. Asimismo, tenemos que comenzar a hablar de nuestro matrimonio.
—Así es. Por lo que mejor nos vamos ya.

Narrador omnisciente

Estaba intranquilo, impaciente, porque la tuvo muy cerca y debió aguantarse para no tocarla. Deseó volver a abrazarla y hacerla suya de nuevo, pero hablarle había sido una sensación maravillosa después de tanto tiempo. Aún seguía con la misma inocencia y belleza con la que lo había dejado unos años atrás.

Lo único malo de todo fue haberse dado cuenta de que ya no estaba sola. Tenía pareja, y lo peor era no saber cuánto tiempo de relación llevaban. Estaba seguro que si llevaban mucho, sería una misión difícil de realizar. En cambio, si llevaban poco,

sería todo más fácil. Deseaba que fuera la segunda opción, y haría de todo para averiguarlo.

Aguardó un breve momento después que el auto, donde se encontraban, comenzara su camino antes de poder, finalmente, seguirles la pista.

Christopher

Desde el minuto en que Ashlee me habla y muestra aquella nota que recibió, no vengo tranquilo a la empresa. Trato de mostrarme calmado ante ella. Tengo pensada una solución momentánea para tenerla en calma, pero prefiero conversarlo con ella antes, porque no quiero que se termine enojando. Además, ya la veo algo alterada, aunque se esmera en ocultármelo.

—Bueno, señorita, hemos llegado —digo para distraerla.

—Así es, cariño, ya vamos algo tarde, así que mejor subimos pronto.

—Sí, nena, pero quiero arreglar todo esto cuanto antes. Te prometo que me dejaste muy preocupado.

—Lo sé, y lo siento. No era mi intención —asegura, agachando la cabeza.

—Tú tranquila ¿sí? —Le levanto la cara y la miro a los ojos—. No es culpa tuya.

—Lo sé, pero tengo miedo. No sé quién pueda estar detrás de todo esto.

—No te preocupes —comento, serenándola—, pronto descubriremos qué es lo que sucede. Mientras tanto, solo enfoquémonos en trabajar, así también te relajas un poco, además de distraerte.

—Entonces, vamos. No quiero sentir toda esta mala vibra que percibo de nuevo.

—Ven aquí. —La acerco a mí para abrazarla. De a poco puedo notar cómo se destensa entre mis brazos.

Nos bajamos de mi auto y nos dirigimos al ascensor que nos lleva a nuestro piso, y ahora soy yo quien siente algo extraño. Miro por todo el estacionamiento del edificio mientras caminamos. Por supuesto, lo hago sin que Ash se dé cuenta. No deseo preocuparla. No logro ver nada, a excepción de una silueta que se acaba de esconder por la entrada del estacionamiento que da a la calle. Llamaré a seguridad una vez que esté solo en mi oficina.

Ashlee

Por fin acaba este día. Estoy agotada de tanto trabajar y de todo lo que está pendiente. El trabajo de Rita —la asistente de Michael que ocupó mi puesto durante mi ausencia—, fue de ayuda, pero aun así hay bastante trabajo que necesita de mí.

De pronto, suena el teléfono de mi escritorio, y por la luz titilante veo que es Christopher quien llama.

—Dime, Chris —contesto apenas descuelgo.

—Ashlee, ¿puedes venir un momento, por favor, antes de que nos vayamos?

—Sí, amor. Enseguida voy.

Cuelgo el aparato y me pongo de pie para ir a su oficina. No toco, porque sé que me espera.

—Hola, cariño, ¿pasa algo? —pregunto, acercándome.

—Nada grave, nena —dice Chris, parándose de su escritorio y llevándome al sofá—, solo quiero comentarte algunas cosas.

—Tú dirás.

—Verás... lo que me dijiste en la mañana me tiene algo intranquilo, por lo que he solicitado que vigilen tu edificio por si se presenta algo.

—Entiendo. Aunque no creo que sea necesario.

—¡Claro que lo es! —se altera un poco—. Acaso, ¿quieres tomarte todo esto a la ligera?

—No lo hago. Es solo que no creo que sea para tanto...

—Ashlee, yo tampoco sé quién puede estar detrás de todo esto, pero te prometo que lo averiguaré.

—Bien, porque no quiero que esto sea ni se convierta en una pesadilla.

—No pasará, te lo aseguro —admite muy convencido.

—Está bien. ¿Hay algo más?

—Sí, nena. Recuerdo que te dije por la mañana que nos iríamos a vivir juntos.

—Yo también lo recuerdo. Entonces, ¿será desde hoy?

—Cariño, no era la mejor forma de pedírtelo, lo sé, pero ante esto es necesario. Además, ya no doy más viviendo lejos de ti —hace un puchero con el que se ve adorable—. Sé que tu departamento es importante para ti, pero como ya no estarás viviendo en él, pensé que podrías ponerlo en renta y así ganar tu propio dinero.

—A decir verdad, no lo había pensado de esa forma. Necesito dinero extra y me gustaría pasar más tiempo contigo.

—¡Sí! —exclama victorioso—. Entonces, no hay nada más que decir. Hoy mismo te mudas conmigo.

—Entonces, no hay tiempo que perder —respondo un tanto resignada a que el cambio sea inminente—. Tengo que ir a buscar mis cosas a mi departamento.

—Está bien, nena. Vamos de inmediato —contesta para después robarme un beso que me deja sin aliento.

Como siempre, comenzamos dándonos un beso suave que me deja sin respiración y a la vez me fascina. Pero todavía no nos hemos acostado juntos, y me gustaría que nuestra primera vez fuera algo más especial, y no en el sofá de su oficina. Por lo que soy yo quien corta el beso.

—Chris, Chris, ya es hora de irnos antes de que se nos haga más tarde.

—Está bien —comenta recuperando el aliento—. Vámonos. Ya podremos continuar con esto después.

Luego de separarnos, y comenzar a cerrar y apagar todo lo necesario, caminamos nuevamente en dirección al estacionamiento del edificio.

Capítulo 25

Estamos a punto de terminar de empacar mis cosas. Por suerte, solo son unas cuantas cajas y mis maletas con mi ropa. No quiero dejar nada aquí, olvidado. Christopher ya ha puesto un aviso en el periódico, así que en dos días vendrán a ver el departamento. Mañana vendrán también a limpiar por completo para que todo esté listo.

No supe en qué minuto pasó todo, pero me alegra no haber tenido que hacerlo yo. Con todo el trabajo de la empresa que está pendiente, apenas tengo tiempo de almorzar, por lo que ahora, prácticamente, muero de hambre.

—Amor, necesito comer algo. Con todo lo que he hecho hoy apenas he comido y necesito recuperar fuerzas. El acarreo de tantas cajas ya me agotó.

—Entiendo, cariño, a mí también me dio algo de hambre. Llevemos todo esto rápido a mi... digo, a nuestro departamento y salgamos a comer.

—Me parece muy bien. Terminemos rápido, entonces.

Y así lo hacemos. El camión de mudanza que ha contratado mi novio ya tiene todo cargado en su interior. Solo nos preocupamos de encaminarlo al estacionamiento del edificio donde viviré junto a él.

Le digo a mi chico que quiero ser yo quien ayude a subir las cosas al departamento, por lo que les pagamos a los de mudanza, pero mantenemos el camión rentado un día más. Ya mañana lo devolveremos.

—¿Y bien? ¿Lista para ir a cenar?

—Más que lista. Además, mi estómago está que ruge de hambre.

—Entonces, vamos.

Nos volvemos a subir al auto de Chris y nos encaminamos a algún restaurante del centro de la ciudad. Trato de recordar todas las calles y las rutas a seguir. Antes habían sido pocas las veces que me había tocado pasar por aquí, pero ahora que viviré en este sector, será mejor que aprenda y pronto.

—¿A dónde iremos?

—Ya verás. Espero te guste.

—Vamos, cariño, dime.

—Si te digo, ya deja de ser sorpresa —me responde con una sonrisa. Decido no volver a preguntar, ya que sé que no me dirá absolutamente nada—. ¿Estás ansiosa como yo?

—¿De qué vivamos juntos? —asiente—. Claro que sí. Con Scott no alcanzamos a hacerlo, así que será la primera vez que viva con un hombre.

—Me alegra serlo, entonces.

—A mí también —confieso.

Sin darme cuenta, hemos llegado a nuestro destino. Es un restaurante de comida latinoamericana. Christopher me ayuda a bajar, y al quedar frente al restaurante veo que tienen en la pizarra una especialidad de cada país representado.

Caminamos hacia la entrada en la cual nos recibe un *host*, permitiéndonos entrar. Nos guía hasta una mesa del centro. Estoy fascinada mirando el entorno. En él hay banderas de todos los países, decoraciones varias, además de música ambiental. Ahora que recuerdo, he escuchado que en la noche el restaurante se convierte en un pub que además toca música en vivo; todo, obviamente, relacionado con la temática del restaurante.

—Gracias por traerme. Es fabuloso este lugar.

—Sabía que te gustaría —afirma triunfante con una sonrisa.

—Tenías razón. Me encanta.

—Buenas tardes —nos interrumpe un garzón—, mi nombre es Antonio y los atenderé hoy —termina de expresar con su acento latino.

—Buenas tardes —lo saludamos Chris y yo al mismo tiempo.

—¿Qué les apetece tomar? —formula a la vez que nos entrega la carta.

—Solo quiero agua mineral, por favor —le respondo de inmediato.

—Para mí también.

—Muy bien. Mientras observan la carta les traigo su bebida.

—Muchas gracias.

—Todo se ve delicioso.

—La verdad es que sí. Te traje aquí porque la comida es estupenda, además de que el dueño es amigo mío.

—Vaya, vaya. Cada día me sorprendes muchísimo más. Al lugar donde vas tienes algún tipo de conexión.

—Pues sí. Es una ventaja cuando eres millonario. Y tú podrías irte acostumbrando a serlo.

Somos interrumpidos por el mesero, nuevamente. Esta vez nos trae nuestras bebidas.

—Y bien, señores, ¿ya decidieron que van a comer?

—Sí, yo quiero un sancocho de República Dominicana, por favor —informa Chris.

—Por mi parte, quiero una cazuela de Chile —le menciono.

—Muy bien. ¿Y de postre?

—Una ensalada de frutas estaría bien.

—Lo mismo para mí, por favor.

—Como no. En unos minutos les traigo la comida.

Se va dejándonos nuevamente a solas, mientras aprovecho de continuar con nuestra conversación.

—No digas eso. Nunca he tenido tanto dinero. Siempre he sido ahorrativa. Como ya sabes, parte de mi sueldo se lo enviaba a mi madre por los gastos que tenía por mi hermana.

—Lo sé, cariño, lo sé, pero eso es parte del pasado.

—No sabes cuán agradecidas estaremos de ti. Aun así, sabes que quiero devolverte hasta el último centavo que gastaste en el hospital.

—Cariño, esto ya lo hablamos. No es necesario.

—Para mí es importante, amor. Ya te lo expliqué.

—Sí, amor, lo hiciste. Pero dime, ¿qué sacas con devolverme ese dinero si cuando ya estemos casados tú también podrás acceder a él?

—Bueno sí, pero...

—Pero nada, cielo —me interrumpe—, es totalmente ridículo. Soy feliz con que te cases conmigo —admite, tomándome de la mano.

—Sabes que si acepté casarme contigo es porque te amo y no porque sea mi manera de agradecerte.

—Lo sé. Jamás he pensado siquiera lo contrario.

En eso, llega el mesero con nuestra comida. Apenas pone los platos sobre nuestra mesa, se ve que son sencillamente deliciosos, además de coloridos y llamativos.

Comenzamos a disfrutar de nuestra cena y a conversar de miles de cosas, algunas de ellas, incluso sin sentido. Cada momento que pasamos juntos es un instante con algún pequeño recuerdo o detalle que, sin duda, será difícil de olvidar, tanto para mi adorado jefe como para mí.

—¿Nerviosa? —escucho, de pronto, desde la voz de mi novio.

—¿Cómo dices?

—Que si estás nerviosa porque ya viviremos juntos oficialmente.

—Ya te había dicho que sí. Claro que estoy nerviosa.

—Todo irá bien. Lo prometo.

—Eso sí, tenemos un detalle.

—¿Y eso sería?

—Tanto tú como yo trabajamos en la empresa, por lo que deberíamos contratar a alguien para que nos ayude con el aseo y la comida.

—Ya hablas como toda una dueña de casa, pero sí, tienes razón. Debemos contratar a alguien para el trabajo.

—Si quieres ese asunto lo veo yo. Con todo lo pendiente que tienes en la empresa, no quiero que te cargues aún más con eso. Puedo hacer espacio entre mis asuntos y comenzar a buscar a alguien.

—Me parece perfecto. Tú buscas a alguien y por ende, tú mandas en casa.

—¿Estás seguro? Porque puedo llegar a ser muy mandona cuando me lo propongo. —Chris se ríe ante mi comentario.

—No te preocupes. Aprenderé a obedecerte si es necesario.

Halagada de oír sus palabras, sonrío. Me encanta saber que a pesar de ser un gran millonario es un hombre dócil que no demuestra posición de mando en nuestra relación, solamente lo hace en la empresa, ya que es el jefe y debe de mostrar un papel de seriedad.

—Está dicho, entonces mañana mismo busco a alguien para la labor. Espero no sea tan difícil.

—Tranquila, te aseguro que lo harás bien.

—Gracias por la confianza.

Seguimos comiendo hasta concluir una cena espléndida, cuando llega a saludarnos el dueño del local, que Chris me ha dicho que es su amigo. Se llama Héctor y es mexicano. Lo acompaña Dayalis, su esposa, quien es de Panamá.

Nos cuentan que se conocieron en Sudamérica y quedaron tan maravillados con todo lo visitado que se les ocurrió abrir un restaurante multicultural aquí en Chicago. Sin duda, son personas muy adorables con las cuales tengo el privilegio de compartir.

Nos despedimos cordialmente de ellos, prometiendo regresar pronto. Por mi parte, eso es seguro, ya que he quedado encantada con cada una de las historias que nos relatan.

Al terminar, regresamos al coche para partir rumbo a nuestro nuevo hogar.

Narrador omnisciente

Sentía que todo estaba fracasando, porque había descubierto que ella se había mudado de allí. Había llegado un día al edificio donde vivía para, decididamente, enfrentarla. Había preguntado en la conserjería por si se encontraba, pero fue tal su sorpresa cuando se enteró que, sin duda, la tarea se le había complicado al constatar que se había mudado con su novio.

Despidiéndose de manera cordial del conserje, para que este no sospechara nada, se marchó. Estaba claro que debía comenzar a idear un nuevo plan, prontamente.

Ashlee

—Bienvenida a tu nueva casa —dice Chris apenas entramos al departamento que desde esta noche compartiremos.

—El que te aseguro se convertirá en nuestro nuevo hogar —respondo con una amplia sonrisa en mi rostro.

Apenas expreso eso, Chris me abraza desde la espalda, susurrándome:

—Te adoro, cariño. Te aseguro que seremos muy felices juntos.

—Te creo, mi amor, te creo.

—¿Estás cansada? —asiento con la cabeza en mi posición—. Ven, vamos a descansar. Llamaré a Michael para que esté a cargo solo por mañana. Tendremos nuestro propio día de mudanza, subiendo tus cosas y acomodándolas. ¿Te parece una buena idea?

—Me parece perfecto —aseguro, al tiempo que giro entre sus brazos para apoyar mi cabeza en su pecho.

Permanecemos de esta manera por unos minutos, hasta que nos separamos y nos encaminamos hasta nuestra habitación. Tal es mi sorpresa cuando entramos, que no puedo hacer más que taparme la boca con las manos. Arriba del edredón de

diseños en blanco y negro hay un dibujo de corazón hecho con pétalos de rosas que lo tapan. En su interior se puede leer: "bienvenida".

Giro sobre mi misma y me abalanzo sobre Christopher, emocionada como una niña pequeña. Tanta es mi torpeza al hacerlo que caemos juntos al suelo, con mi cuerpo sobre el de él.

—Parece que te gustó mi sorpresa —dice mi novio con una gran sonrisa.

—¿Qué si me gustó? ¡Me encanta! —En ese preciso instante, lo beso, demostrándole mi amor y mi entrega hacia él. Chris responde a mi beso con el mismo entusiasmo. Como está siendo habitual en nosotros, nuestro beso comienza a subir de a poco en intensidad, la que nos obliga a levantarnos del suelo.

—Te amo, nena —expresa con la respiración entrecortada.

—Yo también te amo —le respondo de la misma manera.

Dicho esto, nos besamos por segunda vez. Mi novio me acaricia por diferentes partes de mi cuerpo de manera suave y casi imperceptible, provocándome cosquillas. Chris deja mi boca por un momento, mientras le acaricio la cabeza y los hombros.

Acerca sus manos a la parte baja de mi chaqueta y empieza a desabrochar los botones. Los suelta por completo y saca la prenda por mis brazos. Nuevamente me besa de manera calmada. ¡Dios, sus labios son tan suaves, que estoy segura me volveré adicta a ellos!

Caigo a la cama mientras mi chico me besa, y poco a poco nos quitamos la ropa el uno al otro. Me es inevitable admirar el cuerpo de mi novio cuando, finalmente, estamos en ropa interior. Puedo notar que él está haciendo lo mismo.

—Eres tan bella, mi amor. Estoy tan enamorado de ti que no logro entender cómo no me había fijado antes —asegura, mirándome insistentemente a los ojos.

—Eso ya no importa —le respondo—, porque lo que verdaderamente importa es que ahora tú y yo somos uno.

—Tienes razón. Aprovecharé cada instante que pueda mientras estemos juntos.

Vuelve a besarme lentamente. Todo el amor que nos demostramos es perceptible en este preciso instante. Boca, cuello, orejas, pechos, hombros, vientre, muslos... No existe parte de mi cuerpo que no sea tocado por sus labios. Adoro su manera de tocarme, haciéndome reaccionar, percibiendo que mi sexo comienza a humedecerse y, lo mejor de todo, sintiéndome deseosa de él.

Se separa brevemente de mí, levantándose con él para quedar semi-apoyada en la cama con mis brazos. Me observa, me analiza... Puedo leer su pregunta con solo mirarlo.

—Hazlo. Deseo hacerlo tanto como tú —lo animo.

Sin mayores palabras, su boca vuelve a tocarme. Sus manos viajan por mis hombros, bajan lentamente por mis brazos y se desplazan hacia mi espalda. Suelta el broche de mi sostén y lo saca. Deja de besarme la boca para ir directamente a uno de mis pechos. Succiona, lame y aprieta con su boca, me hace delirar de deseo. Su mano libre viaja a mi otro pecho y lo acaricia.

Jadeos y gemidos comienzan a salir de mi boca. De pronto, siento que sus manos van hacia el sur de mi cuerpo y por el costado de mis muslos agarra mi tanga y

la saca de mis piernas. Estoy completamente desnuda ante mi novio. No puedo negar lo nerviosa que me encuentro. Llevamos algo más de tres semanas de relación y ahora nos casaremos. Aun así, será la primera vez que haremos el amor.

Sin miedo, llevo una de mis manos a su zona baja y siento su erección por sobre su bóxer. Acaricio por fuera de este, sintiendo cómo su sexo palpita en mi mano, además de jadeos que salen desde la boca de Christopher y eso me excita aún más. Al igual que lo hizo él conmigo hace un momento, ahora soy yo quien termina por desnudarlo.

Nos miramos, sonreímos, somos capaces de decirnos todo con tan solo contemplarnos el uno al otro. Con mis ojos le digo que estoy preparada. Chris lo entiende a la perfección, ya que comienza a besarme y a tocarme de inmediato.

Estoy segura que será una gran noche para los dos.

Capítulo 26

Al despertar esta mañana, lo primero que hago es sonreír al recordar la maravillosa noche que pasamos con mi novio. Inconscientemente, me llevo mi mano derecha a mis labios al evocar los suyos sobre los míos. Me doy vuelta y veo a Christopher todavía dormido. Está acostado sobre su estómago y tapado, solamente, desde la cintura para abajo. Su rostro se halla girado hacia mi lado y su cabello se encuentra completamente despeinado. Se ve realmente sexy.

Me acomodo más hacia su costado y con mi mano izquierda le acaricio su semblante. Se ve increíblemente guapo mientras duerme. Soy una afortunada, ya que podría verlo despertar todas las mañanas y, sin dudarlo, sé que serían momentos maravillosos.

—Buenos días, mi amor —dice Chris luego de abrir los ojos.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo dormiste?

—Más que bien, gracias a ti.

Me ruborizo. Toma mi rostro entre sus manos para acercarlo al suyo y besarme.

—¿Cómo dormiste? —me pregunta.

—Dentro de lo que me permitiste hacerlo, bastante bien —le respondo, recordando lo sucedido anoche.

—Tú tampoco me lo hiciste fácil, debo decir —añade él—. ¿Quieres levantarte?

Niego con la cabeza. Lo que menos me apetece por ahora es apartarme de su lado.

—Quiero estar un rato más en la cama. Estoy cómoda y quiero aprovechar el día contigo.

—Me has leído la mente, porque pienso exactamente lo mismo que tú.

Nos mantenemos acostados y abrazados. Por un instante, pienso en ese momento, cuando estuve totalmente desnuda ante él. Por un segundo creí que sería algo incómodo, pero ahora me doy cuenta que estaba completamente equivocada.

Sus brazos me rodean y ambos disfrutamos de la compañía del otro. Poco a poco, nuestro deseo de volver a estar juntos íntimamente se hace presente en la habitación. Comenzamos a besarnos y nuestras bocas y lenguas se unen en una danza de pasión y amor, para luego unirse al juego nuestras manos.

Narrador omnisciente

Estaba desesperado. No podía dar con su nuevo paradero. Había ido a la empresa donde Ashlee trabajaba para consultar por ella, pero la secretaria tenía

órdenes estrictas de no dar información personal de los empleados. Esto se hacía cada vez más difícil.

Al llegar al lugar que arrendaba, pensó durante largo tiempo qué estrategia sería la más idónea para lograr llegar a Ashlee. Recordó a la mujer que le había ayudado años antes a robarle dinero a un millonario que tenía de pareja. Ella, quizás, podría ayudarlo. Por lo que buscó su celular para revisar si todavía guardaba su número en aquel aparato.

—¿Diga? —dijo ella.

—¿Te acuerdas de mí, preciosa? —respondió la grave voz.

—Claro que me acuerdo de ti, cariño. Cómo olvidarte, si me dabas el más delicioso de los placeres.

—Preciso de tu ayuda. Necesito ubicar a alguien que posiblemente tú conozcas, ya que se movía en tu círculo.

—Dime quien es y veré si puedo ayudarte.

—Necesito encontrar al dueño de Adams Inc. ¿Lo conoces?

—Por supuesto que lo conozco. Dime qué quieres de mí y, por supuesto, de él.

—Necesito información sobre la chica que fue mi novia. Ella trabaja en esa empresa.

—¿Y cómo pretendes que yo lo contacte? Hace varios años que no sé nada de él.

—Eso tendrás que verlo por tu cuenta.

—Muy bien. Cuando tenga novedades te informaré.

Luego de despedirse y colgar la llamada, se fue a duchar, ya era tarde y necesitaba idear un nuevo plan para llegar a Ashlee. Esta vez, esperaba que aquella mujer pudiera ayudarlo.

Christopher

Ashlee y yo terminamos de acarrear las cajas y cosas que implican su mudanza, al que ahora es nuestro departamento.

Ha sido, hasta el momento, un gran día. Por la mañana, revivimos lo que sucedió anoche y debo decir que su cuerpo era tal y como lo había imaginado.

Quizá suene como si solo me interesara aquello, pero puedo asegurar que no es así. Han pasado ya tres semanas desde que somos novios y por las circunstancias ocurridas no habíamos podido llegar al siguiente nivel de nuestra relación. Por eso sé, que tanto Ashlee como yo, disfrutamos al máximo de nuestra intimidad. Desde un principio, mi novia entendió que siempre la respetaría y esperaría todo lo necesario hasta que ambos estuviéramos listos para dar el siguiente paso. Han pasado, además, varias cosas que también han ayudado a que nuestro momento se retrasara. Pero ahora me siento pleno. Ash ya es mía, así como yo lo soy de ella. Eso y mis sentimientos, nada ni nadie los cambiarán.

—Cariño, ayúdame a llevar esta caja que ya me duele un poco el brazo derecho —dice al momento de entrar en nuestra habitación. Me acerco a ella y le

ayudo a cargar la caja hasta el baño—. Gracias, ya no daba más de la incomodidad de la muñeca.

—¿Qué tanto traes aquí? —pregunto curioso, una vez que dejo la caja sobre la encimera del baño.

—Mis productos de baño y maquillaje —responde tranquila.

—Ya veo —menciono luego de confirmarlo—. Bueno, ya tendrás tiempo de ordenarlo todo.

—Lo sé, Chris. Lo haré de a poco.

—¿Cuántas cosas más te están faltando?

—Solo mis dos maletas con ropa y estoy lista.

—Me parece excelente. Vamos por ellas.

Nos tomamos de la mano y bajamos por el ascensor para llegar al estacionamiento, donde nos espera el camión de la mudanza.

Efectivamente, solo quedan esas dos maletas. Una vez cerrado el vehículo, y las llaves guardadas en mi bolsillo, cada uno con maleta en mano subimos por última vez en el día hacia nuestro departamento.

Ahora me toca dejarle un lugar a Ashlee para que pueda guardar su ropa. Al menos, el closet es bastante amplio y no tendremos problemas de espacio.

Mientras va sacando su ropa, le ayudo colgando lo que me indica. Ya doy por sentado que le gusta ordenar la ropa por color. Espero que no sea como algunas mujeres que se desesperan cuando descubren que tienen alguna prenda fuera de sitio.

—Por fin, ya saqué toda la ropa de las maletas. No recordaba tener tanta.

—Estoy igual de sorprendido, pero por suerte solo llenaste dos maletas con ropa, gracias a la sugerencia que te di. Si no, te aseguro sería, al menos, un bolso más.

—Es verdad. Tuve suerte.

Nos vemos interrumpidos en nuestra conversación debido a que suena el teléfono de Ashlee, quien se levanta del suelo y se acerca a la ventana a contestar. Al parecer, no es nada bueno lo que le dicen, por la cara que pone. Cuelga la llamada y se acerca a mí.

—¿Sucede algo, nena? —pregunto cuando llega a mi lado.

—Era Roger, el conserje de mi edificio. Dijo que había llegado un joven a preguntar por mí.

—Eso no tiene nada raro, ¿o sí?

—No lo sé. Lo que sí me deja preocupada es la descripción que me dio del joven. Es algo similar a la del chico con el que tomé el elevador del edificio hace un par de días, cuando me fuiste a buscar.

—Entonces, ahí está tu respuesta. El chico del elevador te espiaba a ti.

—¡Por Dios! ¿Qué haré ahora?

—Por el momento, no volverás a tu departamento. Estarás conmigo aquí y en la empresa. Si es necesario, tendrás un escolta.

—Tengo miedo.

—Tranquila, nena —me acerco para abrazarla—, estaré aquí para ti y lo que necesites.

—Gracias, cariño. No sé qué haría sin ti.

—Calma, nena —le repito—, todo irá bien. Mejor olvidemos el tema por el momento.

—De acuerdo. No quiero pensar en nada más por ahora.

Y así, seguimos ordenando hasta dejar todo tal y como a Ash le gusta. Podría decirse que se aprovecha de mi amor por ella, ya que tengo que cederle mi lado de la cama. Me fue imposible resistir a la mueca que hizo con su cara.

Al menos, todo esto me tiene más que feliz. Por fin mi chica estará las veinticuatro horas del día junto a mí. Ahora solo nos queda conversar de nuestro matrimonio, pero para eso todavía tenemos tiempo.

—¿Te apetece hacer algo, cariño? —me pregunta luego de terminar todo y recostarse en la cama.

—Podríamos ir a nadar un rato a la piscina del edificio. Está en la azotea. Desde allí hay una vista espectacular.

—¡Es una gran idea! Además, hace mucho calor.

—Bueno, vamos a cambiarnos y luego a divertirnos un rato.

Nos cambiamos de ropa. Ella en el baño y yo en el dormitorio. Aunque ya nos conocemos desnudos, mi novia sigue siendo algo tímida. No me molesta el hecho de que no quiera que la vea, es totalmente adorable su reacción, pero al verla salir quedo prácticamente embobado, porque el traje de baño de dos piezas de color verde que luce hace que su cuerpo se vea espectacular. Lleva su toalla en la mano, pero la mueve casi al instante para taparse.

—No me veas así que me avergüenzo —me reprocha.

—Lo siento, mi amor, pero es imposible no verte, con lo hermosa que te ves.

—Tampoco es para tanto.

—Quizás, no te das cuenta, pero déjame decirte que eres preciosa. —Apenas termino de decirlo, corre su cara hacia el lado derecho. Con eso puedo darme cuenta de que sabe que es linda, pero aun así se subestima.

—Mejor, vámonos ya a la piscina —responde a cambio.

—De acuerdo. Vamos.

Subimos a la azotea del edificio, desde la cual apreciamos todo el lugar. La piscina en un lado es techada y por el otro es abierta. La vista es magnífica. Se puede ver el atardecer, y la luz del momento hace que sea un instante muy romántico. Ashlee queda atónita ante lo que ve.

—¡Es espectacular! —exclama luego de maravillarse con todo.

—Sí. Hay veces que cuando me siento algo decaído vengo aquí y me quedo en el pequeño parquecito que se habilitó —comento, señalando un costado de la piscina.

—Suena triste, pero me agrada saber un poco más de ti —manifiesta, abrazándome.

—Eso siempre, cariño. Solo debes preguntármelo.

—Eso haré. A ver si jugamos un día a las veinte preguntas.

—Ya llegará ese día, pero por ahora es hora de nadar un rato. Vamos.

Y así estuvimos nadando y disfrutando durante un par de horas. Tener a mi novia momentos así, hace que todo sea más especial. Cada instante que pasamos juntos, es como si estuviera hecho para nosotros dos.

Es hora de regresar a nuestro departamento. Es tarde y mañana volvemos al trabajo. De seguro, hoy Michael tuvo que liar bastante con algunas cosas.

—¡Estoy agotada! Te aseguro que mañana amanezco con todo el cuerpo adolorido.

—Es cosa de acostumbrarse. Al principio me pasaba igual, pero con el tiempo se convirtió en rutina y ahora ya no molesta tanto como antes.

—Espero sea verdad lo que dices. Estaré feliz de nadar todos los días luego del trabajo.

—Entonces, podrás hacerlo todas las veces que quieras.

—Y disfrutaré de cada una de ellas. Ya se hizo tarde, regresemos, mañana debemos ir a la empresa.

—De acuerdo, nena. Mejor nos vamos.

Capítulo 27

Ashlee

Estoy arreglándome para ir a trabajar y esta vez sí que se siente diferente. Porque despertar en tu casa y siendo soltera es una cosa, pero despertar en la casa de tu novio para ir a tu trabajo y que encima tu novio sea tu jefe es otra totalmente distinta.

Hoy es el primer día que nos vamos juntos al trabajo, desde el mismo departamento y se siente especial. Adoro que Chris sea tan cuidadoso y preocupado; con esto de que hay alguien por ahí, pendiente de mí, no quiero imaginar qué podría llegar a pasar más adelante, tanto a mí y como a él.

—¿Ya estás lista, cariño? —me pregunta desde la cocina.

—Sí, amor, ya lo estoy —le respondo luego de cerciorarme de que no me falta nada.

—Entonces, ¿nos vamos? —Se acerca a mí y me ofrece su brazo para agarrarlo e irnos juntos. Lo acepto con gusto.

—Vámonos.

El trayecto a la oficina lo hacemos entre arrumacos y una charla muy amena. Es encantador ver que estamos así de bien. Dios quiera que nadie nos arruine este día.

Al llegar a la recepción del edificio, Mónica, la recepcionista, se acerca a nosotros prácticamente corriendo y con una cara de susto y preocupación.

—Buenos días, Ashlee, señor Adams.

—Buenos días, Mónica —contestamos al unísono—, ¿sucede algo? —concluye mi novio.

—Sí, señor. Hay una señorita esperando en su oficina. Le dije que lo esperara aquí, pero insistió.

—¿Avisaste a seguridad? —pregunta Christopher.

—Sí, señor. Hay un guardia con ella, esperándolo. Prometió no hacer ningún escándalo.

—De acuerdo, Mónica, gracias. Lo resolveré inmediatamente.

La cara de Christopher lo dice todo, está inquieto y preocupado. Durante la breve conversación que mantuvimos con la recepcionista no me soltó la mano, a lo que ésta se dio cuenta y sonrió. Más tarde le contaré todo.

Una vez que nos despedimos de Mónica, tomamos el elevador que nos lleva directo a nuestro piso. Al llegar no hay nadie en la sala, junto a mi escritorio, por lo que asumimos está en la oficina de Christopher.

—Debo ir a ver de qué trata todo esto. ¿Me podrías traer un café?

—Sí, cariño. Te lo preparo enseguida y lo llevo.

Nos despedimos por el momento con un breve beso y al separarnos Chris va de inmediato a su oficina sin mirar atrás. Puedo ver que su expresión es de seriedad absoluta. Por mi parte, dejo mis cosas en mi escritorio y me dirijo a la cocina a preparar el café que me ha pedido. Mientras lo hago, no puedo dejar de pensar en la misteriosa mujer que llegó a su oficina.

Cuando está todo listo, salgo de la pequeña cocina, camino directo al despacho de mi novio, toco la puerta y espero la señal para entrar. Cuando eso sucede, lo hago.

La expresión de Chris es, claramente, repudio ante la mujer. Ella lo mira con una sonrisa en su rostro. Al parecer, no ha habido palabra alguna desde que entró a su oficina.

Simplemente, dejo la taza de café a un costado de su escritorio y comienzo a darme la vuelta para salir.

—Ashlee, detente —expresa, de pronto, Chris—, ven aquí, por favor.

Hago lo que me pide, situándome a su lado, mientras me toma la mano. Mira nuevamente a la mujer y solo dice:

—¿Qué quieres, Sarah?

Capítulo 28

¿Sarah?

¿La ex de Christopher?

¿Por qué está aquí?

Son muchas las preguntas que comienzan a llegar a mi cabeza. Por el momento, ninguna puede ser respondida. Al menos, solo hasta que ella empieza a hablar.

—Te lo vuelvo a preguntar, ¿qué quieres y qué haces aquí?

—Te diré que en el último tiempo me he estado acordando de ti y por lo tanto quise venir a verte.

—¿Y qué crees, que te dejaré volver a entrar en mi vida así de fácil?!

—Sé que es difícil, pero estoy aquí para que me perdones.

—Está demás decir que no te quiero cerca y mucho menos de regreso en mi vida. —Ante estas últimas palabras es fácil darse cuenta de que Chris está muy molesto, pero aun así trata de verse sereno.

—Tranquilo, cariño —le digo en voz baja, acercándome un poco a él.

—Estoy bien —me responde—. Dime la verdad, ¿a qué viniste? —le pregunta nuevamente a Sarah.

—Ya te lo dije, vine a verte y a saber cómo estás.

—¡LUEGO DE QUE ME ROBASTE! —grita muy alterado—. ¿¡Luego de arruinarme!? ¿¡Luego de que ya tengo mi vida hecha otra vez!? ¡Por qué mejor no te largas y no vuelves más! Después de lo que me hiciste no quiero saber nada de ti, ¡absolutamente nada!

—Sé que estás molesto conmigo pero...

—¡Pero nada! —la interrumpe—. ¡No quiero volver a verte! Ahora, será mejor que te largues de aquí y no vuelvas a poner un pie de nuevo en mi empresa.

—Bien. Me iré, pero te prometo que no será la última vez que me veas o sepas de mí.

Apenas expresa esto, se da vuelta y sale de la oficina.

—Peter, síguela, por favor, y asegúrate de que salga del edificio. —Se dirige al guardia que se halla a un costado.

—Sí, señor. Como usted ordene —le responde, retirándose.

Una vez solos, me acerco a mi novio y, simplemente, lo abrazo. Sé y entiendo que este momento sea difícil para él, por lo que las palabras sobran. Que de un día para otro llegue tu ex novia y venga como si nada hubiese pasado, claro que no es común, y mucho menos de tu agrado.

—Todo va a estar bien, cariño. Te lo prometo —aseguro con la intención de brindarle calma y serenidad.

—¿Por qué tenía que llegar justo ahora? ¡Cuando logro rehacer mi vida!

—Eso es algo que no puedo responder, pero te aseguro que estaré ahí cuando me necesites.

—Gracias, nena. Sé que puedo confiar en ti.

Seguimos abrazados, pero Christopher es quien se aparta para tomarme de las manos y apoyar su frente contra la mía. Esta acción es algo que ya hemos hecho antes y que nos da fuerza para enfrentar los problemas. La primera vez fue cuando pasó lo de Melissa.

Por cierto, he sido una ingrata. Debería llamar a mamá y preguntar por cómo están. Desde que regresamos, apenas he tenido tiempo de llamarlas.

—Debo llamar a Mónica.

—Sí, cariño, por supuesto. Te dejo solo para que hables más tranquilo.

—*Okay*. ¿Podrías traerme un té? Con lo que sucedió, seguro ya está frío el café.

—Enseguida lo traigo.

Nos soltamos de las manos y Chris se sienta en el sillón de su escritorio mientras yo tomo la bandeja y la taza para llevarlo nuevamente a la cocina. Cuando ya estoy saliendo, me doy la vuelta, ya que puedo sentir la mirada de mi novio sobre mí. Al contemplarlo, le lanzo un beso y él me responde con un guiño, cosa que él sabe que me encanta.

Me vuelvo a girar y continúo mi camino hacia la salida, abriendo la puerta para ir a preparar su té.

Christopher

¿Por qué tenía que aparecer luego de tanto tiempo?

¿A qué se debe su regreso?

Acaso, ¿no le bastó con el dinero que me robó y viene por más?

No entiendo nada. Solo espero que me obedezca y no regrese de nuevo por aquí. De todos modos, sé que es difícil, la maldita de Sarah siempre fue llevada a sus ideas y muchas veces ese era el motivo principal de nuestras discusiones. Solo espero que no joda lo que ahora tengo con Ash.

Gracias a ella tengo una estabilidad emocional que no tenía desde hace mucho tiempo. Es todo lo que necesito y, simplemente, haré todo lo posible para que seamos marido y mujer.

Mientras espero que mi novia me traiga el té que tanto preciso, decido llamar a la recepcionista y dejar unas cosas en claro.

—Dígame, señor Adams.

—Mónica, por favor, la señorita que subió hace un rato tiene prohibida la entrada al edificio. Si la ves, mírala muy bien para que la reconozcas por si pretende regresar de nuevo.

—Por supuesto, señor. Como usted diga.

—Otra cosa. Avísales también a los guardias. Esta mujer solo traerá problemas.

—Claro, señor. Le informo que ahí viene saliendo del elevador seguida por Peter.

—Muy bien, si sucede algo, solo avísame.

Apenas termino de hablar, cuelgo la llamada y justo en ese instante viene entrando Ash con el té que le pedí.

—Aquí tienes, cariño —dice, colocándolo a un costado de la laptop—. ¿Te sientes bien?

—La verdad, no —le respondo con sinceridad. Puedo ver su cara de angustia, pero no logro saber si es por mí o por lo que podría pasar, por lo que me levanto y la abrazo—, pero tú tranquila, —le pido, mirándola a los ojos—, te prometo que pase lo que pase, nada cambiará entre nosotros.

—Debo confesar que tengo miedo —me informa algo nerviosa.

—No te preocupes, si viene por alguien es por mí, pero no se lo haré tan fácil.

—Aun así, Chris, de solo saber que hay alguien por ahí, detrás de mí, y ahora vuelve tu ex, es inevitable pensar que algo malo va a suceder...

—Lo sé, no creas que a mí no me preocupa. Solo debemos tratar de mantenernos en calma.

—Trataré, pero no te aseguro nada. Será mejor que nos pongamos al día con todo lo pendiente. Creo que, además, sería bueno salir con nuestros amigos para distraernos un rato.

—Creo que sí. Le preguntaré a Michael a ver si se anima a ir con Rachel.

—Por mi parte, invitaré a Sophie, hace rato que no hemos salido juntas.

—Me parece bien.

Nos despedimos y Ashlee sale de mi oficina.

Ashlee

Estamos en nuestro departamento, preparándonos para salir, junto a nuestros amigos. Sin duda, lo necesitamos. Decidimos ir al local de un amigo de Chris.

Nos juntaremos en la entrada del local. Sophie me avisa que irá junto a Mónica, la recepcionista de la empresa, y con dos amigos de ella para no "tocar el violín", ya que Michael irá junto a su prometida y nosotros. No es un problema, ya que consideramos que mientras más personas asistan, mejor.

Luego de la inesperada visita de Sarah a la empresa, transcurre una semana en la que comencaron a llegar notas hacia mí de parte del chico misterioso. Sarah, entretanto, llama por teléfono para ver si existe la posibilidad de ver a mi novio, pero él no da su brazo a torcer y no acepta las llamadas, y por último, yo aprovecho y le ofrezco trabajo a una señora de Alemania de nombre Helga, quien es muy amorosa y hogareña; me recuerda inmediatamente a mi mamá.

Le estoy ofreciendo venirse a vivir con nosotros, ya que lo conversamos con Christopher, y sería mucho más útil tener a alguien que trabajara todos los días. Todavía no me da una respuesta.

—¿Cómo me veo, cariño? —le consulto cuando salgo del baño con mi vestido color vino tinto de un solo hombro y que me llega hasta un par de dedos sobre la rodilla.

—Radiante y hermosa no es suficiente —me responde como si me fuera a comer.

—No me mires con esa cara, que ya sé lo que piensas, y créeme que no sucederá.

—¿Y qué sería lo que pienso? —formula con mirada inocente, abrazándome y disimulando no saber de qué hablo.

—Tú lo sabes, no te hagas el tonto. Mejor terminemos de arreglarnos para salir.

—Nuestra salida puede esperar... ven aquí.

Apenas terminó de hablar, me toma por sorpresa, besándome de manera arrebatadora y pasional. Suelta mi boca y busca mi cuello y hombro. Sus besos son suaves caricias que me ponen la piel de gallina. Aunque quisiera parar y salir ya, es imposible que me resista a sus besos y caricias, por lo que terminamos en nuestra cama haciendo lo que aquí acaba de empezar.

Capítulo 29

Todo el grupo lo está pasando fenomenal. Sophie y yo tenemos que ponernos al día en tantas cosas. Me cuenta que está saliendo hace unos dos meses con su vecino llamado Zack —el chico con el que vino esta noche—; le recrimino por no haberme contado antes, pero me confiesa que lo deseaba hacer, pero que por falta de tiempo no ha podido.

Mónica, por otro lado, está sorprendida ante mi relación con Christopher, pero también se alegra por él, ya que escuchó lo mal que lo pasó su jefe en su relación anterior. Ella y su acompañante son solo amigos.

Con Rachel es como si nos metiéramos en nuestra burbuja de amistad. Me cuenta que con Michael han puesto finalmente fecha para su matrimonio y que será en agosto. Han contratado a una organizadora de bodas llamada Rosie, porque han oído que es muy exitosa. Por supuesto, mi nueva amiga no perderá detalle alguno de la organización de su boda.

Michael y Chris, como siempre, aunque estuvieran fuera de su horario de trabajo, hablan temas de la oficina. Ya es un poco cansador escucharlos todo el tiempo charlar de eso.

—Cariño, Michael, ¿serían tan amables de conversar de otros temas que no sean de la oficina? Es un poco agotador —les sugiero, acompañando la frase con un gesto de cansancio.

—A decir verdad —me responde Michael—, tu prometida tiene razón, amigo. Se supone que vinimos a pasarla bien.

—Lo siento, socio. Es que son tantas las cosas que han pasado últimamente, que siento como si no tuviera cabeza para nada más —confiesa Chris, finalmente.

—Todos entendemos eso, pero se supone que vinimos a disfrutar —agrega Sophie.

—Bueno, de acuerdo, de acuerdo... —dice derrotado—, la próxima ronda la pago yo.

Todos gritamos y vitoreamos de alegría.

La música está espectacular. Hay de todo, desde rock, pop, salsa, merengue, hasta reggaetón. De vez en cuando, alguna pareja sale a bailar. En ocasiones yo logro convencer a mi novio de hacerlo conmigo y aunque no le gusta, siempre termino ganando, consiguiendo que se levante del asiento y disfrute conmigo unas cuantas canciones. Debo decir que, aunque dijera que no le gustaba bailar, sí sabe moverse, y muy bien. ¿Será verdad eso que dicen que cuando eres bueno en la cama, lo eres bailando o viceversa? En mi caso, Chris me está dando la respuesta.

—¡Hola, Christopher! ¿Cómo estás? —se escucha de pronto por un costado. Giramos hacia dónde provenía esa voz y es cuando vemos a una muy sonriente Angelique.

—Señorita Jacobson, ¿cómo está usted? —Fue deducible, por la cara de Angelique, que no le agradó la forma en cómo Chris respondió ante su saludo.

—Muy bien, gracias. Salí a divertirme un rato con unas amigas.

—Hola, Angelique, ¿cómo estás? —intervengo para que advierta mi presencia, la que ha pasado desapercibida para ella, ya que no responde a mi saludo. No me preocupa, pero sí sé que se molestó, fue demasiado obvia su cara para no notarlo.

—Le diré a mi padre que te vi hoy. En una de esas se anima y va nuevamente a tu oficina a discutir el trato.

—Si es así, lo estaré esperando. Un gusto verla, señorita. Seguiré disfrutando de mi noche junto a mi novia, si me lo permite.

—Sí, sí, claro, adelante. —Se despide y se va junto a su grupo de amigas, dejándonos solos.

—¿Un gusto verla, señorita? —increpo a mi novio.

—¿Estás celosa? —me pregunta a cambio.

—Sí, lo estoy, pero solo responde, por favor. —Lo miro enojada.

—Fue para saludarla de manera cordial, ¿qué otra cosa podía decirle?

No sé si son realmente celos o el alcohol en mi cuerpo está hablando por mí, pero definitivamente no me agrada del todo su respuesta. Por lo que voy hacia la mesa para terminar sentándome al lado de Rachel, la cual me mira sorprendida ante mi actitud.

—¿Problemas en el paraíso, amigo? —se burla Michael.

—No te burles. Solo fue un pequeño ataque de celos —le responde.

—¿Pequeño?! —reclamo de inmediato—. ¿No ves la forma en cómo te mira? Es obvio que tanto ella como su padre no se han olvidado del "famoso trato" —digo esto último haciendo las comillas al aire.

—Cariño, sabes que a quien quiero es a ti. No podría mirar a nadie más. Que ella y Eric quieran llevar eso a cabo es problema de ambos.

—También es tuyo al querer involucrarte.

—Sí, eso lo sé, pero ya te dije que no se los haré fácil. Si es necesario, hasta me buscaré otro socio para abrir sucursales por allá.

Mis nervios siguen algo alterados por el alcohol, por lo que le pido a Rachel que me acompañe al baño, ya no aguanto mis ganas de ir.

Una vez que llegamos, la cola es algo larga y por lo tanto debemos esperar. De pronto, la mujer que está por delante de nosotras se gira cuando se da cuenta que se sitúan personas a su espalda y que una de ellas soy yo, la mujer del mejor amigo de su marido.

—¿Dayalis? ¡Hola!

—¡Ashlee! ¿Cómo estás?

—Muy bien, qué sorpresa verte por aquí.

Y lo dice en serio, siendo su marido dueño de un restaurante que se transforma en pub por la noche, es algo raro que esté en otro.

—Sí, lo que pasa, es que aunque tratamos de disfrutar de la noche, no siempre podemos, porque la mayoría del tiempo están preguntándole a Héctor por algo del

negocio, y eso lo agota cuando quiere relajarse, por lo que optamos por otro local para divertirnos. A este venimos hace ya unos tres años.

—Sorprendente, pero totalmente entendible. Por cierto —me giro hacia mi amiga—, te presento a Rachel, es una amiga.

—Hola, ¿qué tal! —la saluda muy gentil.

—El gusto es mío, linda.

—Por Dios, qué larga la fila. Avanza a paso lento.

—Yo ya llevé unos diez minutos esperando. Aunque muero por volver con mi marido, prefiero esperar por mi turno. Lo dejé con el dueño del local.

—¿No me digas que es amigo del dueño?

—¡Sí! —exclamo—. Se llama Derek y es una gran persona, ¿cómo lo sabías?

—Vinimos para acá porque Chris es amigo del dueño.

—Que chico es el mundo —asegura Rachel.

—¿Qué tal si cuando volvamos se unen a nosotros? Somos ocho en total, pero son todos buenos amigos.

—Claro que sí. Le mandaré un mensaje a Héctor para que busque a Christopher.

Busca su teléfono y comienza a mensajear a su marido.

—¡Por Dios, que avance ya la cola que no aguanto! —exclama Rachel a viva voz.

—Estoy igual que tú —le respondo de inmediato.

—Listo. Ya le avisé. Es de esperar que se encuentren mientras estamos en el baño.

—Ojalá que sí.

Por suerte la cola termina por avanzar y logramos entrar. Pasamos y luego nos retocamos el maquillaje. Aprovecho de tomar unos pequeños sorbos de agua para que me baje el alcohol, ya estoy bastante mareada.

Salimos las tres juntas y llegamos a nuestra mesa.

—Sí que demoraron —afirma Chris.

—La cola estaba bastante larga —le menciono.

—¡Por Dios, se me cayó el teléfono cerca del baño! —grita Rachel.

—¿Quieres que te acompañe a buscarlo?

—Sí, por favor, pero vamos ya.

Nos levantamos nuevamente y nos encaminamos al baño, pero de pronto nos vemos interrumpidas cuando alguien, inesperadamente, me toma el codo por detrás, por lo que me veo en la obligación de dar la vuelta para ver de quien se trata.

Mi sorpresa es mayor cuando advierto que se trata de Scott, mi ex novio.

—¡Scott! —grito de la impresión. No puedo con ella e, inevitablemente, comienzo a ver todo negro, cuando lo último que vislumbro es a Scott con una sombría sonrisa en su semblante, saliendo de aquí.

Continuará...

Sobre la autora

Javiera Bielefeldt, es el seudónimo de esta escritora novel. Nacida en Osorno (Chile) en el año 1987. De profesión Técnico (NS) en Turismo.

De niña, no le gustaba la lectura, más que nada, por sentirse obligada a la lectura escolar, aunque sí se adentraba al mundo de las letras, gracias a sus primeros borradores de poemas románticos.

Con el pasar de los años, este hobby fue dejándolo de lado. Pero en 2014, retomó la lectura por iniciativa propia, siendo su primera elección la trilogía erótica “50 sombras de Grey”. Y luego siguió leyendo novelas del mismo género, hasta que en julio de 2015, se atrevió a escribir su primera novela llamada “¿Sería mi novia, señorita?”, siendo terminada en abril del año siguiente. Esta novela es parte de la bilogía «Mi señorita». Pero no fue hasta fines del mismo año que se decidió a publicarla.

Redes sociales

Wattpad (donde encontrarás la versión en borrador de mis novelas:
<https://www.wattpad.com/user/jakalava>

Facebook: <https://www.facebook.com/Jakalava.books>

Grupo de Facebook: Club de lectoras de Javiera Bielefeldt
<https://www.facebook.com/groups/212977682553667>

Instagram: <https://www.instagram.com/javierabielefeldt>
Correo electrónico: javibielefeldt@gmail.com